Selecta

Pilar Piñero Mateo

Tú eres mi lugar favorito en el mundo

Tú eres mi lugar favorito en el mundo

Pilar Piñero Mateo

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Capítulo 1

Gritos, humo, miedo; corro hacia ellos, pero no llego… A medida que me acerco, ellos se alejan, no corren, no pueden, se arrastran ensangrentados, huyen de mí. Les faltan miembros, tienen graves desgarros, amputaciones, huelen a sangre y a miedo. Los que no están muertos huyen de mí y no sé el porqué. Me quedo quieto, paralizado ante la escena que tengo delante. No puede estar pasando, ellos no, mis amigos, mis compañeros, mis hermanos… Las balas pasan silbando cerca de nosotros; hay que salir de aquí, pero ellos siguen huyendo de mí. Un helicóptero suena a lo lejos, es el rescate, la solución a este infierno en el que me encuentro, pero no puedo hablar, no me puedo mover y ellos siguen huyendo de mí.

«Joder, otra vez», pienso mientras voy despertando. Mi cuerpo está perlado de sudor, jadeo sin control y tengo todos los músculos agarrotados. Hace ya tres años y nada ha cambiado; bueno, muchas cosas han cambiado desde entonces, pero no esto, esto me sigue persiguiendo cada noche de cada día… y así será el resto de mi vida, lo tengo asumido, pero joder…, a veces no lo puedo soportar. El despertador empieza a sonar, son las siete de la mañana. Poco a poco mi cuerpo se empieza a relajar y soy capaz de arrastrar mis pies hasta la ducha. He sudado como un cerdo…, «como siempre idiota», me digo a mí mismo. Me meto en la ducha con el agua fría a tope para poder despertar del todo mis músculos que parecen cuerdas de violín. Quince minutos después, me visto con mi maravilloso uniforme, «siempre de uniforme», aunque este no es verde mimetizado, es rojo y negro y pertenece a las cadenas de supermercado BIBI; vaya mierda de nombre, ¿verdad?, pues sí, y lo llevo bordado en el pecho bien visible, cual medalla… «Gaby, no vayas por ahí que la jodes». Al menos el pantalón me queda de miedo, a tenor de las miraditas que me echan las mamis que vienen al súper. Tengo que confesar que alguna de ellas me lo han visto de cerca, ¿¡qué puedo hacer!? Yo no le digo que no a un buen polvo y son ellas las que están casadas, no yo.

Necesito el primer café del día, el primero de muchos para poder estar despierto las horas que sean necesarias hasta que se acabe otro día de mierda, para dar paso a otra noche de mierda. Un café largo después y dos cigarros, salgo por la puerta de mi piso hacia mi trabajo. No está lejos, a cinco minutos caminando; menos mal que no tengo que coger el coche. El Puerto de Santa María en esta época del año está lleno de turistas que no hacen más que estorbar y dar

por culo, y mis mañanas no son precisamente sosegadas como para aguantar ni una tontería de más, ya aguanto bastante en este curro de mierda. No es que mi trabajo sea complicado ni mucho menos, solo soy reponedor en el súper de mi barrio, pero hay días en los que a la gente le da por hablar, entablar conversaciones estúpidas y yo, como buen empleado, las tengo que tolerar aunque me repateen, pero así es la cosa, siempre cumpliendo órdenes…, mierda de vida. Para ser sincero, no me puedo quejar, aunque lo haga, mi trabajo es tranquilo, nadie me va detrás, sé cuál es mi curro, lo hago y me marcho. Así cinco días y medio a la semana, día tras día y que no me falte o tendré que prostituirme para poder vivir, que no están las cosas como para encontrar curro…

Al llegar a la puerta del súper veo que ya está la persiana levantada, Hugo debe haber llegado ya. Hugo es el encargado, es un buen tío, tímido y un poco serio, «dijo la alegría de la huerta…». En fin, hoy me ahorro subir la persiana de los cojones.

—Buenos días, Hugo. —Educado ante todo…

—Buenos días, Gaby. —Educado ante todo también.

—Voy al almacén a ver si ha llegado el camión de reparto —le digo dirigiéndome ya hacia allí. Sé que es pronto, pero necesito un piti ¡ya!

—Ok —me dice como siempre. Joder, es más parco en palabras que yo, que ya es decir…

Mientras espero, me suena la señal de WhatsApp:

RICO: Oye maxo, donde t metes???? Ayer t estuvimos sprando y no apareciste so mamón…

Rico y sus chorradas de buena mañana. Rico y yo somos amigos desde niños y el grupo incluye también a Fausto, Pepo y José. José fue el último en llegar al grupo, aunque no por ello es menos importante para mí, es un tío de puta madre. Todos pertenecíamos al mismo equipo… de hecho ellos aún siguen allí…

YO: hola mamón. No salí. Como os fue pollitos? Supisteis q hacer sin el maestro?

RICO: GILIPOLLAS de maestro nada, y si sigues así a la próxima incursión vamos a tener q acompañarte jajaja

YO: pero q gracioso eres… bueno tío, te dejo. Llega el puto camión de reparto. Estoy hasta los huevos…

RICO: pq quieres… esta semana tenemos maniobras, pero el finde q viene kedada a lo grande. Ok?

YO: ok. Hablamos.

Hecho, ya estoy de mala hostia para todo el puto día. Rico es un tío genial, pero un pesado de cuidado. No deja de decirme lo mismo

desde hace tres años…

Rico es francotirador del ejército, el mejor que he visto nunca. Tiene paciencia, puntería y temple. Cuando se pone detrás del fusil no existe nada a su alrededor, es capaz de estarse horas sin moverse, solo observando por la mirilla del rifle, sin perder la concentración ni un solo segundo. Fausto, Pepo y José también son militares, soldados del ejército español, en la base militar del Puerto de Santa María. Cuando éramos pequeños, fantaseábamos con pertenecer al ejército y, a medida que crecimos, nos fuimos convenciendo de que era nuestra mejor opción, puesto que ninguno habíamos estudiado y no teníamos un futuro demasiado alentador. Así que, animados unos por otros, nos alistamos. Rico lo lleva en la sangre, su padre también era militar. Para Fausto, Pepo y para mí, fue, como dije antes, una salida a un futuro que se presentaba incierto.

Fausto es hijo de padres inmigrantes procedentes de Bolivia. Su padre curraba de mecánico y su madre limpiaba las casas de los peces gordos de la base; futuro: incierto.

Pepo era el menor de siete hermanos. Huérfano de madre desde los siete años, se buscaba la vida en lo que podía hasta que un día se dio cuenta de que si seguía el camino de sus hermanos mayores, no cumpliría los 18; futuro: incierto. Así que, gracias a su decisión y a que nos escuchó, hoy es un valorado y condecorado soldado.

Y yo… bueno, yo no llevaba mala vida, tenía demasiadas obligaciones como para descarriarme. Tengo dos hermanos: Blay, dos años más pequeño que yo, y Cloe, cinco años menor. Los tres vivíamos con mi abuela Sole, una mujer genial que ha dado siempre su vida por nosotros. Nuestros padres murieron cuando yo tenía 10 años y mi abuela, madre de mi madre, se hizo cargo de nosotros. Estudié la ESO para poder trabajar después. No fui un nieto modelo, pero nunca nadie le pudo decir a mi abuela nada malo de mí, solo era un poco golfo, las faldas han sido siempre mi perdición. Es así desde los 14 años, cuando perdí la virginidad con la vecina de enfrente, una mujer de 34 años, que sabía muy bien lo que se hacía. Y desde entonces no he parado. No me gusta la conquista ni la cháchara, yo no les regalo los oídos a las chicas que me quiero llevar a la cama. Soy muy claro: follamos y te marchas o follamos y me voy, el final es el mismo. No suelo repetir, aunque, si alguna lo merece, no le hago ascos; no es una regla ni nada de eso, pero… habiendo tantas tías dispuestas ¿para qué voy a comer lo mismo dos veces? Y la verdad es que no me podía quejar, el uniforme hacía milagros; no sé qué les pasa a las tías con los uniformes, bueno… sí

lo sé, yo veo a una tía con uniforme y me cuesta horrores no correrme en los pantalones, aunque ahora que ya no lo llevo, al menos militar, ligo también todo lo que quiero. Lo dicho, los uniformes ponen perras a las tías, aunque el uniforme sea de reponedor de súper.

La mañana se ha pasado rápido, ya son las dos y me acerco a casa de mi abuela a comer. Cada día como con ella y alguno de mis hermanos, dependiendo de sus horarios.

Blay estudió INEF y es encargado de un gimnasio de mucho prestigio en Cádiz capital. Cloe, la peque, aún está estudiando bachillerato, hace el último curso y el año que viene irá a la universidad de Cádiz, quiere ser fisioterapeuta; mi peque es superguapa, superbuena, superinteligente y superingenua, pero aquí estamos Blay y yo como dos halcones, velando por nuestra niña, ojo avizor a cualquier cabrón que se le quiera acercar; yo cubro el Puerto de Santa María y mi hermano, la capital; así la tenemos controlada. Ya sé que parece enfermizo, pero me importa una mierda, soy protector al máximo, mataría a cualquiera que le hiciera daño; no pudo con los chulitos gilipollas y prepotentes que se creen machos por denigrar de cualquier manera a una mujer. Mientras yo viva, a mi hermana eso no le va a pasar.

Llego a casa de mi abuela, un pisito que, con mucho esfuerzo por parte de todos, conseguimos ar hace cinco años. No es muy grande, pero hemos vivido aquí los cuatro sin estrecheces durante años. Lo mejor es la terraza que tiene, o lo que queda de ella, porque mi abuela la tiene tan llena de macetas y puñetas que casi no cabe la mesita y la silla que uso cuando salgo a fumar.

—¡¡Soooooleeeeeee, ya estoy en casa!! —La que me va a caer…

—Descarado, ¿esas son maneras de entrar? Y para ya de llamarme Sole. ¡ABUELA! —me grita.

—Qué chula eres abuela. —Y la abrazo como un oso, porque ella es pequeña y yo, muy grande, pero tiene el corazón de un gigante.

—Anda, lávate las manos y siéntate que hoy voy a tener la suerte de comer con mis tres cachorros —dice dando saltitos.

Es una mujer de 67 años con mucha vitalidad y, pese a los reveses de la vida, su carácter sigue siendo risueño y siempre está contenta, sobre todo si nos tiene a los tres reunidos en la mesa.

—Blay ha pasado por el instituto a buscar a tu hermana y están aparcando.

—¿Y eso te lo ha dicho por «wasap»? —Desde que lo descubrió, no para. Ella y sus amigas tienen un grupo y todo: «Las sexentonas», pa' mearse…

—Sí, ¿pasa algo? —Qué chula es…

—Nada, nada…

Se oyen voces en la escalera, primero pienso que son mis hermanos, pero, al escuchar mejor, me doy cuenta de que no… o eso espero, porque se oyen unos gritos que pa' qué…

—Otra vez igual… Qué pena, por Dios —dice mi abuela como para ella.

—¿Qué pasa, quiénes son? —pregunto un poco mosca.

Es un barrio tranquilo y en el bloque vive gente mayor y mis amigas de la infancia, Paula y su novia Marta, pero esa voz es de un hombre y con mala leche; ya me empiezo a mosquear, los gritos están justo en el rellano, lo cual quiere decir que el piso vacío de al lado ya no lo está. Toca tercer grado.

—A ver, abuela, ¿se puede saber qué sabes tú de esos gritos y con cuánta frecuencia pasa? —le digo mosqueado.

—A ver, Chuck Norris, no pasa nada. Verás, hace cosa de dos semanas, se ocupó el piso de aquí al lado. Un matrimonio joven con una niñita preciosa. Ella se llama Lucía, es una chica muy dulce y muy bonita, y su niña…, tendrías que verla, ¡una ricura! Se llama Xenia, tiene 2 años y…

—Sole, no me toques los… Al grano, por favor. ¿Quién da esos gritos y por qué?

—Vale…, pues ella no me ha dicho nada, la pobre…, pero yo la veo triste. Es una chica joven, pero viste siempre como si tuviera mi edad, pobre chica, casi no sale. Por lo visto, el marido, Manu, creo que se llama, hace todos los recados, está sin trabajo y ella se pasa la vida encerrada en casa con la niña. Si sale lo hace con él. Pobre chica, se la ve tan infeliz… y…, bueno, le grita a menudo; ese chico tiene mal carácter… supongo que la falta de trabajo lo hace estar así de nervioso.

—La falta de dos buenas hostias es lo que le hace estar así. Abuela, te conozco, no te metas, ¿me oyes? Si alguna vez la cosa se pone fea, llamas a la guardia civil y punto, ¿vale? —Ay, que esto me huele a problemas futuros…

—Vale, hijo. Tú tranquilo… Mira, ya llegan tus hermanos.

Cloe y Blay entran por la puerta bromeando como siempre; me encanta verlos así, es como debe ser.

—Te lo digo yo, pequeño saltamontes. —Oigo a Blay.

—No me llames así, SHRECK, o te daré una patada en tu culo verde. —Qué niña es…

—Niños, basta, que la mesa está puesta y vuestro hermano, a punto de comerme. ¡A la mesa!

—¡¡Hola, Tete!!, qué guapo que estás… —Ayyy, que se avecina hacer de hermano mayor.

—Y tú estás preciosa y pelota. ¿Qué pasa? Escúpelo.

—Hola, hermano —me saluda Blay. Noto que me esconde la mirada, aquí pasa algo… Me va a tocar hacer de hermano mayor—. Verás, aquí la pequeña ninfa, que está planeando con sus amigas un fiestón para celebrar la graduación. —Uy, uy, uy… Eso es solo parte de lo que le pasa a Blay, ya me enteraré, aunque ya tengo una pequeña idea…

—¿Cómo de fiestón va a ser? —pregunto con cautela, no quiero ir a saco con ella.

—Nada del otro mundo, ¡lo juro! Una salida de amigas después de la entrega de diplomas. Una copita en el Air y después queremos ir a bailar. Somos muchos, ¡no pasará nada! —Mi cerebro se pone en alerta… ¿ha dicho «muchos»?, ¿no «muchas»?, hay machos, hay posibles problemas. Miro a Blay, que está igual de atento y mosca que yo; estoy a punto de abrir la boca cuando mi abuela sentencia: —Dejad a la niña, que ya no es tan niña y tiene derecho a divertirse. Ha estudiado mucho y tiene dieces en casi todas las materias, así que relajaros, cromañones, que, como que me llamo Sole, que esta muchacha va a salir a bailar el día de su graduación.

¿Estamos? —Joder con la yaya; le damos los dos la razón y agachamos la cabeza, aunque esto no va a quedar así.

—Gracias, yaya —Lianta… la abraza mientras nos saca la lengua a los dos, contenta con su victoria. A esta aún no le ha quedado claro quién manda aquí…

—¿Habéis oído los gritos? Joder, se oían desde la calle —dice mi hermano cambiando de tema. Este también me interesa.

—Sí, los hemos oído y la yaya me ha explicado un poco de qué va… ¿Qué piensas Blay, nos dará problemas? —le pregunto, él sabe por dónde voy.

—No lo creo; con el cuento de verle la cara a ese desgraciado, me acerqué el otro día a su piso para ofrecernos si necesitaban algo, ya sabes… como somos vecinos, bla, bla, bla; y lo que vi fue a una chica muy guapa y a un enano gruñón, que no tiene ni media hostia; perdón, yaya.

—Muy bien, tío, igual hace falta que vea mi cara también…

—A ver, parecéis dos policías, vale ya… Es una pareja que está pasando una mala racha. Yo voy a estar pendiente. Si veo a Lucía o a su niña, Dios no lo quiera, en algún problema grave, me voy a la guardia civil, pies para qué os quiero. Ninguno de los dos os vais a meter, y ahora ¡A COMER! —Ala, se acabó la conversación… por

ahora.

Dos horas después y con, por lo menos, tres quilos más, me bajo al bar a tomar un café. He quedado con José. Hace semanas que no sé nada de él y hemos quedado para ponernos al día. José es un tío de puta madre que ha tenido que luchar el doble que nosotros por su condición sexual, los asquerosos prejuicios que aún hay en el ejército. José es gay y no lo ha escondido nunca. Tiene más cojones que los machitos que se han reído de él en muchas ocasiones; machitos, por cierto, con falta de piezas dentales *(mea culpa)*. Nadie se ríe de José si alguno del batallón está presente y menos aún si somos Rico, Fausto, Pepo o yo. La gente es gilipollas y José ha tenido bastante mala suerte en ese sentido. Blay también es gay y jamás ha tenido ningún problema al respecto, ni en su trabajo ni fuera de él; de hecho, se hicieron superamigos y eso también lo ayudó.

—Tío, ¿qué tal? —me saluda José con un abrazo.

—Bien, hermano. Estás un poco perdido… ¿Qué hay de nuevo? —Me imagino algo, pero quiero que sea él quien me lo cuente.

—Bueno… algo hay… he conocido a alguien —dice por fin.

—Guay, tío, ¿lo conozco?

—Pues… la verdad es que sí. —Mucho enigma, a ver si me he equivocado en mis conjeturas…

—Escúpelo, José…

—Pues pasó sin querer…, bueno, sin querer no, pasó sin darnos cuenta… No, eso tampoco es así…, joder, Gaby, es difícil.

—A ver, José, o me lo dices o te coso a hostias. —La paciencia no es mi fuerte.

—Es Blay. —Ahí quería yo llegar.

—Blay ¿qué? —Me tengo que hacer el tonto… Me lo estoy pasando pipa.

—Que el chico con el que estoy es Blay. —Ala, ya me he enterado de lo que le pasaba a mi hermano, he acertado de pleno, mis sospechas se han confirmado; su cara fue un poema cuando le dije que había quedado con José, creo que hasta se puso colorado.

—No te enfades, ¿vale? No es un rollo de una noche, bueno empezó así, pero se ha ido alargando en el tiempo y ya llevamos juntos un mes…

—¡¡Un mes y me entero ahora, pedazo de mamones!! —No estoy enfado, todos lo sospechábamos, pero me gusta picarlo.

—Lo siento, Gaby, te he fallado y lo siento. —Pobrecillo…

—Es broma, capullo. Hace días que todos sospechábamos algo.

—¡Serás maricón, me has acojonado!

—Maricón tú, capullo. Me alegro por vosotros. —Y es de corazón, pero mi hermano se va a tragar una charla de hermano mayor y una colleja. Odio que me oculten cosas.

Capítulo 2

Me estaba poniendo de los nervios con los putos paquetes de compresas que intentaba colocar sin éxito. Ponía uno y se caían cuatro, en fin…, paciencia.

Noto que alguien está a mi lado, me giro y la veo: ¡Hostia, qué preciosidad de morena tengo a dos metros de mí! Es pequeñita, con una carita preciosa y unos ojos azules como playas caribeñas, pero están tristes y vacíos. Va vestida de manera ochentera por decirlo de modo suave y… ¿A ver si va a ser esta la vecina de mi abuela?, porque no es muy usual una chica joven con un aspecto así, y sería mucha casualidad; además, este es el súper del barrio, tiene que ser ella.

—¿Quieres algo? —Tengo que ser educado, pero me pone nervioso tenerla ahí parada.

—Bueno…, yo… —balbucea y mira hacia atrás como con temor.

—¿Qué necesitas? —Lo vuelvo a intentar.

—¡Lucía!, ¿qué haces ahí parada como un pasmarote? —Vaya, vaya… Sí que es la vecina de mi abuela y ese es el cabrón falto de hostias, mira por dónde que al final sí me va a ver la cara.

—Ya voy, Manu, solo me falta una cosa. Perdona, pero necesito eso que estás colocando —me dice roja hasta la raíz del pelo rizado, voluminoso y brillante, que le da un aspecto aniñado, de muñeca de porcelana.

—Compresas. —Qué fino soy, pero se llaman así…

—Sí. Por favor —y me lo dice como una súplica. Joder, qué poco me gusta ese temor que le noto, me arden las manos de las ganas de abrazarla que tengo ahora mismo.

—¡Lucía!, Xenia y yo tenemos hambre; acaba ya, que ese chico tiene que estar pensando que eres lela. —Me cago en mi vida, este chico te va a pegar dos hostias…

—Por favor…, ¿me das un paquete? Uno de esos que tienes en la mano.

—Claro, ten. —Lo estoy pasando mal por ella.

—¡Mamiiiiii! Ven, ven. —Ahora veo a la pequeña, es el vivo retrato de su madre. Una muñequita.

—Ya voy, cariño. —Y ahora sí, ahora se le iluminan los ojos, ¡qué pasada de tía!, es preciosa. «Frena, Gaby, que la cagas».

—Gracias. Adiós.

Me lo ha dicho tan bajito que casi no la he oído y su marido me echa una mirada de perdonavidas que me pone malo. Ella parece

acojonada, pero no voy a pensar más en ello, hay tías a las que les va ese rollo de macho dominante, pero no sé… hay algo en su mirada que me dice que no es de esas. La miro mientras se aleja y no puedo intuir ni si tiene culo. Vaya facha que lleva, parece que se ha puesto un saco. Qué pena que una chica tan guapa esté con un picha floja como ese.

Por fin es sábado; esta tarde tengo fiesta y no vuelvo hasta el lunes por la tarde, así que me voy hacia mi casa más contento que unas pascuas. Cuando llego me preparo un bocata y me tiro en el sofá, estoy petao de toda la semana currando. Si duermo un poco, esta noche estaré más descansado para ir de fiesta, así que me pongo el documental de la 2, que no falla nunca y caigo en coma.

Suena el móvil. ¡Joder, no para! Con lo bien que estaba…

FAUSTO: tío quedamos en el Air a las 10h

YO: vale pesaooooo

Miro la hora, joder, si son solo las cinco y media…, puto Fausto. Voy a aprovechar para ir al gimnasio de mi hermano. Voy al menos tres veces en semana, está en Cádiz a 25 minutos de mi casa; necesito ejercicio y arreglar un asuntillo con Blay.

Llego a casa reventado, joder con Blay, me ha dado una paliza en el ring que pa' qué. A los dos nos gusta el boxeo y lo practicamos siempre que podemos y hoy ha sido un combate con pique incluido. Le he cantado las cuarenta por ocultarme lo de él y José y se ha picado un poco, en fin, que boxeaba con todas sus ganas y yo también. Ha estado guay.

Me como una pieza de fruta medio podrida que tengo solitaria en el frutero, parece mentira que currando en un súper tenga la despensa y la nevera vacías, pero es que soy vago de cojones.

Me ducho tranquilamente, me pongo unos tejanos negros, una camiseta negra también y mis Converse. Siempre voy con tejanos, odio los pantaloncitos y las camisas y de las corbatas ni hablamos. Cojo el móvil, la cartera y, por supuesto, los condones, y a la calle.

El Air no queda lejos, pero como después querrán ir a algún otro sitio, cojo la moto.

Cuando llego al Air, veo entrar a Fausto. Aparco y entro. Al fondo del bar hay una zona de karaoke rodeada de mesas, en el lado derecho están los reservados con unos sillones rojos semicirculares con pequeñas mesas en el centro y la barra está a la izquierda. Nosotros somos asiduos de este bar desde que lo abrieron, hace ya diez años; nos pilló con los dieciocho ya cumplidos y fue aquí donde empezamos nuestras correrías importantes con las chicas. Es un sitio genial para ligar, suele venir

gente de la zona, pero también bastantes guiris, ya que con los años se ha hecho famoso en la ciudad. Las guiris son las mejores, porque vienen a pasarlo bien y luego se van, solo buscan un rollo de una noche, sin complicaciones, y eso, para tíos como nosotros, es el cielo. Roque es el dueño y somos grandes amigos. Aquí hemos pasado también momentos chungos, y para esas ocasiones tenemos nuestro rincón privado: el despacho/apartamento de Roque. El muy cabrón lo tiene bien montado: tiene un minibar, una cocina, un plasma gigante y un sofá inmenso y comodísimo para dormir, doy fe de ello; he pasado más borracheras ahí tirado de las que puedo recordar y un montón de comeduras de olla y hundimiento personal de los que nadie puede imaginar. Roque es un buen tío; cuando necesitaba estar solo y alejado del mundo, solo entraba, lo saludaba, nos mirábamos y, sin palabras, él me hacía un gesto con la cabeza como diciendo «mi casa es la tuya», a lo Bertín Osborne.

Me dirijo a la zona de los reservados, todos están allí: Fausto, Rico, Pepo y José; me uno a ellos, pero antes le pido a Ana, la mujer de Roque, una cervecita.

—¿Qué pasa, tíos?

—Aquí, esperándote —dice Fausto.

—Son las diez y cinco, idiota, pareces un militar con los putos horarios.

—Ja, ja, ja, igual que tú, ¿no? —Ya empieza…

—Vale ya, hace un mes que no estamos juntos, así que a beber, a reír y a follar si se puede. Venga, ¡¡arriba esas cervezas!! —Pepo tan solícito.

—¡¡Venga, a por todo!! —gritamos a la vez.

—Oye, cuñadito, tú no te pases que te corto las pelotas —le digo a José.

—¡¡¡Qué gracioso!!! No me hace falta buscar nada. Con tu hermano voy muy, pero que muy bien servido —Me cago en to.

—Cállate la boca, que no quiero hacerme una puta idea de tú con mi hermano, joder…

—¡Me lo has puesto a huevo macho! —Pues también tiene razón.

Entre risas y bromas pasamos el rato, son muchos años juntos y mucho vivido, demasiado. Cualquiera que nos vea, solo verá a cinco tíos de juerga, pero hay mucho más de fondo. Estos cinco tíos se han jugado la vida por cada persona de este bar, han sangrado por ellos y han estado a punto de morir por ellos. Al Air no vienen militares, y eso es parte de su encanto, porque es más fácil pasar desapercibidos.

Al cabo de un par de horas, José se marcha, ha quedado con mi hermano. Me alegro mucho por ellos, pero veo el comienzo de lo que está por venir, y es que el grupo se irá disolviendo. Es ley de vida, tenemos veintiocho tacos y pronto todos irán sentando la cabeza y yo… me quedaré solo. No voy a arrastrar a nadie a mi mierda, acarreo demasiada, no quiero a nadie conmigo compadeciéndome e intentando cambiarme. Mis fantasmas solo los conocen mis cuatro amigos, porque ellos lo vivieron conmigo; ellos lo superaron, yo no. Yo fui responsable de lo que pasó, aunque ellos y todo el ejército no me culpen, no hace falta, conmigo es suficiente. Murieron hombres y estuve a punto de perder a mis hermanos, mis amigos. Quiero seguir solo, hago lo que quiero y cuando quiero, y eso no lo voy a cambiar por nadie.

Solo he tenido una relación más o menos estable en mi vida cuando era un crío, con Cristina, la nieta de Manuela, la vecina del piso de abajo. La conozco de toda la vida, pues venia aquí de vacaciones a casa de su abuela. Empezamos cuando ella tenía 17 años y yo tenía 19. Así empezó una historia de amor más o menos seria, ya que ella vivía en Sevilla. Yo no le prometí amor eterno ni nada de eso y menos aún fidelidad, pero cuando venía era solo para ella. Cristina era especial, guapa, simpática, divertida y nos entendíamos en la cama; yo la inicié, así que le enseñé y poco a poco la discípula igualó al maestro, pero ella siempre quería más y me consta que durante el tiempo que duró lo nuestro no tuvo más amantes y, teniendo en cuenta que estuvimos juntos seis años, eso quería decir algo. Le tenía mucho cariño y, si mi mundo no se hubiera ido a la mierda, quizá me hubiera planteado una relación seria con ella. Pero, cuando mi mundo se paró, la eché de mi lado y no volví a verla. Sabía por mi abuela lo que Manuela le contaba, que había estudiado magisterio y que estaba soltera.

Se oyen unas risas y nos fijamos en cuatro chicas que acaban de entrar. Parecen forasteras, aunque no guiris. Nos miramos entre nosotros y empezamos a elegir. Parece machista, pero es así para nosotros y para ellas, que se han sentado en la barra y no paran de hablar y cuchichear mientras nos miran. Yo me quedo con una morena de pelo rizado, no sé por qué, quizá porque me recuerda a alguien…, aunque sus ojos son de un marrón claro muy bonitos, no azules. Nos acercamos a ellas y nos presentamos posicionándonos cada uno al lado de la que nos gusta.

La morena se llama Lidia, es catalana, tiene 24 años y están celebrando el final de carrera. Es simpática y está receptiva, como las otras. Son divertidas y decidimos irnos todos a Cielo, una

discoteca que abrieron hace poco. No me van esos sitios oscuros, con luces cegadoras y con la música que te revienta los oídos, pero bueno… es lo que toca.

Entre roces, cubatas y tonteos acabamos la noche cada uno por su lado con sus respectivas conquistas.

Lidia y yo llegamos a mi casa un poco achispados. Nada más abrir la puerta la arrincono contra la pared, no puedo esperar más, llevo demasiado tiempo sin echar un polvo y ella está muy buena. Responde rápidamente a mis caricias y a mis besos, y nos vamos arrancando la ropa mientras la guio a oscuras hasta mi dormitorio, una vez allí, me detengo un momento, me tengo que tranquilizar o esto va a durar muy poco. Me gusta disfrutar, pero también me gusta hacerles disfrutar a ellas, no hay que ser egoísta, aunque mi forma de tener sexo es más bien salvaje, sin ningún tipo de mimitos ni carantoñas.

Nos paramos a los pies de la cama y empiezo a desnudarla, no lleva demasiada ropa. «¡Bien!», pienso, no estoy para muchos preliminares. Acabamos en la cama desnudos; estoy acostumbrado a llevar la batuta, fuera coñas, pero ella se me adelanta y se pone encima. No voy a discutir. La tía sabe lo que se hace, tiene buenas tetas y es muy receptiva. Lo pasamos francamente bien y, cuando acabamos, ella se va hacia el hotel donde se hospeda con sus amigas. Nos despedimos en la puerta cuando llega su taxi y así acaba la noche, como a mí me gusta, saciado y solo.

Capítulo 3

Suena el despertador. Deben ser las ocho, aunque llevo despierta un buen rato. Manu ronca como un camión y cada noche me desvelo a eso de las seis y no consigo dormir más. Xenia debe estar a punto de despertarse, así que decido levantarme ya, a ver si me puedo tomar mi café tranquila.

Una vez en la cocina, preparo el café y me siento. Estoy cansada, muy cansada. De no dormir, de mi vida, de lo que hago, de lo que no hago; tengo 22 años y una niña preciosa, pero no tengo un futuro, ni un trabajo, ni un marido que me quiera. Manu es de todo menos cariñoso, siempre ha sido un poco rancio, como dice mi hermana, pero desde que nació Xenia, hace dos años, se ha vuelto insoportable, aunque creo que la bebida también influye. Me siento atrapada en esta vida que me ha tocado vivir.

Nos conocemos de toda la vida. Nacimos en Segovia, en Pedraza, un pueblo precioso con calles empedradas y arcos de medio punto coronando muchas de sus calles. Es un pueblo con mucho turismo y mucha vida pese a ser pequeño.

Allí vivíamos y trabajábamos. Yo, en un restaurante y Manu, en lo que le salía o quería, porque no lo necesitaba; sus padres lo mantenían y consentían todos sus caprichos. Mi hermana Filo y su novia Mar trabajaban también en el restaurante. Filo y yo somos hijas de padres divorciados y tan mal se llevaban que decidieron marcharse los dos del pueblo, por separado, eso sí, pero ninguno se quedó con nosotras. Se marcharon sin importarles dejar atrás a dos niñas de cinco y diez años. Hablaron con el cura y nos dejaron a su cuidado. El padre Juan nos crio con todo el cariño y el amor que nuestros padres no nos quisieron dar. No volvieron nunca más. La verdad es que fuimos felices, nos queríamos mucho y el padre Juan siempre fue justo y comprensivo con nosotras. Nunca vio con malos ojos la tendencia sexual de mi hermana y recibió como a una hija más a la novia de Filo, Mar, una argentina que vino de vacaciones y no se marchó. Yo salía poco, bueno, nada, ya que en el pueblo las chicas de mi edad estudiaban y ya tenían sus pandillas, y yo no pertenecía a ninguna y tampoco quería, me gustaba pasear con mi perro por los caminos rurales, juntarme con mi hermana, pasar tiempo con el padre Juan y leer. Me apasionan los libros románticos y algo picantes y mi hermana tenía una gran colección y yo los leía como una posesa, soñaba con un buen mozo, bueno, con un tío bueno, que me amara y me adorara como si fuera única… qué

ingenua.

Un día, al llegar a la rectoría a comer, vi a un chico que me sonaba del pueblo, pero con el que no había hablado nunca: Manu. Había ido a ayudar al padre Juan a mover unos bancos de la iglesia, ya que su madre era beata hasta el tuétano, y a eso sí que lo obligó, a ayudar al cura. Yo con 18 años quedé deslumbrada con su porte, era alto, claro que yo con mi 1,58…, en fin, me sacaba un palmo; su pelo algo alborotado le daba un aspecto infantil y tenía unos ojos negros y profundos. Él era algo mayor que yo, ya había cumplido los 19. Lo de los bancos fue solo uno de los trabajos que el padre Juan realizó en la iglesia, y ver a Manu pasó a ser una costumbre diaria. De esta manera empezó a nacer una amistad entre nosotros y en un año teníamos una relación de novios. El padre Juan apreciaba a Manu, pero no le gustaba en exceso, por eso, cuando le conté que nos queríamos casar, le sorprendió y no le gustó demasiado, pero, deseoso de verme feliz, aceptó. Con mi hermana no fue tan idílico, me dijo loca, majara, desesperada, tonta y no sé qué más. No le gustaba Manu y a Mar tampoco, decían que escondía algo oscuro en su interior. Yo creía estar enamorada, pero ellas me aconsejaron que me fuera del pueblo, que conociera gente nueva, que no me podía quedar con el primero que me había besado y que, si al cabo de un tiempo mis sentimientos por él no habían cambiado, regresase. Pero me empeciné como nunca había hecho y un 18 de marzo, nos casamos en la iglesia del pueblo, con mi vestido blanco, virgen… y ciega. Hicimos una gran fiesta, que aron sus padres, por supuesto, y pasamos la noche de bodas en el parador del pueblo. Bueno, lo que hicimos fue dormir, ya que Manu cogió tal borrachera que durmió vestido porque sus amigos lo tiraron en la cama, literalmente, inconsciente. De hecho, diez días después de la boda seguía siendo virgen, porque el señorito, a causa de la borrachera, cogió una gastroenteritis. Así que perdí la virginidad once días después de la boda y en el Opel Corsa que Manu tenía, porque vivíamos con mis suegros y en su casa «nos teníamos que respetar…». Fue incómodo y muy doloroso. Manu no era virgen, pero no tenía ni idea de lo que se hacía, o eso me dijo Filo cuando se lo conté.

Después de la boda mi relación con mi hermana había cambiado, era más como una madre, se volvió más controladora y crítica conmigo y cada día me decía lo tonta que había sido. Un mes después de la boda, el padre Juan cayó enfermo y a principios de Julio murió. Me sentí devastada, rota, el hombre más bueno del mundo se había ido y me sentí sola y hundida. Manu no me consoló

en ningún momento y mi hermana estaba tan mal como yo.

A partir de entonces Manu empezó a comportarse diferente conmigo, se sintió libre al faltar mi figura paterna y empezó a tratarme como a una mierda y, como vivíamos con sus padres, pues aprendí a callarme y acepté ese trato como normal y a mi hermana se lo oculté, por supuesto. Manu me hizo dejar el trabajo en el bar porque decía que llamaba la atención de los hombres y no quería que pensaran que era un cornudo. No le gustaba que leyera porque decía que eran chorradas y que me llenaban la cabeza de pájaros, no quería que me fuera sola a pasear por el bosque por si me pasaba algo, siempre iba al pueblo acompañada de él o de mis suegros… y poco a poco me fue anulando y así me encontré aislada del mundo en aquel caserón a las afueras.

A los dos años de la boda llegó Xenia, la alegría de mi vida. Xenia nació sietemesina y, debido a su inmadurez pulmonar, desarrolló asma crónica. Me pasaba los días cuidando de ella y solo iba al pueblo a ver a mi hermana y poco, porque Manu no la podía ni ver. Mi vida era triste y monótona. Manu no me ayudaba en nada en lo referente a la niña y las visitas al hospital de Segovia era lo único que hacíamos como pareja. No dormíamos juntos porque decía que la respiración de la niña le molestaba, así que yo dormía con ella en su cuarto. De vez en cuando me hacía ir a su habitación, se desahogaba y luego volvía al lado de mi hija.

Él salía con sus amigotes y volvía borracho y oliendo a colonia de mujer. Ya todo me daba igual. Tenía a Xenia y para mí era lo mejor de mi vida.

Un día los padres de Manu nos sorprendieron diciéndonos que habían vendido el caserío y que se iban a vivir a Málaga. Se habían comprado un piso en primera línea de mar. Así que en un mes nos vimos en la calle con una niña de dos años.

Mis suegros nos dieron algo de dinero para empezar de cero y a partir de ahí iba a empezar nuestra vida en solitario, como una familia, o esa era la esperanza que albergaba mi corazón.

Manu dijo que en el Puerto de Santa María había mucho trabajo con la base militar y el puerto, «como si él fuese a trabajar», y decidió alquilar un piso aquí y separarme de mi hermana y de Mar. Eso me destrozó. Despedirme de ellas fue muy triste, pero Filo me dijo que no me dejaría sola y que siempre estaría cerca mí y de Xenia.

Y ya llevamos aquí un mes, un mes terrible; el humor de Manu es cada vez peor, porque el dinero que sus padres nos dieron se está acabando y o empieza a trabajar o no sé qué será de nosotros. No sé

qué pensaba, ¿que aquel dinero nos iba a durar toda la vida? Del modo en el que ha derrochado, lo raro era que nos hubiera durado hasta ahora. Entre la fianza del piso, el alquiler del camión para el traslado, comprar algunas cosas y sus juergas, la hucha está vacía, a duras penas podemos vivir, pero él sigue yendo al bar de abajo con sus amigotes, porque seco y soso es, pero no tiene problemas para hacer amigos, hombres fracasados como él.

Me gustaría poder quedarme aquí, el ambiente del barrio es bueno para nosotras y hay de todo: panadería, tiendas de ropa y zapatos, farmacia y ambulatorio (algo imprescindible para Xenia), bares, un local de copas, un bazar chino y un supermercado bastante grande que había descubierto ayer y donde había visto al hombre más guapo de toda mi vida, la verdad es que no sé qué me había pasado, pero fue verlo y me quedé pegada al suelo. «¡Madre mía!», pensé cuando vi a aquel gigante de pelo algo largo y castaño y esa espalda ancha y ese culo… «Lucia por Dios», pero no lo podía evitar, había sentido algo dentro de mi cuerpo que no había sentido nunca y ni siquiera lo conocía. Pero cuando me habló fue… uf, ¡qué voz!, profunda, varonil… Dicen que no anhelas lo que no conoces, MENTIRA, yo anhelo amor, pasión, cariño, porque sé que existen aunque yo no lo haya experimentado nunca ni lo vaya a hacer jamás y la verdad es que no lo había pensado hasta ayer. Fue como una bofetada de certeza… Ese hombre podría hacer realidad los sueños húmedos de cualquier fémina, ¡afortunada ella!, aunque eso nunca me va a pasar a mí, esta es mi vida.

El piso está muy bien, es soleado, tiene tres habitaciones y una cocina bastante bien provista. El bloque es tranquilo, hay mucha gente mayor amable y servicial, y he visto a un par de chicas de mi edad, más o menos, en el piso de abajo. En mi rellano solo hay un piso más a parte del mío. En él vive una señora mayor, Sole, y sus dos nietos: una chica jovencita y muy simpática y un chaval la mar de guapo. El otro día vino a presentarse y me costó un ataque de celos de Manu. ¡Como si algún hombre se fuera a fijar en mí! Siempre es igual, celoso y posesivo hasta la obsesión, no me deja salir sola de casa, es agobiante, me siento atrapada.

—Mamiiiiiiii. —Ya empieza el día, mi ángel despertó.

—¡Hola, mi amor, buenos días! —Y corre hacia mí con sus bracitos en alto.

—Quero yeyé, mami.

—Pues ven aquí, cariño, te quito el pañal, haces pipi en el váter y te pongo tu leche, ¿vale?

—¡Chíííií! —Y así empieza un nuevo día.

Capítulo 4

Manu por fin ha reaccionado, esta semana ha podido comprobar el estado de nuestra economía. Hace tres días fue al cajero y no le dio más que 20 €, estábamos en números rojos y claro, no pudo bajar al bar y eso fue una hecatombe, de manera que ha decidido aceptar un trabajo que le ofrecieron hace tres semanas, «y ahora me entero». Lo que lo tiene malo es que el trabajo es en Baeza, a más de 300 kilómetros de aquí, en una empresa de aceite de oliva. El sueldo es muy bueno y le an la estancia, compartirá piso con otros compañeros de aquí y alrededores y estará fuera de casa de lunes a viernes. Creo que nos irá bien esta separación, sobre todo a mí, porque mi estado de ahogo está llegando a límites preocupantes.

Hoy es jueves y estamos en la habitación preparando la maleta. Tiene que irse esta noche porque mañana a primera hora tiene que estar en la empresa para firmar el contrato, que en principio será de tres meses, «si los aguanta», y el sábado hará un cursillo de riesgos laborales.

—¿Dónde están los pantalones tejanos negros? —Jolines…

—Ahora te los plancho.

—Joder, ¡¿no has tenido tiempo de hacerlo?! Espero que ahora que yo no estoy aprendas a espabilarte, que ya es hora. ¡Date prisa!

—Voy. —Qué tranquila me voy a quedar, por Dios.

Cuando ya lo tiene todo listo, me dice que tiene que darme unas órdenes que espera que acate a rajatabla.

—Sé que tendrás que salir sola a comprar por cojones, pero óyeme bien: te voy a tener vigilada. Ramiro, el dueño del bar está avisado, aunque supongo que sabes bien qué es lo que me mosquea y no me vas a mosquear, ¿verdad? —Muevo la cabeza negando.

—Bien. Del supermercado o la farmacia a casa, ¿me oyes?, nada de paseítos e irte luciendo por ahí como si estuvieras soltera. Mantente lejos de las vecinas. Son unas chismosas y las de abajo unas desviadas, son tortilleras ¿lo sabías?, las vi el otro día morreándose en el rellano. ¡Qué asco de tías! A la niña que ni se acerquen, ¿ok? —Claro, tú eres mejor ejemplo para ella. ¡Un tachado de virtudes!

—No te preocupes por nada, ¿Dónde quieres que vaya yo sola? Tú estate tranquilo.

—Tranquilo no voy a estar. Eres tan inocente que cualquiera puede engañarte, pero no tengo más remedio. Te llamaré cada

noche a las 9 y espero que contestes todas y cada una de ellas o…

—¡Pues claro que voy a contestar! ¿Dónde quieres que esté a esas horas? Estaré ya medio dormida en el sofá esperándote.

—Eso espero… Me voy a echar un rato. Cuando Xenia se duerma te vienes a mi habitación. ¡Hay que despedirse! —Uy, sí… qué ilusión.

Manu acaba de irse. Cierro la puerta y… no me puedo creer que vaya a estar sola siete días y seis noches, me siento extraña, rara y emocionada. Nunca he estado sola y tengo un poco de miedo. Miedo a fallar y tener que darle la razón. Pero eso no va a pasar. Soy fuerte y tengo una niña preciosa de la que voy a disfrutar al máximo. No voy a hacer nada malo, pero ojos que no ven… Pienso salir a pasear todos los días, con la excusa de comprar, quiero conocer a todas mis vecinas, sobre todo a las del primero, me da igual lo que sean, son jóvenes y quiero conocerlas, abrirme, relacionarme, hablar… y voy a ir al súper cada día a alegrarme la vista. No voy a hacer nada malo, pero merezco un respiro. No es nada malo. No voy a hacer nada malo. Me lo repito como un mantra.

Me he tenido que pasar el fin de semana en casa encerrada porque no tengo dinero para ir a comprar, suerte que Xenia tenía papilla y aún quedaban algunos potitos en la despensa. Yo he sobrevivido a base de pasta y galletas. Ayer, domingo, Manu me dijo que hoy, lunes a primera hora, fuese al bar de abajo a ver a Ramiro, que él me daría 100 € para pasar la semana y que él ya se los devolvería. Lo bueno del trabajo de Manu es que cobra por semanas. Así que aquí estoy, arreglando a Xenia para bajar al bar a buscar la limosna. No me gusta ese bar ni los hombres que lo frecuentan, pero, si no voy, no comemos.

Bajo en el ascensor con Xenia en el cochecito y salgo a la calle; qué sensación de paz y libertad, bueno… allá voy. Me encamino hacia el bar cuando de lejos veo a alguien sentado en la terraza que me suena de algo.

Ese pelo…

Esos hombros anchos…

¡Madre mía es el chico del súper!

Y sentado con él está mi vecino, el nieto de Sole. No entiendo nada, qué casualidad, ¿no?

Intento pasar desapercibida, pero no hay suerte, justo cuando paso por al lado de ellos, mi hija deja caer el biberón de agua, rueda y acaba en el pie del chico del súper. ¡¡¡Aixxx!!!

Él levanta la cabeza y veo en sus ojos la sorpresa y noto como

mi cara se sonroja. ¡Qué vergüenza!

—Hola —me dice.

—Hola. —Jolines, no me sale ni la voz, pero ¿qué me pasa con este chico?

—Oye, princesa, ¿esto es tuyo? —le dice a Xenia con el biberón en la mano.

—Chíííí, bibi, bibi. —Traidora zalamera.

—Ten, preciosa. —Qué sonrisa, madre del amor hermoso.

—Hola, vecina, ¿te acuerdas de mí? —me dice su acompañante.

—Claro. Buenos días.

—Me llamo Blay, este es mi hermano mayor, Gaby. —Vaya, vaya, así que son hermanos…

—Mucho gusto, yo soy Lucía… Bueno yo… tengo que… que hablar con Ramiro… —Qué vergüenza, creo que llevo pintado en la cara lo que voy a hacer.

—Ah, vale. —Se miran y no dicen nada más, así que intento avanzar, pero el dichoso cochecito se me encalla con la silla, maldita sea mi suerte.

—Lucía —me llama Gaby con esa voz que me deja pegada a la acera.

—Dime…

—Puedes dejar aquí a…

—Xenia, mi hija se llama Xenia.

—Pues puedes dejar aquí a Xenia con nosotros, este sitio tiene las mesas demasiado juntas y parece ser que le caigo bien. —Ala, ¡mi hija tiene cogida su mano!

—Bueno… Vale. No tardo nada. Gracias.

El bar es pequeño y huele fatal. ¿Cómo se puede pasar aquí Manu tantas horas? En la barra hay cuatro hombres sentados y me está dando un corte que me muero. Me dirijo decidida y noto los ojos de todos ellos puestos en mí.

—Hola, Ramiro. —Intento parecer despreocupada, aunque por su sonrisa de superioridad, creo que no lo he conseguido.

—Vaya, hola, linda. ¿Qué haces por aquí? —El muy capullo me va a hacer decírselo.

—Bueno, verá, Manu me llamó ayer y…

—Ah, sí, me pidió que te diera algo, ¿lo quieres? —Qué asco, por Dios.

—Pues él me ha dicho que viniera a buscarlo, que ya habíais hablado.

—Claro…, lo hemos hablado. Hablamos mucho. —¿Qué es esto?, ¿una advertencia?, ¿qué le digo?

—Ramiro. —Gaby está justo detrás de mí, noto su presencia y su calor en mi espalda.

—Dime, Gaby, ¿os falta algo? —Uy, uy, uy, Ramiro parece nervioso.

—A nosotros no, pero creo que Lucía ha venido a hablar contigo y tarda demasiado, su hija está fuera con mi hermano y está algo inquieta.

—Sí, claro, toma Lucía, ya está —me dice dándome el billete de 100 €. Ala, ya se ha enterado Gaby de lo que no debía.

—Gracias, adiós —digo girando hacia la puerta con Gaby caminando tras de mí.

—Bueno, ya me tengo que ir, muchas gracias a los dos. —Y sin esperar contestación me largo de allí avergonzada y humillada.

Capítulo 5

¿A qué ha venido eso? Ramiro le ha dado 100 €. No me gusta un pelo. Ramiro es un baboso y un viejo verde. Me he decidido a entrar porque he visto las miradas que le echaban los fracasados que había en el bar y me he puesto de mala leche, no tendría que importarme, pero mi instinto protector mete la pata más veces de las que me gustaría.

Hoy he podido mirarla bien y es más bonita de lo que me pareció la primera vez que la vi. Lo que me ha extrañado es verla sola, sin el gilipollas de su marido.

—Oye, Blay, ¿cómo van los gritos en la casa de la vecina?

—Pues hay una relativa paz y así parece que seguirá siendo, al menos durante la semana.

—Eso está bien, ¿pero por qué?

—Pues el sábado la abuela la encontró fregando el rellano y le dijo que Manu, el enano gruñón, ha encontrado trabajo en Baeza y pernocta allí de lunes a jueves. Es maja la chica, ¿verdad? Aunque tiene un halo de tristeza. ¿Qué edad crees que debe tener? Yo no le echo más de 21 o 22.

—Coincido contigo, es demasiado joven para esa tristeza, parece que lleva consigo un peso enorme.

—Mira quién viene por ahí. ¿Qué pasa, guapuras? —Me giro y veo que se dirige a Paula y Marta que se acercan cogidas de la mano.

—Hola, tíos buenos. ¿Qué hacéis en este tugurio? —Marta siempre tan sincera.

—Pasamos el rato, aprovechamos que tenemos fiesta en el curro, ¿y vosotras donde vais?

—Pues a despejarnos; esto de trabajar desde casa, llega un momento que agobia —dice Paula. Marta y ella son diseñadoras gráficas y lo tienen muy bien montado, curran desde casa, juntas, y ganan una pasta.

—Sentaros un rato, haced la vista gorda por una vez y tomaros algo con nosotros —las animo.

—No. Ya sabes que Ramiro es un homófobo de mierda. —Y tiene toda la razón.

—Venga ya… y os hablamos de los nuevos vecinos. —Ahora sí que lo ha conseguido. Qué listo es Blay.

—Venga, vale, un ratito. ¡Ramiro, dos aguas, me las traes cerradas y sin vaso!, que el guarro es capaz de escupir dentro —dice

bajito y no podemos menos que partirnos de la risa, están locas.

—Pues, venga, cuenta —dice Paula.

Le contamos entre los dos la historia de Lucía y del enano gruñón; ellas están muy sensibilizadas con todo el tema de la violencia de género, ya que Paula tuvo una mala experiencia antes de conocer a Marta. Y, sin más, se erigen «protectoras de Lucía en las sombras». Manda huevos, estas locas piensan acercarse a ella con disimulo, se la irán ganando y se harán amigas suyas, de esta manera, intentarán protegerla sin que ella lo sepa. Me doy cuenta de que esa idea me deja más tranquilo, pero ¿por qué, que más me da a mí lo que le pase a Lucía?, pues, por lo visto, más de lo que yo pensaba; en fin, lo aparto de mi mente y pa' lante, eso sé hacerlo perfectamente.

Hace un calor de cojones, se podrían freír huevos en el asfalto, seguro, porque creo que los míos están ya hervidos. Este maldito uniforme me ahoga, es curioso, es más ligero y cómodo que el del ejército, pero aquel no me molestó nunca, era una segunda piel… Estoy con mis rollos y con los rollos de papel higiénico que estoy colocando, cuando noto que me tiran de la pernera del pantalón. ¿Pero qué…?

—Xenia, por favor, ven aquí, cariño, no molestes. —Esa voz es de Lucía, miro hacia abajo y veo que la cría me mira con esos ojazos y con una sonrisa desdentada.

—Hola, princesa. ¿Qué tal? —me dirijo a la niña, pero ya le he echado un vistazo a la madre… ¡Madre mía! Hoy lleva un tejano, algo holgado para mi gusto, pero que le queda de muerte y un jersey de hilo que deja entrever un sujetador rosa. Joder con Lucía, esconde mucho y a mí me encanta buscar.

—Hola, perdona a mi hija… —la voz de Lucía me saca de mi pasmo.

—No te preocupes, esta princesa quiere atención, ¿a que sí? —Me agacho y le tiendo los brazos, ella se lanza a mi cuello sin pensarlo y Lucía se queda con la boca abierta.

—No lo entiendo, no lo había hecho nunca… es bastante tímida.

—Bueno, yo encantado. Venga, vamos a ver que encontramos para que esta princesa coma, ¿te parece bien, Lucía? —Hostia, la he pillado mirándome con la boca abierta. ¡Ay, Lucía, no sabes el peligro que corres! A mí me la suda que estés casada, preciosa.

—¿Eh?… sí…, sí…, claro. —Se ha puesto como un tomate, bien…, le atraigo, aunque ella parece bastante incómoda; normal, Gaby, hay personas leales, no como tú que te tiras to lo que se mueve.

Nos acercamos a la zona de las galletas y le doy unas oreos; por la cara que ha puesto, creo que le encantan.

—Creo que estas te gustan.

—¡¡¡¡Chíííííí!!!! —me dice dando palmadas; siento una sensación genial al verla tan contenta.

—Eres muy amable, dame que voy a arlas.

—De eso nada, a esto invito yo.

—Muchas gracias, bueno… pues… vámonos, Xenia; di adiós que tenemos que marcharnos. —Está deseando de salir corriendo.

—Un sito —dice la pequeña; me agarra la cara y me planta un beso baboso y chocolateado. Qué sensación…, me encanta.

—Pues hasta pronto, princesa, Lucía…

—Sí… adiós y gracias.

¡¡¡Joder!!! ¿Cómo puede esta tía ponerme así de cachondo? No me lo explico; esta noche al Air de cabeza o me van a reventar los huevos.

***

Salgo del súper con Xenia y me tiemblan las rodillas. ¡Madre mía!, qué guapo, qué alto, qué voz, qué cariñoso… Yo no sé lo que me pasa con este chico… Bueno, creo que sí lo sé, esto es lo que la gente dice «ponerse cachonda». No lo he sentido nunca antes, pero, por lo que he oído y leído, estoy casi segura. Cuando lo tengo delante soy consciente de partes de mi cuerpo que pensaba que no tenía.

Voy cada día al súper a comprar el pan, ya que es más barato que en el horno. «Sí, claro…, el pan». Y algo de comida que siempre falta. Bueno, y por esa sensación que mi cuerpo experimenta al verlo; es agradable, aunque después me quedo un poco rara, como si necesitara algo que no llega.

Entro en el portal, dejo el cochecito de Xenia en el hueco de la escalera y espero el ascensor, en ese momento se abre el portal y entran las dos chicas del primero, es la primera vez que las veo.

—¡Hola! —me saludan al unísono con una gran sonrisa.

—Hola.

—Soy Paula y ella es Marta, mi novia. —Sin tapujos. Me gustan al instante.

—Yo soy Lucía y ella es Xenia.

—¡La princesa guerrera! Eres preciosa, Xenia. Aún no habíamos tenido el gusto de conocernos.

—No…, no salgo demasiado.

—Pues eso hay que remediarlo, esta tarde os venís a casa a merendar y acortamos distancias. Este bloque es muy familiar, la

gente te acoge con los brazos abiertos; con nosotras lo hicieron y es justo que nosotras lo hagamos contigo.

Me lo pienso un segundo.

—Claro, gracias.

—Pues a las seis os esperamos. ¡Adiós, guapas!

Qué torbellino de chicas, ¡ya tengo plan para la tarde!

A las seis llamo a la puerta y me abre la que creo que es Marta.

Son dos chicas geniales, pero no le diré a Manu que he estado con ellas y, como Xenia aún no habla demasiado claro…

Me han hablado de sus vidas y yo un poco de la mía. Xenia se ha portado genial y la verdad es que espero repetir. Sin darme cuenta ha pasado la tarde y veo que son ya casi las nueve. «Cenicienta a recogerse, que el ogro va a llamar», pienso.

—Bueno, chicas, la próxima quedada la hacemos en mi casa —digo mientras me dispongo a salir del piso.

—Genial —me dicen las dos con una gran sonrisa en la puerta.

—¡Hola, juventud! —Es Sole, mi vecina.

—Sole, te acabas de perder una fiesta de chicas.

—¡Me cachis! La próxima vez, avisad, malas, que sois muy malas.

—No lo sabes tú bien… —responde riendo Marta. Me sorprende la complicidad que tienen, me gusta.

—Bueno, niñas, yo venía a traeros un táper con esas croquetas que tanto os gustan, y este es para ti, Lucía. —Me deja sin palabras; nunca nadie, fuera de mi hermana, Mar o el padre Juan, me ha regalado algo.

—Gracias, Sole, no sé qué decir.

—No es nada, niña, os las traigo ahora para que cenéis y porque, si viene Gaby y las ve, no las catáis, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja. Ese grandullón come como un mulo —dice Paula y a mí se me acelera el corazón con solo oír su nombre.

—Oíd, chicas, ¿por qué no lleváis esta noche a Lucía al sitio ese de la música fuerte?

—El Air, Sole —le dice divertida Marta.

—Bueno, como se llame… Tu marido no vuelve hasta mañana, ¿no? —me pregunta y me quedo muda. ¿Yo en un bar sin Manu?, ¿y si se entera?

«Él no está aquí, Lucía, aprovecha, vive», me digo a mí misma.

—Pero Xenia…

—Xenia no se va a enterar. Cuando se duerma, me avisas y me quedo en tu piso hasta que vuelvas con ampollas en los pies de bailar.

—¡Sí, Lucía, porfaaaaa! —me dicen Paula y Marta.

—Pues la verdad es que, cuando se duerme, cae en coma, no se despierta nunca, pero…

—No hay peros que valgan, eres muy joven para vivir como una monja, hija. —Y Sole tiene razón.

—Vale, si a vosotras no os molesto…

—¡Anda, tonta! Ya verás qué bien lo vamos a pasar.

—Vale. —Me hace ilusión.

—El Air abre a las nueve y media, así que te da tiempo de dormir a Xenia y arreglarte tranquila. Cuando estés, nos mandas un whatsapp, ¿ok?

—Vale. Y ahora me marcho, que son casi las nueve y Manu me va a llamar y, si no respondo… en fin. Hasta luego.

—Adiós, cariño —me despide Sole.

—¡Hasta lueguito! —me chillan las chicas.

—Pobre chica, se la ve siempre asustada —dice Sole con pena.

—Intimidada y acojonada por ese capullo de marido que tiene. Creo que no ha vivido nada. Sole, ¿sabes que tiene 22 años y que se casó con ese capullo con 18? Me cae fatal —dice Paula.

—Sí, un día nos vio despidiéndonos en la puerta y nos miró como si fuésemos cucarachas —explica Marta.

—Bueno, niñas, es obvio que no es muy feliz y que no ha vivido nada, pero puede que sea la vida que quiere. No la forcéis, eso puede traerle problemas.

—¡Vale, mami! Seremos buenas.

—Miedo me dais…

Cuando estoy abriendo la cerradura, empieza a sonar el teléfono, llego por los pelos. Manu me pide explicaciones de lo que hago, de lo que compro, de lo que como…, pero ni pregunta como estoy ni como está Xenia. Imbécil.

—Oye, mañana no iré, esta semana me tengo que quedar. Me han ofrecido trabajar el sábado y no me puedo negar.

—Lo que tú veas, nosotras estamos bien. —Al menos, que lo sepa.

—Claro que estáis bien ahí tranquilitas, ¿verdad? —Uy, uy, uy…

—Manu, ¿qué quieres decir?

—Nada, nada… Bueno, que sepas que el lunes ya puedes ir al banco a sacar pasta, me han ado, y luego vas y le das a Ramiro 150 €.

—Pero si me dio 100…

—¿Eres tonta o qué te pasa? Los 50 € son los intereses. —¡Vaya tela!

—Vale, lo haré.

—Bueno pues adiós, pórtate bien. Hasta dentro de una semana.

—Claro, cuídate.

—Adiós.

Una semana más sin él, pues muy bien, genial. No me siento apenada en absoluto. Ay, madre, si supiera que esta noche voy a salir…

Cuando acuesto a Xenia, me ducho y me encaro con mi armario. ¿Qué me pongo?, mi ropa es horrible y anticuada. En el fondo de una estantería veo unos tejanos que me iban demasiado grandes y ahora me irán bien porque me he engordado un par de quilos.

Una hora después estoy lista; los tejanos los he combinado con un jersey de hilo negro muy bonito que me tapa un poco el culo, aunque tiene un buen escote y deja un hombro descubierto. No me lo he puesto nunca, me lo regaló Mar, y Manu me prohibió ponérmelo porque era demasiado escandaloso; pues toma, hoy lo voy a lucir, me pongo unas sandalias, me dejo el pelo suelto, un poco de rímel y brillo en los labios y lista… Sole viene y salgo yo por la puerta. ¿Estoy haciendo bien? ¿Soy mala madre por dejar a Xenia con una casi desconocida? «Para, Lucía, que conoces a Sole de hace meses y vas a estar a cinco minutos de casa». Vale, ya paro. A divertirme. Me lo merezco y no voy a hacer nada malo.

Paso por el piso de las chicas y a las 10:45 llegamos al Air. Me gusta nada más entrar; es la primera vez que estoy en un bar así y sola. Pero estoy a gusto. Sigo a las chicas hasta la barra y no tengo ni idea de qué pedir.

—¿Has cenado bien? —me pregunta Paula.

—Sí, pero es que no he bebido nunca, solo un poco de cava.

—Tranquila, te vamos a pedir algo suave, tú confía en nosotras. —Qué peligro tienen…

—Roque, cariño, ponnos tres San Franciscos generosos.

—Claro, ricuras. ¿Quién es vuestra amiga?

—Lucía, este es Roque, el dueño; esta es Lucía, es nuestra nueva vecina.

—Encantada, Roque.

—Igualmente, preciosa. Ahora os traigo lo vuestro.

Mientras, esperamos y Marta y Paula se dan cariñitos. «Dios, no sé dónde mirar…». Observo el bar con más detalle: las luces, las fotos que cuelgan de sus paredes, las mesas, el escenario, los reservados, y me fijo en un grupo de chicos que ríen escandalosamente… Jo… Mierda, ¡ese es Gaby! Ya me estoy poniendo colorada. Qué guapo que está; todos lo son, pero él

desprende algo que me atrapa y me calienta como nada en este mundo.

—¡Lucíííaaa! —me dice Marta con voz cantarina… ¡¡¡Pillaaadaaaaa!!!

—¿Eh? Sí…, Marta, dime.

—¿Te parece bien si nos sentamos con los chicos? ¡Son muy majos! y a Gaby ya lo conoces… —Y me guiña un ojo.

—Claro. Perfecto.

¿Qué me pasa en las rodillas cuando veo a Gaby? Bueno, las rodillas y más cosas…

—¡¡¡¡Hola!!!!

—¡¡Ey, chicas!! Sentaos. Hola, Lucía —me saluda Gaby.

—Hola. —¡¡Madre mía, madre mía, madre mía por 50!!

—¿No nos vais a presentar? —pregunta el chico que está al lado de Gaby.

—Claro. Chicos esta es Lucía, nuestra vecina. Lucía, a Blay ya lo conoces; el de al lado es José, su novio; y estos caraduras son Rico, Fausto y Pepo. —Qué guapos, pero ¿en qué agujero he estado yo metida?

—Mucho gusto.

—El gusto es nuestro, sin duda.

—Para el carro, Pepo, que esta hembra está ya pillada. —No sé porque, pero me ha molestado que Paula lo diga; por una vez quiero ser solo Lucía, ni mujer de, ni madre de, solo una mujer llamada Lucía.

—Vaya, por Dios, no podía ser de otro modo, eres preciosa ricura.

—Bueno, ya está bien. ¿Dónde has dejado a la princesa? —me pregunta Gaby.

—Tu abuela se ha quedado con ella en mi casa, ha insistido y… bueno, pues he dicho que sí.

—Me he perdido. ¿Quién es esa princesa?

—Fausto, Lucía tiene una hija, se llama Xenia —Ya está todo desvelado.

—Aaaaaah —dicen todos.

—Bueno, aquí tenéis las bebidas, chicas, y os invito yo; espero verte a menudo por aquí Lucía.

—Gracias, Roque. —Qué amable.

Y así entre charla, risas y miradas furtivas empieza la velada… Hay un par de comentarios durante la noche que llaman mi atención: Fausto ha dicho algo de una misión y de cosas relacionadas con el ejército y se lo ha dicho a Gaby, como si él

hubiera estado allí. Me han dicho que son militares, pero ¿qué tiene que ver Gaby con ese mundo? Y ¿por qué ha mirado a Fausto como si fuera a arrancarle la cabeza?

***

JODER, y yo que pensaba que esta noche me iba a desahogar… Con Lucía aquí soy incapaz de mirar a otra. Está de buena… la he visto cuando ha entrado y he deseado, por la salud de mi entrepierna, que no se acercaran. Es la primera vez que puedo distinguir su cuerpo. No va nada provocativa, pero sí insinuante, y eso a los tíos nos encanta. El tejano marca un culo espectacular y el jersey deja ver el comienzo de unas buenas tetas, ni muy grandes ni muy pequeñas, con que quepan en las manos ya hay suficiente. He estado con chicas con las que tenía la sensación de estar ordeñando a una vaca; claro que tampoco hago ascos, tengo buen estómago y me lo como todo. Lleva el pelo suelto y casi no va maquillada, no lo necesita, es preciosa. Me acomodo la polla con disimulo e intento seguir la conversación, porque los cabrones de mis amigos son como yo, y que ella esté casada les importa lo mismo que a mí… nada. Cuando consigo centrarme, veo que Fausto se ha puesto al lado de Lucía y le habla insinuante; ella no sabe dónde meterse. Qué cabrón.

—Bueno, chicas, ¿qué os parece si vamos a Cielo?

—Marta, no te cansas nunca…

—Ya sabes que no, mi reina; tú, mejor que nadie, conoces el aguante que tengo. —Qué guarrillas.

Miro a Lucía y está alucinando. ¿Dónde ha estado metida? Qué tentador sería corromperla…

—Venga, vamos… —se anima Blay.

—Yo no lo sé… Sole está en mi casa y me sabe mal llegar tarde.

—De eso nada. Tú te vienes con nosotros.

—No te preocupes por la abuela; ella, teniendo una tele delante, aguanta hasta las tantas.

—Bueno…, vale… Es la primera vez que voy a una discoteca —se me ha escapado sin querer y sus caras son un poema… Supongo que es por la copa que me he bebido que me siento como si flotara y me apetece lo que no he hecho nunca en público: bailar.

—Bueno, pues ya es hora… ¡Vamos de fiesta!

***

Llegamos a la discoteca en seguida; yo he ido en el coche de las chicas y en veinte minutos ya estamos instalados otra vez todos tras una mesa baja. Blay y su chico han ido a por las bebidas. Veo el baño en una esquina y me dirijo hacia allí. Necesito refrescarme un

poco. Cuando salgo, veo a Gaby apoyado en la pared de enfrente con las manos en los bolsillos.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta acercándose poco a poco, como un cazador, y acabo con la espalda pegada a la pared.

—Sí, solo necesitaba refrescarme un poco. Hace calor, ¿no te parece? —Inclina la cabeza y me mira fijamente. Sus ojos se transforman, se vuelven profundos y calientes; madre mía…

—Sí. Yo también tengo mucho calor. —Sonríe de lado y creo que me voy a tener que volver a meter en el baño a refrescarme, pero no la cara… Qué voz, qué cara de canalla. «Cuidado, Lucía, peligro inminente en tu entrepierna». Se acerca a mí y me quedo paralizada.

—Estás preciosa. ¿Te lo estás pasando bien? —Uf…

—Sí… sí… claro. Son todos muy simpáticos. —Qué calor, por Dios, me pone un dedo en la barbilla y levanta mi cara. Me mira a los ojos y me derrito.

—Lucía, cada vez que te veo me pones peor. —Y me huele, juro que me está oliendo el pelo.

—No… no… no te entiendo…

—Pareces tan inocente… Eres tan guapa… que, cuando te veo, mi cuerpo reacciona a ti de una manera casi primitiva… Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarme sobre ti. —¿Cómo puede decirme esas cosas?

—Yo… cre… creo que tendríamos que volver con los otros —susurro porque no me salen las palabras.

—Sí, será lo mejor o no podré evitar comerte la boca. —Alaaaaa.

Empiezo a andar hacia la mesa; bueno, andar es lo que pretendo, pero mis neuronas están fundidas. Al llegar, cojo la primera copa que veo y empiezo a beber.

—Alto, chica, o tendré que llevarte a tu casa en brazos —me dice Blay.

—Es que tengo calor.

—Yaaa. —Y me mira fijamente, para luego mirar por encima de mi hombro en dirección al lavabo de donde viene Gaby como si no hubiera pasado nada y vuelve a mirarme divertido.

—Lucía, vamos a bailar. —Marta me coge de la mano y no me niego, tengo que huir.

En la pista me quedo un poco parada, no sé cómo moverme, pero me voy animando cuando veo a Marta y Paula hacer el tonto. Empiezo a bailar meciendo mis caderas, levanto los brazos y me siento bien, me siento… libre.

***

No puedo dejar de mirarla, cómo se mueve, la cadencia de sus movimientos, y solo puedo pensar en tenerla moviendo así sus caderas debajo de mí, sudorosa y caliente.

—Macho, deja ya de comértela con los ojos. —Miro a Blay y a los otros, todos me miran divertidos…

—Está casada. Le vas a complicar la vida, tío —me dice Pepo.

—No sé qué me pasa con ella, me pongo a mil cada vez que la veo —acabo por sincerarme.

—Tienes a todas las tías que quieras, no te metas en esas aguas, amigo. —Fausto tiene razón, tengo que entretenerme.

—Mira lo que acaba de entrar por la puerta…

Miro hacia donde me indica Rico y veo a cuatro chicas jóvenes y guapas que se acercan a la barra. No sé si es buena idea, algo dentro de mí me dice que no lo haga, pero mi parte primitiva me gana y me levanto para acercarme a ellas, y mis colegas conmigo. Y así empezamos un cortejo que nos lleva a la pista de baile. Miro a Lucía que ríe y baila, se la ve feliz. «Gaby, tú a lo tuyo» y me pongo detrás de la rubia y empiezo a moverme con ella, dejándole claro lo que busco. Ella nota cómo estoy y aprieta su trasero contra mi entrepierna, ladea la cabeza y me mira sonriente, cree que estoy así por ella, pero, aunque no sea así, sí va a ser la encargada de solucionarlo.

***

¡Me lo estoy pasando genial!, bailo y me divierto hasta que miro hacia la derecha y veo a Gaby bailando con una chica. Me quedo de piedra. Se frotan el uno contra el otro sin pudor alguno; ella gira la cara y le sonríe, él le aparta el pelo y le besa el cuello, ella se derrite, ¡como para no hacerlo!, pasa sus manos por su cintura y la estrecha contra él, ella levanta los brazos y abraza su cuello; madre mía, hasta yo me estoy calentando, mirando la escena. No lo entiendo, antes en la puerta del baño parecía prendado de mí y ahora está con esa chica; es un picaflor, un ligón, un cazador. Seguramente cada fin de semana está con una diferente y yo o bien soy un reto o se está riendo de mí. «Pero, Lucía, estás casada, eres tú la que tiene que ponerle freno a todo esto», así que me despido de Marta y Paula e insisto en que se queden, yo cogeré un taxi.

La noche ha estado bien, he conocido a gente estupenda, me he reído y he bailado como nunca y con eso me quedo. No puede pasar nada más y ahora que Sole se ha ido y lo pienso fríamente, es lo mejor. Yo no soy libre y él es un libertino. Lo veo y sé que ha de ser así, pero algo en mi interior se rompe, crece en mí una desilusión y una pena que no he sentido nunca y, aunque no he hecho nada, mi

inexperiencia me ha hecho no saber hacerle frente a la situación y he permitido un acercamiento que nunca tendría que haberse dado.

Capítulo 6

La semana pasa volando; he devuelto el dinero que nos prestó Ramiro y he ido a comprar en lunes, día festivo de Gaby, no quiero verlo, es lo mejor.

Llega el viernes y a las ocho de la noche llega Manu. Estamos Xenia y yo sentadas en el comedor viendo Frozen y cuando lo veo no siento nada, al menos no amor ni cariño, siento incomodidad y tristeza, pues me devuelve a la realidad, a la vida real que tengo. Xenia no parece tampoco muy contenta, pues sigue mirando la película como si nada.

—¿Así es como se recibe al hombre de la casa?

—Hola, cariño. —Me levanto y le doy un beso.

—Eh, pequeña, ven a darle un beso a tu padre.

Me dirijo a la cocina a preparar la cena. Nos sentamos a la mesa en silencio, como siempre y, cuando acostamos a Xenia, llega el suplicio. Nos metemos en la cama y empieza el ritual. Sus manos son ásperas, su aliento desagradable, me asquea como me toca: palpa, no acaricia, a veces hasta me hace daño; no siento nada más que incomodidad. Me penetra de forma busca y no se detiene hasta que acaba dentro de mí. Menos mal.

El fin de semana pasa poco a poco. Nos lo hemos pasado encerradas en el piso y solas, aunque eso no es del todo malo.

Es lunes y me dirijo al supermercado, Xenia se ha quedado en casa de Marta y Paula, así puedo cargar más. Estoy concentrada mirando precios cuando llega a mis oídos una conversación…

—¿Cómo tú por aquí hoy, Eva? ¿Se te ha olvidado que los lunes no hay nada interesante en el súper?

—No he tenido más remedio que venir hoy, pero mañana volveré.

—Uy, hija, no sé qué te ha dado ese chico, pero estás como tonta.

—¿Qué crees tú que me ha dado?

—No lo sé, aunque lo supongo… desde que te separaste no paras…

—Y antes tampoco…

Y se echan a reír, ¿a qué viene todo esto?

—Ese chico es un portento, Lola, es un demonio… tú ya me entiendes…

Ella puede que sí, pero yo no entiendo nada.

—Os tiene a todas como locas, ya lo tiene que hacer bien, ya. La

verdad es que está buenísimo, tiene toda la pinta de saber lo que se hace.

—No lo sabes tú bien… Cuando estuve con él, me hizo cosas que… uf, no sabía ni que se podían hacer. Fue el mejor polvo de mi vida. San Gabriel lo llamo desde entonces. Ja, ja, ja.

¿¿¿¡¡¡Cómo!!!??? Me quedo helada en el sitio, no puedo moverme, están hablando de Gaby. Se ha acostado con ella y parece que con otras clientas también.

—Ana dice que hace una cosa con las caderas que te deja con los ojos en blanco… Sabes de lo que te hablo, ¿no?

—Claro que lo sé, es estupendo. Es una pena que sea tan escurridizo; todas lo hemos catado, pero es inalcanzable, es demasiado bueno como para quedarse con una. Tanta sabiduría no se la puede quedar una sola…, ja, ja, ja.

Me quedo muerta con lo que acabo de oír y no me lo creo. ¿En serio se tira a clientas del súper? ¿Mujeres casadas a las que ve cada día? Mujeres casadas como yo; le gusta jugar y, por lo visto, es un buen jugador. Salgo de allí sin comprar nada, no puedo procesar todo lo que he oído, no imaginé que fuera así. «Pero ¿tú qué sabes, Lucía, de la vida? Eres tonta, chica». Lo soy.

La semana se me hace eterna, no vuelvo a salir del piso. No quiero verlo, es irracional, lo sé, pero me siento decepcionada; sabía que no podía hacer nada, estoy casada. Su interés por mí me hacía sentir especial, pero no lo soy para nada. Para él somos todas iguales; soy para Gaby igual de invisible que para Manu, solo un cuerpo, una presencia.

Cuando llega Manu mi humor no ha mejorado.

Al acabar de cenar me dice que le haga un café.

—Toma, el café.

—¡¡¡Joder!!! —Ha escupido el sorbo de café. ¡Ostras, el azúcar!

—Lo siento, se me olvidó el azúcar.

—¿Es que tienes memoria de pez? Solo estoy fuera cinco noches a la semana y ¿ya se te olvida como quiero el café? —La conversación aumenta de tono y siento que me hierve la sangre.

—Te he dicho que me perdones, ¿¡qué más quieres!? —yo también he empezado a gritar, me mira extrañado.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa?

—¡A mí no me pasa nada, pero podrías tener un poco de consideración o hacerte tú el puñetero café! —Ahora sí que está con la boca abierta, y yo también, no me reconozco…

—¡Calla de una puta vez!

—¡Mamiiiiiii!

—¡Ya voy, cariño! —Y me voy hacia el dormitorio de Xenia, pero, antes de llegar, Manu me coge del brazo y me taladra con la mirada.

—Ahora no te vas a ir, quiero saber qué coño te pasa y por qué me has gritado. —Me zafo de su agarre y voy a buscar a Xenia.

Suena el timbre y lo oigo maldecir. Sole ha venido alertada por los gritos y por el llanto de Xenia.

—¿Va todo bien Lucía?

—Sí, Sole, gracias, todo está bien. Solo una discusión que se nos ha ido un poco de las manos. No te preocupes. —No parece convencida, pero se va.

—Vecinas entrometidas… recuerda una cosa: no vuelvas a gritarme así en tu puta vida, ¿me entiendes? —y me lo dice tan cerca de la cara que me da terror.

—Sí, perdona.

Esa noche Xenia y yo dormimos juntas en la misma cama, las dos tenemos miedo; ella, de Manu, y yo, de mí misma. Nunca le había hablado así y sé que no ha habido consecuencias porque se ha quedado pasmado y no ha sabido cómo reaccionar, pero si se vuelve a repetir saldré mal parada. Lo de Gaby me tiene desquiciada, tengo que tranquilizarme o las cosas para mí y Xenia se pondrán muy mal.

Capítulo 7

Ya estamos en julio y el calor es sofocante. Hugo me ha pedido que le cambie el turno y yo, que soy supermajo, aquí estoy un lunes por la mañana. Joder, estoy hecho mierda. El sábado los chicos me enredaron y fuimos a pasar el finde a Cádiz. Nos alojamos en el hotel en el que lo hacemos siempre que vamos y nos hemos corrido una juerga de las grandes. La verdad es que lo necesitaba. Hemos estado en Cádiz dos días y una noche y me he enrollado con cuatro chicas, vaya maratón… que conste que no me quejo, todo lo contrario. La primera cayó en el baño del restaurante donde estábamos cenando, me asaltó en el pasillo y no le dije que no; la segunda, durante la noche en la disco, en el baño otra vez; por cierto, cada vez son más pequeños, o yo más viejo; y las otras dos, la noche del sábado: una morena y una pelirroja se estaban picando por mí y, a mí, que no me gustan los conflictos, les propuse compartirme como buenas niñas y aceptaron… ¡¡¡Vaya noche!!! Me han dejado seco y agotado, pero feliz. Siento que vuelvo a ser yo.

Estas últimas semanas he estado algo despistado, Lucía me tenía confundido y se estaba metiendo demasiado en mi cabeza, y eso no lo voy a permitir. Pero ya está solucionado, ha sido un fin de semana genial, era justo los que necesitaba, volver a ser yo, un mujeriego incurable y dueño de mis pensamientos y de mi vida.

Pero mi paz interior no dura demasiado, aunque el fin de semana me ha hecho más fuerte. Ha venido hoy, pensando seguramente que yo no estaría, porque se ha quedado pasmada al verme.

—Buenos días —me saluda tímidamente.

—Buenos días —le digo casi sin mirarla, es lo mejor.

—¡Hola, Gaby! Qué alegría verte. No trabajas los lunes… —Esa es Eva, ¡vaya fiera!, me la he tirado una vez y noto sus ganas de repetir por el tono meloso de su voz, quizá…

—Hola, Eva, ya ves, le hago un favor a Hugo. Por cierto, te veo muy bien… —Y es verdad. Está buena de cojones.

—Gracias, quizá podríamos vernos para comer… —me dice insegura, pero qué coño…

—Claro, si te apetece a las dos nos vemos en la pizzería. —Se le ilumina la cara.

—Vale, allí estaré. Adiós.

Y al girarme veo por mi derecha que Lucía sigue allí con una cara que no tiene precio.

—¿Necesitas algo, Lucía? —intento sonar indiferente, pero sus ojos son acusadores y no me gusta que me miren así.

—No, nada. Adiós. —Y sale disparada pasillo adelante. Pero de pronto se detiene y vuelve a acercarse…

—¿A ti te parece bien flirtear con las clientas? Quiero decir… ¿no te puedes meter en un lio si se entera tu jefe? —Me ha dejado perplejo.

—A nadie le importa lo que haga o deje de hacer fuera de mi trabajo, no me las tiro en los pasillos, Lucía.

—No, no, claro, es que… el otro día oí hablar a esa chica con otra… Olvídalo, no es asunto mío.

—No, no lo es, pero parece que te interesa, así que te lo voy a explicar. Mi vida es mía y de nadie más. Hago lo que quiero, cuando quiero y no le tengo que dar cuentas a nadie. Me gusta el sexo, mucho y estoy soltero, así que lo busco o lo encuentro en cualquier sitio y, cuando surge la oportunidad, nunca digo que no. —Creo que me he pasado, pero no me ha gustado su comentario. Se ha quedado muda y colorada como un tomate.

—Lo… lo… lo siento, de verdad… yo no quería… meterme. Lo siento.

Y sale corriendo, y ahora no vuelve a pararse. ¿A qué ha venido eso? ¿Qué coño le importa a ella lo que haga o deje de hacer?

***

Pasamos el fin de semana encerrados en casa. Manu ha traído la mitad del sueldo, me ha dicho que ha tenido algunos gastos, seguro que sale todos los días de copas y algo más…

El lunes al mediodía con Xenia dormida, me dispongo a relajarme leyendo un rato. Marta me ha dejado un libro y me ha dicho literalmente: «Este libro va a hacer que las bragas te chorreen» y se ha partido de risa, me da hasta miedo abrirlo, tiene un título sugerente: *Pídeme lo que quieras*, de Megan Maxwell, dice que es una trilogía y que, si no muero por combustión espontánea con este, me dejará los otros dos. Cuando llevo una hora de lectura, tengo un calor que… ¡Vaya historia!, pero he de confesar que me gusta y me calienta a partes iguales. De repente oigo que llaman a la puerta y, del susto, se me cae el libro de las manos. «Lucía, no estás haciendo nada malo, tranquila», intento recomponerme un poco y voy a abrir. Me quedo a cuadros cuando veo que es Gaby.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, ¿puedo pasar?

—Claro, pasa. —Madre mía, qué nerviosa estoy…

—¿Te encuentras bien? Pareces acalorada. —A ti te lo voy a

decir…

—Sí, sí, es que… me he quedado traspuesta en el sofá, ¿pasa algo?

—Pues la verdad es que quería hablar contigo. Me ha dicho mi abuela que el viernes por la noche oyó muchos gritos y que al final se decidió a venir. ¿Va todo bien?

—Claro, solo una discusión un poco subida de tono, nada grave.

—Será nada raro, pero grave lo es cuando tu hija se llegó a despertar con los gritos. —Pero qué leches se cree el tachado de virtudes este.

—Lo que pasa en mi casa no le importa a nadie, agradezco que tu abuela viniera, pero no creo que sea adecuado que vengas tú.

—No quería molestarte, solo quería saber cómo estabas. Tu marido no te trata demasiado bien y… —Esto es el colmo.

—Mira, Gaby, no creo que te importe cómo sea la relación con mi marido, ni creo que tú seas el hombre indicado para juzgar el trato hacia una mujer.

—Pero ¿qué coño dices? —Ay, que se ha mosqueado de verdad.

—No digas palabrotas. Tú eres un pervertido que usa a las mujeres y…

—Óyeme bien, guapa. —Se acerca a mí y me obliga a retroceder hasta tocar la pared. Me siento aterrada, nunca pensé que podía poner esa cara. Creo que me he pasado.

—Yo no les hago nada a las mujeres que ellas no quieran; además, te aseguro que, cuando están conmigo, las que gritan son ellas, pero no es tu caso. —Roja como un tomate en 3, 2…

—No tienes ni idea —intento salir del paso.

—La que no tiene ni idea eres tú, solo he venido a ver si necesitabais algo, y tú me tiras a la cara algo de lo que no tienes ni puta idea. ¿Sabes lo que es ser libre? ¿libre para hacer lo que te dé la gana? Se ve a leguas que no, pues yo sí. No le debo explicaciones a nadie, eso se hace cuando se tienen relaciones, y yo no las tengo nunca. Me follo a todas las mujeres que quiero porque yo no estoy casado, son ellas las que tienen responsabilidades con otras personas. No me siento mal por ello, ellas sabrán. Cuando una mujer no está satisfecha tiene derecho a buscar esa satisfacción y yo encantado, porque ¿sabes qué Lucía? —Niego con la cabeza incapaz de articular palabra.

—Soy un experto en satisfacerlas, me gusta el sexo y me gustan las mujeres. ¿Estás satisfecha, Lucía? ¿Te puedo ayudar?

Se ha pasado tres pueblos y estoy tan avergonzada que lo único que me sale es levantar la mano y plasmarla en su cara. Mierda. Él

me mira con algo en su mirada que no sé descifrar. Me arrepiento al instante. Se acerca más todavía y me siento mareada por su proximidad, por su olor… Dios…

—No vuelvas a hacer eso en tu puta vida; no hay peor tonto que el que no quiere ver, pero allá tú. Tienes razón, no tendría que haber venido. Adiós.

Cierra la puerta sin hacer ruido y eso aún me hace sentir más culpable. Qué mierda, creo que he metido la pata hasta el fondo.

***

¡Pero que se ha creído la tía!, encima que me preocupo por ella me endiña una hostia, hay que joderse.

—Gaby, ¿dónde has ido?, la comida está en la mesa —me dice mi abuela.

—A ninguna parte. Vamos a comer.

—A ti te ha pasado algo, cuéntame ahora mismo que es lo que te pasa. Te he dejado aquí para ir a aliñar la ensalada y cuando vuelvo no eres el mismo. ¿Gabriel qué ha pasado?

—Te voy a decir algo, Sole, y no quiero volver a repetirlo: a partir de ahora, oigas lo que oigas en casa de la vecina, tú quietecita aquí, ¿me has entendido? Que cada uno se apañe con sus problemas.

—Pero ¿qué dices?, peino canas hace mucho para que vengas tú a decirme lo que tengo o no tengo que hacer. Haré lo que me dé la gana. Lucía es mi amiga y, si creo que me necesita, allí estaré.

—No te necesita, te lo aseguro. Está feliz con su vida de mierda. —Me mira entrecerrando los ojos. Lo sabe. ¡Joder!

—¿¡Has ido a casa de Lucía!?¿Pero quién te crees que eres? ¿Charles Bronson?

—Solo quería saber si estaba bien después de lo que me has contado y se ha comportado como una desagradecida, diciendo que me estaba metiendo donde no debía.

—¡Y es así!, no puedes meterte en la vida de la gente. Que tus hermanos y yo te lo permitamos no quiere decir que hagas bien, Gabriel. Yo te lo he contado en confianza, no para que fueras a su casa a pedir explicaciones.

—Yo no he ido a…

—¡Basta, Gabriel! A partir de ahora te comportas. Quizá deberías arreglar tu vida antes de meterte a hacer de psicólogo en la de los demás.

—¡Sole, que me estás tocando las nueces!

—¡Calla la boca y tenme respeto o te juro que no vuelves a poner un pie en esta casa! ¿Crees que no sé nada de tu vida? ¿Que

no me muevo por el barrio y no oigo los comentarios de algunas mujeres respecto a ti? ¿Crees que no me fijo en tus ojeras? ¿Crees que no sé que no duermes y que tienes pesadillas? ¿Que no me duele que…?

—¡¡Basta!! ¡todo eso no te importa, tengo casi treinta años y no vivo en tu casa! Con mi vida hago lo que quiero y con quien quiero, y nadie se va a meter. ¿Os ha faltado algo a alguno de los tres alguna vez? He cumplido con mis obligaciones de hermano y de nieto y me siento orgulloso, pero hay parcelas de mi vida que no le importan a nadie. Y a ti tampoco. Me largo.

Vaya puto día llevo. He dejado a mi abuela con la boca abierta, puede que me haya pasado, pero me jode que se ponga en plan madre conmigo con 28 años que tengo. Y a la otra que le den… Me voy al gimnasio, tengo que desahogarme boxeando y necesito un polvo inminente.

***

Cuando me dispongo a salir para ir al parque, me llama Marta y me dice que esta noche vamos a cenar juntas, que los jueves en el Air hacen unas tapas buenísimas por 2 €. Sole se quedará con Xenia. Vaya, en dos segundos tengo la noche arreglada, juerga y niñera. ¿Qué más se puede pedir?

El Air está lleno, pero localizamos un lugar donde cabemos las tres aunque haya ya cinco personas sentadas: Blay, José, Fausto, Pepo y… Gaby. Este me saluda sin levantar la vista del vaso. Esto no va a ir bien, no debí venir. Los otros se pasan la noche pendientes de nosotros y decido que ya hay bastante.

—Chicos, me marcho.

—Pero ¿qué pasa? ¿Tienes otros planes preciosa? —pregunta Fausto.

—Ja, ja, ja. —Oigo a mi derecha. Ha sido Gaby. Desgraciado.

—No. Estoy cansada. Xenia no ha pasado buena noche, la primavera no le sienta demasiado bien.

—¿Qué le ocurre? —Cambia de actitud en el instante en que nombro a mi hija; vaya, hasta parece preocupado.

—Tiene asma crónica y sufre de ahogos que se intensifican en primavera y verano. Bueno, adiós. Ya nos veremos.

—Espera, quiero hablar contigo —me dice el muy engreído.

—No hace falta, yo no… —Pero se levanta de su sitio igualmente.

—Luego hablamos, chicos —y se despide del resto para irse conmigo.

—¿Siempre consigues lo que quieres? —le pregunto un poco

mosqueada ya en la calle.

—Casi siempre. Te pido perdón por lo del otro día. Solo quería interesarme por cómo estabas, pero se me fue de las manos. Lo siento.

Desarmada completamente me ha dejado…

—Sí, bueno yo… también lo siento. No debí pegarte. Aún me duele la mano.

—¡Qué malota!, pegas fuerte, ¿sabes?

—Bueno, supongo que estuvo bien para ser la primera vez.

—Sí que estuvo bien. Te acompaño a casa, tengo allí el coche.

Y empezamos a caminar; estoy nerviosa por su cercanía, es tan guapo y tan fuerte, me siento segura a su lado. Parecemos una pareja.

De repente me sobreviene una sensación extraña, no sé lo que es, pero me hace acelerar el paso.

—Lucía, ¿qué te pasa?

—No lo sé. Algo no va bien.

Al girar la esquina encaramos nuestra calle y, desde lejos, veo a Sole con Xenia en brazos mirando para todos los lados. No me lo pienso y me pongo a correr y Gaby conmigo.

—Ay, Lucía, Xenia está muy malita, le cuesta mucho respirar, no sabía qué hacer y he llamado al 112, pensé que sería más efectivo que llamaros a vosotros. Me han dicho que la sacara a la calle para que el aire fresco la ayudara un poco y que están llegando.

Pobre Sole, está aterrada. Cojo a Xenia en mis brazos y la apoyo sobre mi hombro, hablándole para tranquilizarla. Gaby empieza a acariciarle la espalda, me parece un gesto tan tierno que se me saltan las lágrimas, ni su padre hace eso.

Cuando llegó la ambulancia, Xenia ya respiraba con menos dificultad. Le pusieron un rato el oxígeno y el paramédico me dio un jarabe para darle por las noches y así facilitar su entrada de aire. Todo había quedado en un susto, pero hizo que me sintiera la peor madre del mundo. Aquello tenía que acabar. No soy una jovencita sin obligaciones para salir de copas, tengo una hija y un marido y mi vida se está complicando tanto que a veces ni yo me reconozco.

A la semana siguiente, Manu solo llamó dos días diciendo que tenía trabajo, y el fin de semana no vino. Algo me ocultaba, estaba segura.

Yo llevaba dos semanas sin salir y sin despegarme de Xenia. Ella estaba perfectamente, el jarabe había sido mano de santo, pero yo estaba muy angustiada. Tantos días sola me estaban empezando a deprimir y, pese a haber decidido no volver a salir con las chicas,

no podía engañarme a mí misma, estaba deseando que me invitaran a cenar, merendar o lo que fuera. Cuando Sole, Marta y Paula venían a verme, eran para mí una oleada de aire fresco, algo que nunca antes había tenido y que ahora necesitaba para seguir viviendo.

Llamaron a la puerta y allí estaba Sole con un táper lleno de croquetas.

—Gracias, Sole, pasa.

—No puedo, cielo. Mis nietos están al llegar, esos tres vienen como lobos hambrientos.

Hace dos semanas que no veo a Gaby y lo echo de menos.

—Las chicas me han comentado que hoy van a ir a no sé dónde. ¿Por qué no vas con ellas? Necesitas despejarte y salir, estás más blanca que las paredes.

—Sole, la última vez que le dejé a Xenia se llevó el susto de su vida. ¿De veras quiere volver a quedarse con ella?

—Cariño, me asusté más de la cuenta; si vuelve a pasar, Dios no lo quiera, sabré cómo actuar. Vete tranquila.

—No sé, Sole…

—Venga, Lucía, eres joven y las jóvenes, casadas o solteras, con hijos o sin ellos, necesitan relacionarse con otras personas. Tienes que salir, airearte, hablar con personas de tu edad; vete a pasártelo bien. Me gusta estar con tu hija, me siento útil, de verdad que si no fuera así no te lo diría. Venga, ¡anímate, muchacha!

—Ummm, vale. Pero cualquier cosa me llama y vuelvo volando si hace falta.

—Que sí… Marta dice que a las 9:30 vendrán a buscarte, así podrás atender a Manu. —Qué picarona, ya lo había planeado todo…

—Ja, ja, ja…Vale, aunque hace tres días que no llama…, en fin. Gracias, es usted un sol. —Y la beso porque me sale del alma.

Me siento afortunada; aunque mi vida personal sea un desastre, al menos, las tengo a ellas. Tengo ganas de ir a bailar. El otro día en el mercado vi un vestido precioso y barato y me lo compré y hoy lo voy a estrenar, ¡qué leches!

Manu no llama y salgo por la puerta más contenta que unas pascuas. Es jueves y las calles están llenas de gente. Cenamos de tapeo en un bar y luego nos vamos un rato al Air. Por raro que parezca, los chicos no están. Según me cuentan Marta y Paula, se han juntado para tener una noche de chicos en casa de Fausto, ya que este y sus compañeros se van a una misión en unas semanas y se querían despedir como Dios manda. La verdad es que me siento

un poco decepcionada por no verlo, pero pronto se me pasan los males, el alcohol me ayuda a olvidarme de todo. Me siento superbién, el cubata me ha sentado genial.

Llegamos a la discoteca las tres un poco pedo, queríamos beber y por eso esta noche vamos de taxi. Nos vamos directas a la barra y cae otro cubata. Cada vez me siento mejor, más libre y más guapa. Veo cómo me miran los chicos y eso me hace sentir genial. Creo que, como llevo tantos días sin hablar con Manu, mi autoestima se está recuperando.

En la pista me pongo a bailar como nunca. Me encanta esta canción. Levanto los brazos, cierro los ojos y me dejo llevar por la música como nunca lo he hecho antes.

Noto un cuerpo detrás de mí y unas manos que se arrastran poderosas hasta mis caderas.

—Hola, Lucía, estás espectacular. —Gaby. Su aroma es inconfundible, aunque su voz suena un poco pastosa. Me giro, pero no retira sus manos de mí.

—Hola, Gaby. ¿No teníais noche de chicos? —Me siento valiente y he puesto mis manos en sus antebrazos, es tan fuerte…

—Ya ves… no podemos vivir sin vosotras. Y ahora que sé que estás aquí, me alegro de haber venido.

—¿Estás borracho?

—Achispado, sí, ¿y tú? —me lo dice mirándome a los ojos y me tiemblan las rodillas, pero mi valentía no ha desaparecido…

—Achispada, sí. —Sigo su juego.

No decimos nada más y seguimos bailando, meciéndonos pegados como lapas. De pronto me da la vuelta y se queda tras de mí, pasa su brazo por mi cintura y posa su mano abierta en mi estómago; me estoy derritiendo, tengo mucho calor, pero no quiero que se retire ni un milímetro. Apoyo la cabeza en su hombro y nos seguimos moviendo. Noto cómo él huele mi pelo, su voz es un poco pesada. Yo ni siquiera respiro.

—Lucía, Lucía, estás siendo una chica mala…

—¿Por qué? —Estoy tan ida que no sé a qué se refiere.

—Me estas poniendo muy muy cachondo…

—Yo no estoy haciendo nada —digo girándome.

—Lo haces sin darte cuenta y eso lo hace más excitante.

Y entonces vuelve a darme la vuelta, pegando su pecho a mi espalda, aparta el pelo y me huele el cuello, empieza a dejar pequeños besos y lametones y yo ya soy una piltrafa en sus brazos. Sé que no está bien, pero me siento en la gloria… y lo dejo que continúe. Giro el cuello para darle mejor acceso y entonces noto

algo duro en mis lumbares. ¡Madre del amor hermoso!, tengo tanto calor…

—Lucía, dime qué quieres… —Su voz es tan pesada como la mía.

—Yo… yo… quiero… —He perdido la capacidad de hablar, de pensar, solo quiero sentir.

—Pídeme lo que quieras, vamos, no tengas miedo.

Juraría que ha dicho: «Pídeme lo que quieras», ese libro está haciendo estragos en mi cuerpo ¡y va él y lo menciona! Mi imaginación vuela y le contesto sin pensar:

—Contigo no tengo miedo.

Entonces me gira y me mira a los ojos. Agarra mi mano y empezamos a andar entre la gente, no sé a dónde vamos, pero lo sigo sin oponerme; de repente se para, descorre una cortina y nos mete a los dos detrás. Me encuentro con una pared en mi espalda y él pegado a mí. Su respiración es acelerada, huele a alcohol, pero son sus ojos los que me intimidan, son feroces, calientes, me come con ellos.

—Nena…, necesito besarte, comerte la boca o me voy a morir.

—Oooh.

Y es lo último que puedo decir. Posa su boca contra la mía, despacio, me la hace abrir con su lengua y cuando está dentro busca la mía; tímidamente empiezo a seguirle el juego y entonces algo se descontrola y explota dentro de mí una sensación desconocida. Lo agarro de la nuca, él gruñe y el beso se vuelve salvaje, mueve la lengua por toda mi boca, por mis dientes, muerde mis labios, joder cómo besa… no pensaba que se podían hacer todas esas cosas.

Yo no me quedo atrás y lo imito, sus manos bajan por mis muslos y se cuelan por debajo de mi vestido. Estoy tan caliente que no puedo ni respirar. Aparta mis bragas y me toca ahí, doy un grito de la impresión, pero no se detiene, ¡¡que no pare por favor!!

—¿Te gusta? —Vaya pregunta.

—No pares, no pares… —No sé decir nada más.

Entonces abandona mi boca y baja con pequeños besos y mordiscos por mi cuello, mi escote y baja un poco el tirante de mi vestido arrastrando también el del sujetador, me saca un pecho y se tira como un lobo hambriento por mi pezón. Mis rodillas han perdido las articulaciones y es él el que me sostiene con la mano que tiene libre rodeando mi cintura, la otra está haciendo algo increíble entre mis piernas.

—Dios, Gaby, yo… oooooh.

—Vamos, reina, no te cortes.

—Esto… no… sé… qué… me… pasa —le digo a golpes de jadeo.

—Esto se llama disfrutar; vamos, déjate ir, preciosa —me dice con la voz estrangulada.

Y entonces noto que sopla sobre mi pezón y, sin parar de mover sus dedos mágicos, exploto en un nirvana que me hace poner los ojos en blanco y convulsionarme. Me sale un grito que no puedo sofocar y él pone su boca sobre la mía para acallarlo.

Apoyo la frente en su pecho intentando recuperarme y poder respirar con normalidad mientras él me arregla el vestido. Se me dibuja una sonrisa de tonta que pa' qué, pero al mirarlo se me borra al instante; está serio y me suelta de golpe como si quemara. Tengo que apoyarme en la pared de atrás para no caerme, de la brusquedad con la que lo ha hecho. No entiendo qué le pasa.

—Lo siento, Lucía —dice bajando la cabeza.

—¿¡Cómo!? —No entiendo nada.

—Esto ha sido un error, no tendría que haber pasado.

Me quedo muerta y entonces la realidad se me viene encima. Lo que acaba de pasar, Xenia, Manu…, pero nada de eso me duele tanto como su rechazo. Tonta, estúpida, qué ingenua he sido…

—Me he dejado llevar por el calentón, no volverá a pasar yo…

—¡Cállate! —Me siento tan humillada…—. No digas nada más y vete. —Estoy a punto de ponerme a llorar.

—Lucía, de veras que lo siento, yo tengo la culpa, yo no…

—¡Te he dicho que te calles!, ¡no me humilles más! —Las lágrimas empiezan a desbordarse de mis ojos y lo empujo para poder irme y huir de él, pero no lo consigo. Me agarra de los brazos y empiezo a forcejear.

—Lucía, mírame, esto no está bien, tú estás casada y…

Y ahora sí que lo miro con la boca abierta.

—¿Y desde cuándo eso es un impedimento para ti?, ¿eh?, ¿ahora tienes conciencia?, ¿ahora te preocupa que esté casada? ¡Vete a la mierda y déjame tranquila! No quiero verte nunca más. ¡NUNCA!

Lloro desconsolada, ahora sí que se aparta y salgo de allí como una bala, no encuentro a mis amigas y me voy hacia la puerta, me largo de aquí. Al llegar a la calle veo a Paula, Marta y José que observan a Blay hablar por el móvil. Cuando me ven me miran serios. Limpio mis lágrimas con disimulo y me acerco a ellos.

—¿Qué pasa? —Tengo un mal presentimiento, creo que esas caras son por mí.

—Abuela, tranquila, en diez minutos estamos ahí, ¿vale?, quédate en casa hasta que lleguemos —dice Blay.

—¿Qué pasa, hermano? —El que faltaba.

—Lucía, tenemos que irnos. Manu ha llegado a tu casa y al ver que no estabas se ha puesto furioso… Es mejor que vayamos —dice Blay compungido.

—¿Le ha hecho algo a la abuela? —Madre mía, Sole.

—No, no, tranquilo, él le ha dicho que se fuera, con malos modos, pero nada más. Lucía, entiende que mi abuela le ha tenido que decir la verdad, que habías salido a tomar algo con las vecinas; a esta hora, la una y media de la mañana, poco más se puede estar haciendo. Lo siento.

—No pasa nada, Blay, no es culpa vuestra, ni de Sole, solo mía, he sido una irresponsable y una mala madre. —Y ahí lo incluyo todo, no solo la salida con las chicas.

—Lucía, no digas eso, tú no… —El gilipollas este… Lo miro furiosa.

—Gaby, vete a la mierda —no puedo más y se lo suelto así.

Todos se quedan a cuadros, no se esperaban esa contestación por mi parte; las chicas me cogen de la mano y, sin decir nada más, paramos un taxi y nos vamos. Sé lo que me espera. Me lo ha hecho a traición, para pillarme, seguro que ya sospechaba algo…

—Tranquila, Lucía, nosotras vamos a subir contigo, no te vamos a dejar sola.

—No, Paula, yo tengo que afrontar sola lo que he hecho.

—No has hecho nada malo, Lucía. —Ay, Marta si tú supieras…

—Solo has salido a bailar, es algo normal que la gente hace sin sus parejas, solo con amigos, ¿entiendes? Que ese neandertal no te haga sentir culpable, no has hecho nada malo y, como se le ocurra ponerte la mano encima… Oiga tenemos un poco de prisa. ¿¡Qué pasa!? —le dice histérica al taxista al ver que no nos movemos.

—Estamos parados porque ahí delante hay un poco de retención, enseguida nos ponemos en marcha, tranquilas, señoritas.

Cuando llegamos, en el portal, los chicos y Sole ya nos esperan, deben haber venido volando. Ha llegado la hora de la verdad… Cuando llego hasta ellos, me enfrento a todos con toda la entereza que mis sentimientos me permiten.

—Os agradezco mucho vuestro apoyo, pero esto es algo que tengo que hacer sola.

—Pero, Lucía, y si él…

—Paula, tranquila, Manu no es violento en ese sentido. Quedaos tranquilos, que si os necesito os llamaré. Gracias, Sole, lo siento mucho, no va a volver a pasar. Buenas noches.

Y me marcho de allí. No puedo soportar sus miradas de lástima; subo andando, tardo más en llegar… abro la puerta y veo la cabeza

de Manu sentado en el sofá… llegó la hora.

Capítulo 8

—Mira quién ha llegado… me dice sin girarse. Me acerco a él y veo que tiene a Xenia dormida en los brazos.

—Hola, Manu.

—¿Hola, Manu? ¡¿Puedo saber dónde coño estabas y qué hacías con esas tortilleras?!

—Déjame acostar a Xenia y hablamos.

—Acuéstala. Te espero en la cama. No me interesa hablar de nada. De alguna manera tendrás que ar lo que has hecho.

Cojo a Xenia temblando y la llevo a su cuarto. Sé lo que me espera, pero lo puedo soportar. Los gritos son peor porque hay gente pendiente de mí, pero esto no lo oirán, o eso espero…

Acuesto a Xenia y me meto en la ducha, tengo las bragas pegajosas… Gaby… Madre mía, lo que he sentido ha sido increíble, aunque haya acabado mal. ¿Y cómo querías que acabara? Es algo imposible, un error como Gaby ha dicho.

Me pongo el camisón que está tras la puerta del lavabo y sin bragas me voy a mi cuarto. Manu está metido en la cama, desnudo. Trago el nudo que tengo en la garganta y me acerco hacia mi lado, pero me quedo de pie.

—Ay, Lucía, has sido mala. Has salido con gente a la que te dije que ni te acercaras, has dejado a la niña con esa vieja chocha y cotilla y has llegado oliendo a rata muerta.

—Manu, no he hecho nada malo, he salido con ellas, sí, pero son buenas chicas, me han llevado a una discoteca, allí hacía mucho calor y he sudado mucho. No me ha gustado nada… —Miente, Lucía, miente.

—Ya… Y tu marido trabajando como un mulo… Lo que quiere un hombre es llegar a su casa y encontrar a su mujer esperándolo.

—No me dijiste que venías, no sabía que estabas aquí, ¡si lo hubiera sabido, no me hubiese ido! —Intento defenderme, aunque no va a servir de nada.

—Te he pillado bien, ¿eh? Bueno, bueno…. a ver qué castigo te pongo… a ver, a ver. Metete en la cama, cariño, empecemos por ahí.

Tan guapo que me había parecido cuando lo conocí y ahora no le veo nada de nada; me da asco que me toque y esta noche me mira diferente, veo deseo y furia en sus ojos. Actúa de una manera extraña, no ha gritado ni se ha enfadado, pero creo que va a ser peor este castigo que cualquier otra cosa que me haya hecho.

Me meto en la cama y me quedo muy quieta boca arriba.

—Verás, comparto piso con cinco hombres más y por las noches hablamos de nuestra vida… sexual. Y me he dado cuenta de que no he vivido nada. Ellos tienen mujeres feas y gordas, así que se van de putas, pero yo tengo una mujer joven y guapa, que puede satisfacer todas mis fantasías. Estoy harto de hacer siempre lo mismo, tú no haces nunca nada. Ellos me han aconsejado que te enseñe lo que quiero y esta noche me parece idónea para empezar las lecciones. ¿Qué me dices, Lucía? ¿Puedes satisfacer los deseos sexuales de tu esposo?

—No lo sé, Manu… yo no tengo experiencia, no sé si soy capaz… —Estoy temblando como una hoja y tengo un nudo en la garganta que está a punto de estrangularme.

—Claro que serás capaz. Me lo debes. Quítate el camisón y no seas tímida, ya te he visto desnuda. —Hago lo que me dice, me tiembla todo el cuerpo—. Muy bien, eres bastante guapa, aunque una talla más de pecho no te sobraría. —Tengo la piel de gallina y no puedo controlar los temblores, no me puedo creer lo que va a pasar…

Cuando acabamos, me meto en el baño. Esta es mi vida y, ahora que he cedido a hacer realidad sus fantasías, será peor; me siento perdida, no puedo contarle esto a nadie, estoy atrapada. Es mi marido y es normal que quiera experimentar con su mujer y es mi obligación ceder. Ha estado bien mientras ha durado, pero tengo que poner los pies en el suelo y dejar de jugar a ser una chica guay y moderna. Así que me compongo y voy hacia la habitación rezando para que la noche acabe pronto.

Capítulo 9

No se oía nada, nada de nada. Joder, estaba de los nervios. Cuando Lucía subió, nos fuimos todos a casa de mi abuela por si ella nos necesitaba, estábamos todos allí, esperando a oír algo para salir corriendo hacia su casa.

Esa noche la había cagado, pero bien… joder, cada vez que lo pensaba… Me desquité con ella toda la rabia y la frustración que me creó la cena con mis colegas y me dejé llevar por el deseo que sentí al verla.

Cenamos en casa de Fausto, el motivo: ellos se iban de misión a Siria; ellos, yo no. Era la primera misión a la que no íbamos juntos. Me sentía raro, enfadado, nervioso y egoísta, era como si les estuviera dando la espalda y envidia; joder sentía envidia de ellos por poder hacer aquello que amaban: su trabajo. Yo no podía, mis miedos me habían quitado eso, era un mierda, un cobarde.

Blay estaba serio, era la primera vez que, siendo pareja, José se iba a una misión. Aún faltaban unas cuantas semanas para su marcha, pero a partir de mañana, viernes, tenían que estar preparando la partida hacia Siria y todas la conversaciones irían sobre el tema, eso contando con que les dieran algún día de permiso, cosa rara.

La cena fue más o menos bien, pero cuando noté que me estaba hundiendo, empecé a beber y eso me animó un poco, al menos aquella neblina que me producía el alcohol me nubló la mente y me permitió esquivar mis pensamientos y encerrarlos en mi cajón de mierda.

La cena acabó y yo sentía que me ahogaba, así que accedí a ir a la disco. Iba bastante tocado, mi hermano me miraba con preocupación, pero qué cojones, iba a pasar de todo y a pasarlo bien y, si podía acabar enterrado en algún pibón, mejor.

Nos atrincheramos en la barra y casi me caigo del taburete cuando me fijo en la pista de baile y veo a una morena moverse con una soltura y una sensualidad que hizo que me pusiera duro de inmediato, porque no era una morena cualquiera, era Lucía, la reconocí hasta borracho como iba; ese cuerpecito, ese pelo, joder, ¡cómo se movía la jodía! No me lo pensé, me fui tras ella y no me pude detener hasta que la tuve entre mis brazos. A partir de ahí fue un bombardeo de sensaciones, de excitación y de sentirme vivo como hacía tiempo que no me sentía; el malestar que tenía dentro se disipó y me dejé llevar.

Lucía no iba tampoco muy fina y me aproveché del momento, no hice nada que ella no quisiera, estaba receptiva y yo le tenía unas ganas que pa' qué. Cuando la saqué de la pista, la arrinconé y me respondió al beso, entonces el mundo desapareció. Joder, era el mejor coño que había tocado, se deshizo en mis brazos y me sentí un puto Dios… hasta que desperté de mi ensoñación y me di cuenta de lo que había provocado. Había arrastrado a Lucía a esa situación, una a la que ella no hubiera accedido nunca si no fuera porque iba bebida y porque yo tampoco le di demasiadas opciones… joder, había metido la pata hasta el fondo, pero ya estaba hecho y lo único que me quedó fue pedirle perdón. Se puso como una fiera… me sentí un miserable. Me sentía culpable, no por hacerlo con ella, de hecho era muy consciente de que era a Lucía a la que estaba follando con los dedos, fue porque yo estaba muy tocado y me agarré a ella como un náufrago se agarra a un salvavidas y mi deseo por ella hizo el resto. En otras circunstancias no hubiera pasado nada de aquello, pero, en el momento en que la vi bailando, comprendí que no necesitaba un polvo cualquiera con una tía cualquiera, la necesitaba a ella y ella estaba allí, lo tomé como un guiño del destino y me tiré de cabeza. A ver cómo íbamos a sobrevivir a esto…

—Tío, aterriza. Gaby ¿estás bien? —oigo que me llama José.

—Sí, sí. ¿Qué pasa? —Todos me miran preocupados. La abuela coge mi mano.

—Nada, hijo, hemos decidido irnos a dormir; mañana tenéis que ir a trabajar y son ya las tres de la madrugada. Venga, cada mochuelo a su olivo —nos dice a todos mi abuela.

—Vale, sí. Será lo mejor… parece que el enano gruñón no ha reaccionado tan mal como esperábamos. Hasta mañana abuela —se despide Blay.

Todos se fueron, yo estaba agotado y decidí quedarme a dormir en casa de mi abuela. Mañana sería otro día.

***

Ya por la mañana, Manu decide que nos vayamos a dar un paseo con Xenia; hoy está de buen humor. Nada más bajar, nos encontramos en el portal con Marta y Paula, me miran intrigadas y preocupadas, pero yo, aprovechando que voy detrás de Manu, les hago indicaciones para que sigan su camino y no me hablen. Manu las mira de frente, retador, pero ellas nos dan los buenos días y desaparecen. Pero Xenia empieza a llamarlas con su media lengua y a mover los bracitos hacia ellas, y me echo a temblar…

—Vaya, sí que las conoce, ¿no?

—Pues claro, somos vecinas y está acostumbrada a verlas, son muy simpáticas con ella.

—Ya… No quiero a mi hija cerca de esa gente depravada, ¿me oyes? Lo digo muy en serio, Lucía.

—Tranquilo, Manu, trabajan y no las veo casi nunca.

—Pero sí que te vas a la discoteca con ellas…

—Aquello fue algo casual, era el cumpleaños de una, se encontraron conmigo y me invitaron. —Qué mentirosa…

—Como sea. Lo de ayer no se va a volver a repetir. Si te aburres en casa, coses, haces ganchillo o punto de cruz, pero te quedas en casa como la mujer decente que eres. Vámonos. —Amén.

Y se queda tan ancho. ¡Pues lo lleva claro!, estoy cansada de sus órdenes y de sus amenazas. No volveré a salir con ellas porque no quiero propiciar un encuentro con Gaby, pero no pienso renunciar a la amistad que hemos empezado a forjar.

Cuando decide que es hora de regresar a casa, son casi las dos de la tarde, Xenia se ha dormido y yo estoy cansada de andar y el cuerpo me duele como nunca antes, ha sido la peor noche de mi vida.

Manu propone tomarnos una tapa en el bar de Ramiro. A medida que nos acercamos me pongo a temblar, de lejos ya lo puedo distinguir, es inconfundible y mi cuerpo empieza a reaccionar. Manu elige una mesa detrás de la que ocupan Gaby, Blay y José. Al sentarme quedo de cara a ellos. Por suerte me miran, pero no me dicen nada, y Manu entra a pedir las consumiciones.

—Hola, chicos. —Estoy de los nervios y roja como un tomate y eso que estamos en noviembre y no debemos estar a más de 10º.

—Hola, guapa —me dice José, que está apoyado en el hombro de Blay. —Como los vea Manu…

—Bien, aquí… —Me siento tonta y Gaby me mira serio y con cara de mala leche.

—¿Todo bien, Lucía? —me dice por fin.

—Sí. Gracias. —«Y vete a la mierda», me muero por decirle, mejor que me coma la rabia, porque si dejo divagar la memoria, me muero… de calor, de vergüenza y de mala leche.

—Lucía, ¿me presentas? —dice Manu al llegar a la mesa, no me he dado ni cuenta de su llegada.

—Claro. Es… estos son… son José y Blay, y él es Gaby. Blay y Gaby son hermanos, son nietos de Sole, la vecina… —Mira a Blay y a José como si fueran cucarachas. Yo estoy aterrorizada y avergonzada a partes iguales.

—¡¡¡Ah!!! Mucho gusto, yo soy Manu su *marido* —lo dice con retintín. Qué situación tan tensa, todos callados y mirándonos serios, ninguno ha respondido a su saludo.

—Bueno, cariño, sentémonos, ahora sale Ramiro.

Me siento poniendo a Xenia a mi lado, que sigue dormida. Tengo mis manos en el regazo y no paro de retorcérmelas, no puedo quedarme quieta. Manu está de espaldas a ellos y Gaby no para de mirarme fijamente y yo no puedo hacer más que bajar la vista. Ahora mismo me siento tan avergonzada, defraudada y rabiosa por lo que pasó el otro día que me gustaría desaparecer. Esta situación se me está yendo de las manos, no puedo hacer más que alejarme físicamente, porque mi cuerpo se revoluciona cada vez que lo veo y es aún peor cuando lo tengo cerca, siento cosas por Gaby que no tendría que sentir, pero que no puedo evitar y sé que voy a sufrir, de hecho, ya estoy sufriendo las consecuencias de esta atracción que siento hacia él.

Capítulo 10

Llevo sin verla más de un mes, no viene por el súper, supongo que lo hace los lunes que yo libro, no la veo por el bar, no la veo por el bloque, no entiendo dónde se mete, tiene que tenerlo planeado, calculando cuándo salir y cuándo entrar para no encontrarse conmigo, ya que voy a casa de mi abuela varias veces y al bar cada día con Blay, pero nada. Sé que está en casa porque mi abuela me comenta cosas sobre ella, cosas triviales, pero cada vez que la nombra se me pone un nudo en el estómago. Joder, no sé qué me pasa, de verdad que no lo entiendo. Yo sigo con mi vida, evidentemente, pero ansío verla, noto su falta en mi vida y ¡solo la he visto una decena de veces!, ni yo mismo lo entiendo…

Mis compañeros han estado fuera tres semanas, han sido unos días de angustia y preocupación. Es la primera vez que no he estado ahí con ellos y me he sentido como no pensé que me sentiría: vacío; ¡joder!, entre una cosa y otra llevo un mes de mierda, no he salido casi nada, solo al Air con mi hermano, por calmarlo y acompañarlo, por apoyarlo en sus momentos de angustia, pero eran también momentos en los que él me ha ayudado a mí sin ser consciente de ello. Él ha visto cómo he estado este mes, no se lo he podido ocultar y, aunque no me ha gustado contárselo, tengo que reconocer que me ha ayudado sacar un poco de mierda de dentro.

Las pesadillas han sido peores que nunca, tan reales que incluso me he despertado arañado y con las palmas de las manos heridas de clavarme las uñas. Pero los chicos ya han llegado y han llegado todos bien, eso es lo único que importa.

Hoy es viernes y me voy a desquitar por todos los días que he pasado. Necesito un respiro, desconectar y volver a la normalidad; tanta angustia me va a costar una enfermedad.

Hemos quedado todos en el Air a las 12 y estoy deseando que llegue la hora, joder es una mariconada, pero tengo ganas de abrazarlos y ver con mis propios ojos que están enteros.

A las 11:40 ya estoy allí, me siento en mi mesa de siempre y los espero. Roque me sirve una birra y, mientras, ojeo el móvil para pasar el rato, pero, al levantar la vista hacia el fondo del bar, me quedo muerto, mi mundo se detiene en ese instante. Enfoco bien para ver si tengo alucinaciones, pero no, con toda seguridad la persona que acompaña a Marta y Paula es Cristina, mi Cris… Joder, lo que me faltaba. Llevo años sin verla y está más bonita que antes, se ha convertido en una mujer de bandera, habla desenfada con sus

amigas, ajena a mi mirada… hasta que gira la cabeza y sus ojos hacen contacto con los míos, los entrecierra y veo sorpresa, pero, cuando logra reaccionar, su cara se ilumina con una sonrisa que, sin ella saberlo, ilumina mi mundo también.

Me levanto y me acerco a ellas.

—Hola, Cris. —Solo tengo palabras para ella.

—Hola, Gaby, ¿qué tal estás? —Se acerca y me da dos besos que me saben a gloria.

—No me puedo quejar. A ti te veo estupenda. Hola, chicas.

—Hola, malaje, pensaba que no nos ibas a decir nada —comenta Marta con retintín.

—¿Estás esperando a los chicos? —dice Paula animada.

—Sí. —Solo tengo ojos para Cris y ella tampoco aparta la mirada de mí.

—¿Te parece bien si nos unimos? Tengo muchas ganas de verlos a todos y conocer a José, creo que se ha convertido en tu cuñado —me dice Cris al fin.

—Te veo muy bien informada. ¿Cuándo has llegado?

—Pues acababa de llegar cuando estas locas me han secuestrado ¡y me ha parecido genial! Tenía muchas ganas de veros a todos.

—Estás de vacaciones escolares supongo.

—Supones bien, mis fierecillas están con sus papis y yo necesito un respiro. Pero cuéntame de ti.

—Bueno, no hay mucho que contar…

—Oíd chicos, siento interrumpir, pero ¿nos sentamos?

Joder, estábamos tan a lo nuestro que nos hemos olvidado de estas dos. Nos sentamos los cuatro, con Cris a mi lado y comentamos cosas sin importancia. Me siento raro con ella aquí, me ha encantado verla, me ha revolucionado por dentro, joder, revolucionado del todo, tengo un popurrí que no veas…. lo que me faltaba para completar el mes de mierda que llevo, otro lío. Por suerte llegan mis amigos y todo se vuelve más llevadero. Los saludo, los abrazo y joder… me siento feliz, así que, con energías renovadas, me dispongo a pasar la mejor noche posible. Estoy contento, es como si parte de mi oscuridad se hubiera evaporado. Parece que la claridad vuelve a mi vida. Al menos ahora, al menos esta noche.

La tertulia fluye animada y distendida, todos menos José, somos amigos desde hace muchos años y esa complicidad se palpa en el ambiente cuando nos reunimos. Después de unas cuantas tapas y muchas cervezas, decidimos ir a Cielo. No nos arriesgamos a coger el coche y vamos en bandada hacia allí entre bromas y risas. Cris y

yo no nos hemos separado en toda la noche, hemos hablado de su vida y también de la mía, aunque no he querido profundizar demasiado. Me he reído mucho con ella, es estupenda, tengo sentimientos encontrados, pero no pienso analizar nada ni comerme la cabeza, este último mes ya lo he hecho suficiente. Cris ríe de algo que le dicen y con descuido me agarra del brazo, yo no desaprovecho el roce y la cojo de la mano, ella me mira y me sonríe, pero no me suelta y, por primera vez en tres años, me siento bien.

Llegamos a Cielo y me pongo tras ella en la cola, Cris se apoya en mi pecho y nos reímos de tonterías como adolescentes. Todo parece perfecto, como si los años no hubieran pasado…

Una vez dentro, nos sentamos y entonces Cris y yo nos aislamos un poco, no puedo apartar mis manos de ella ni ella de mí, decidimos irnos a pedir algo a la barra para estar un rato a solas.

—¿Qué quieres tomar? —le digo rozando su oreja con mis labios.

—¿Ya no te acuerdas?, recuerdo que me lo pedías y luego lo probabas… —¡Joder, sí me acuerdo!, lo probaba de su boca.

—¡Un bacardí con naranja! —le pido al camarero.

—Sí que te acuerdas, sí… a mí tampoco se me ha olvidado tu bebida favorita. ¡Un cardhu con hielo! —Vaya con Cris…

Y entonces, con una sonrisa, como dos tontos, nos acercamos despacio, calibrando la reacción del otro y ocurre, nos besamos. Poso con suavidad mis labios sobre los suyos, los acaricio con los míos, le lamo el labio inferior y entonces hago aquello que antes le gustaba tanto, lo atrapo entre mis dientes y tiro de él, ella suspira y ahí pierdo todo el control y ella no se queda atrás. Nuestros cuerpos se reconocen, se recuerdan. Sube las manos a mi cuello y profundiza el beso. Se pega a mi cuerpo y sé que estamos dando un poco el espectáculo, pero me importa bien poco.

Cuando acabamos nuestras bebidas y los magreos, nos vamos a la pista y nos unimos a nuestros amigos. Bailamos, nos tocamos, nos rozamos y, cuando creo que me va a reventar la bragueta, ella me susurra al oído:

—¿Qué te parece si tú y yo acabamos aquí y nos vamos a un lugar más tranquilo?

Joder, ni siquiera le contesto, la agarro de la mano y salimos por la puerta. El camino hacia el coche se me hace eterno, está frente al portal de casa de mi abuela, son solo diez minutos, pero tenemos prisa por tocarnos como hace años que no hacemos.

***

Hoy es viernes y Manu tampoco ha venido, dice que tiene trabajo, cree que soy tonta, bueno quizá sí que lo sea por aguantar un matrimonio que ya no se sostiene por ningún lado.

Llevo un mes enclaustrada en estas cuatro paredes, suerte que es invierno y hasta apetece quedarse en casa, pero mi estado de ánimo lo acusa, estoy triste y, aunque Xenia se porta de maravilla, tengo los nervios desquiciados y estoy deseando que se duerma para llorar, llorar por ella, por mí, por esta relación que me está matando en vida y por lo que no puedo tener.

Hace casi un mes que no veo a Gaby y, en vez de olvidarlo y apaciguarse el desasosiego que siento, me encuentro peor. Tengo que ser sincera conmigo misma y no ocultarme detrás de excusas y así ha sido como me he dado cuenta de que, por primera vez en mi vida, estoy enamorada. No es el momento ni la persona adecuada y tampoco lo soy yo, pero me ha pasado y ese sentimiento está anclado en mi pecho y se hace más profundo a cada día que pasa; el corazón no sabe de personas ni de momentos. Darme cuenta de ello ha hecho que me sienta frustrada, desgraciada, desleal y hasta mala madre. Como poco y duermo aún menos y, aquí estoy, a las dos y media de la mañana mirando por la ventana de mi habitación, hipnotizada por las luces de los coches que pasan por debajo de mi ventana. Pero algo en la acera llama mi atención: una pareja de enamorados, van cogidos de la mano y comparten besos y risas, los envidio. Pero a medida que se acercan mis alertas se disparan, no puede ser, me llevo la mano a la boca incapaz de procesar lo que veo, es Gaby y va con una chica rubia. Llegan al coche jugando y riendo y, antes de entrar en él, se besan con pasión, madre mía… yo sé cómo saben esos besos, ese beso que tanto añoro y que sé que no puedo tener. Finalmente se van, a casa de Gaby seguramente, y yo me quedo allí mirando, sin poder reaccionar, dejando salir todo el dolor que siento, con lágrimas y con un grito desgarrador que sale de mi interior sin poder controlarlo, muerdo mi puño para intentar sofocarlo, pero es imposible, no puedo respirar, me ahogo en mi pena y en mi dolor. Me hago un ovillo en la cama y me abandono al desgarro que siento por dentro. Esto es el fin, el fin de algo que nunca tendría que haber pasado, pero no por ello duele menos. Tengo que seguir con mi vida, con esta vida que yo elegí y a la que estoy condenada.

No he pegado ojo, ojos es lo que no tengo esta mañana, porque están tan hinchados de llorar que casi no veo. El cielo está despejado y hace un sol precioso, una bonita mañana de sábado que parece enviada especialmente para mí, para poner luz en mi triste

vida.

Esta noche he tomado una decisión, mi hija merece una madre que la colme de cariño y alegría y por ella empiezo hoy un día nuevo con una nueva determinación, olvidarlo todo y seguir con mi vida, con Manu o sin él, pero con mi hija, ella va a ser todo lo feliz que yo pueda propiciar. Tengo que enterrar en el fondo de mi corazón mis verdaderos sentimientos hacia Gaby y eso voy a intentar hacer con todas mis fuerzas.

Es casi Navidad, nuestra primera Navidad en el Puerto de Santa María y mi hija se merece una navidad llena de alegría, así que me voy a comprar un bonito árbol y todo lo necesario para adornarlo. Cuando me dispongo a ponerle el abrigo a Xenia, llaman a la puerta y al abrir veo que son Paula y Marta.

—¡Buenos días, preciosas! ¿Cómo se han despertado hoy mis vecinitas? —Me miran y veo preguntas y preocupación en sus ojos al verme la cara que tengo, pero no me dicen nada.

—Buenos días, Paula. Marta, llevas un abrigo precioso.

—¡A que sí! Cuando quieras te lo presto. Pero… hoy lo voy a lucir yo, porque nos vamos a llevar a la princesa guerrera a pasear por el puerto y al parque. ¿Nos la dejas, por favorrrrrrr?

—¡Qué zalameras sois! Xenia ¿quieres ir con Paula y con Marta a pasear?

—¡¡¡¡¡Chíííííí!!!!!

—¿Estáis seguras?, mi pequeño terremoto lleva días sin salir y está llena de energía.

—Pues nosotras estamos igual, las campañas navideñas nos han dejado exhaustas, así que necesitamos ¡marcha!

—Pues ala… aquí la tenéis. Dame un besito, mi amor. Chicas, muchas gracias, aprovecharé para ir a comprar cuatro adornos navideños y os espero para comer, haré lasaña, ¿qué os parece?

—Genial, amiga. ¡¡Adiós!!

Me planteo meterme en el piso y volver a la cama, pero no, tengo que seguir adelante y enfrentarme a mi nueva vida.

Las calles están repletas de gente, la decoración navideña y los villancicos hacen el ambiente festivo. Recuerdo las Navidades anteriores, en el pueblo. Xenia y yo pasamos la Nochebuena con mi hermana y mi cuñada, ya que Manu se había ido con sus amigotes. Las echo tanto de menos… Entro en el bazar chino y compro un árbol y muchos adornos de colores, a Xenia le van a encantar. Paseo por las calles, oxigenándome, esperando que el frío y el viento gélido me limpien y se lleven todo el dolor y la amargura que tengo dentro. No tengo que pasar por el súper, gracias a Manu, que dejó

la nevera llena la semana pasada. Eso sí que se lo agradezco, aún no estoy preparada para verlo sin sentir que me roba el aliento, pero pronto pasará, lo tengo que superar.

Vuelvo a casa con tiempo para preparar la lasaña para comer con las chicas y, cuando estoy buscando las llaves para abrir el portal, una chica se me adelanta y abre la puerta, al mirarla me quedo muerta: es la chica que anoche iba con Gaby, es preciosa y me brinda una sonrisa amistosa.

—¡Hola!, creo que tú eres la nueva vecina, Lucía, ¿no?

—Sí…, hola, soy Lucía.

—Yo soy Cris, soy la nieta de Manuela; mi abuela se ha ido al pueblo a pasar las fiestas y yo me he instalado en su casa por unos días.

—Ah, estupendo… —Encima vecinas.

—Anoche salí con Marta, Paula y los chicos y me hablaron de ti y de tu princesita.

—¿Sí? Xenia es mi hija, ahora mismo está con Paula y Marta… vendrán y comeremos juntas… ¿quieres venir a comer con nosotras? —«¿Pero, Lucía, qué coño dices?», me he puesto tan nerviosa que se me ha ido la lengua. Que diga que no, que diga que no…

—Uy…, lo siento, te agradezco la invitación y me encantaría, pero he pasado la noche fuera y estoy reventada —Ya supongo lo reventada que está, se me revuelve el estómago solo de pensarlo y menos mal que ha dicho que no.

—Pero a la próxima quedada me apunto, podemos hacer una salida de chicas. ¿Te parece?

—Bueno, verás, yo tengo a Xenia y no salgo de noche, pero me apunto si quedamos para una cenita en casa.

—¡Claro!, por mí perfecto, me quedan aún tres semanas de vacaciones. —Ole, mira tú qué bien…

—Pues quedamos así.

—Vale, perfecto. Ahora te dejo, me voy a dar una duchita y a meterme en la cama, que esta noche no he pegado ojo. Adiós.

—Vale, adiós. —¡Aaaajjjjj!, la rabia y la envidia me corroen.

Mi día no avanza como yo pensaba, me ha roto el alma oírla decir esas cosas, porque habla de él con propiedad, con seguridad, porque puede hacerlo, porque es libre, guapa, joven y soltera. Me comen los celos.

Cuando acabamos de comer, Xenia se queda dormida y nos sentamos las tres a tomarnos el café, estoy nerviosa, porque sé de qué palo va a ir la conversación.

—Ayer salimos y estuvimos con los chicos, no pararon de hablar de tías, de folleteo…, te echamos de menos.

—Gracias, Paula, después de la última salida, no voy a volver a repetir.

—Lucía, ¿podemos preguntarte algo? —Llegó el momento que tanto temía.

—Claro…

—Verás, aquella noche en la que Manu volvió sin avisar, todos nos fuimos a casa de Sole por si nos necesitabas. Al cabo de una hora más o menos, decidimos marcharnos, menos Gaby que se quedó a dormir. Sabemos que te cuesta hablar de tu vida, pero… ¿qué pasó, Lucía? No oímos ni un grito, nada… A ver, mejor, no es que quisiéramos que tuvieras problemas, pero nos extrañó tanto… ¿Manu ya no estaba enfadado?

Me sorprende y me conmueve saber que estuvieron todos, TODOS velando por mi seguridad.

Madre mía, ¡qué les cuento!, me pongo a pensar excusas y sé que ninguna va a parecer creíble, así que por primera vez en mi vida, voy a ser sincera con este tema.

—Pues veréis. En realidad estaba muy enfadado. Manu es muy gritón, pero también controla el tema de la humillación. Esa noche no dio ni un grito…, pero sí estaba enfadado y me lo hizo ar.

Mis amigas se miran entre ellas con cara de espanto.

—Lucía, por favor, dime que no te hizo daño… —Paula parece aterrada.

—No me dio una bofetada si es ese tipo de daño al que te refieres, pero… me cuesta mucho contaros esto… yo… —Las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas.

—Lucía, por el amor de Dios. ¿Qué te hizo ese hijo de puta? Habla de una vez… —Marta coge mis manos para darme confianza y es lo que necesito para acabar de hablar.

—Esa noche, Manu utilizó otro modo de hacérmelo ar: hizo… que cumpliera fantasías suyas. Fue horrible, peor que si me hubiera dado una paliza. Me sentí tan humillada, tan sucia…

Y me rompo por completo, les cuento absolutamente todo, la rabia de él, el asco que sentí, la humillación, la pena… Ellas no pueden dar crédito a lo que les estoy contando. Paula llora conmigo y Marta se levanta como un resorte y empieza a despotricar gritando como una loca.

—¡¡¡Maldito cabrón hijo de puta!!! No puedes seguir con él, es un sádico, Lucía; tú y tu hija tenéis que iros. Llama a tu hermana y vete con ella, por favor… —Ahora ella también llora y acabamos las

tres abrazadas.

—No puedo hacerlo, no tengo trabajo, ni dinero. Mi hermana no puede venir, mi cuñada se ha roto un pie y no la puede dejar sola. Lo siento, chicas, de verdad que siento que os hayáis puesto así por mi culpa.

—Nada de esto es culpa tuya, ¿me oyes? NADA. Es culpa de ese cabrón asqueroso, que necesita una buena patada en el culo. Marta y yo siempre vamos a estar a tu lado y cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedírnosla.

—No quiero que os preocupéis por mí, ya estoy bien. Manu cada vez viene menos y desde ese día no ha vuelto a tocarme. Tenéis que prometerme que esta conversación no va a salir de aquí, por favor.

—Vale, pero como vuelva a montarte algún pollo, te juro que le parto la cara. —Cómo quiero a estas dos chicas…

—Bueno, pues contadme cómo fue la salida de ayer… —No quiero saberlo, pero es el único tema que se me ocurre sacar para cambiar de conversación.

—Muy bien, ha venido Cris, es la nieta de Manuela.

—Sí, la he conocido esta mañana.

—¡Ah, fantástico!, es una tía estupenda, somos amigas de toda la vida. Ella es de Sevilla y venía todas las vacaciones y algunos fines de semana; nosotras dos somos hijas del barrio y desde pequeñas hemos sido pandilla junto a los chicos, menos José, que se unió al grupo hará como cuatro años.

Y entonces empieza el suplicio, me explican cómo fue la noche, ajenas a que a cada mención que hacen de Gaby-Cris, me hunden un poco más. Me entero de que fueron novios y de que ellas creen que no se han olvidado. Me confirman lo que yo vi, que se fueron juntos y que en la discoteca estuvieron a punto de arrancarse la ropa. Ellas hablan divertidas, ajenas a lo que sus palabras están provocando dentro de mí.

Capítulo 11

Todavía no me he podido levantar de la cama. Cris se acaba de marchar, ha sido una maratón de sexo en toda regla. Me siento satisfecho físicamente, pero no me siento pleno, como si aún me faltara algo, sexo no, pero… no lo sé, hay un vacío en mi interior que aún perdura, un vacío que hace más de seis meses se instaló dentro de mí y que no logro que desaparezca. Solo he notado mejoría la última vez que estuve con ella, aquel día que, aunque me equivoqué, me sentí plenamente feliz al tenerla entre mis brazos. Lucía… No es posible que esto me esté pasando a mí.

Me siento un cabrón, he tenido a Cris entre mis brazos toda la noche, hace apenas dos horas la he hecho mía por última vez, y yo aquí pensando en otra; joder, qué asco de vida.

No sé si lo ocurrido con Cris ha sido un error, no me lo pareció mientras estaba con ella, pero ahora a toro pasado… ya no veo igual las cosas. Cris y yo nos hemos limitado a follar, no hemos hablado.

Joder, la noche se presentaba estupenda; cuando la vi, mi cuerpo se activó, para qué engañarme, me moría por tocarla. Cuando empezamos a tontear, mi mente se transportó a aquel tiempo en el que nada estaba mal, en aquellos días en los que me impacientaba porque los minutos no pasaban hasta llegar la hora de verla, cuando me picaban las manos por tocarla, por experimentar con ella todo lo que nuestros cuerpos ansiosos y curiosos nos pedían. No había pesadillas ni demonios… eso es lo que creo que me ha pasado esta noche, he buscado volver a aquella época, sentir bienestar y seguridad. Pero aquella época pasó, ya no somos los mismos y la mochila que arrastro es demasiado pesada. Ha sido una palidoria, algo que me ha hecho recordar tiempos mejores, pero no reales.

Cuando la he tenido entre mis brazos, mi corazón ha vibrado con su cercanía, mi cuerpo la ha reconocido, pero ya nada es lo mismo, yo ya no soy el mismo, y la razón por la cual la eché de mi lado sigue aquí.

A ella creo que le ha pasado lo mismo, ha sido un «por los viejos tiempos».

Cuando anoche llegamos a mi casa, nos besamos como locos, con desesperación, luego nos miramos a los ojos y poco a poco nos fuimos desnudando y besando cada espacio de piel que iba apareciendo. Nos tumbamos en la cama y me dediqué a colmarla de

besos y caricias, luego fue su turno y pude comprobar que ha aprendido mucho en estos años. Sus manos volaban por mi cuerpo y me hizo el amor con dulzura y pasión. Lo hicimos al menos cuatro veces, no podíamos parar de tocarnos, nos emborrachamos el uno del otro.

Tengo que hablar con ella, hablar siempre se nos ha dado bien, creo que merece que la haga partícipe de mis dudas y comeduras de olla.

Me ducho y me dispongo a pasar el domingo. Me voy hacia el bar. He quedado allí con los chicos, la vida sigue. Le mando un whatsapp a Cris y le digo que necesito hablar con ella y quedamos en su piso antes de ir al bar. Subo y me recibe recién duchada.

—Hola, guapa.

—Hola, guapo, ¿ya me echabas de menos?, me iba a meter en la cama. Pero no voy a invitarte, me has dejado muerta de cansancio, machote, anda pasa.

—Sí… yo también estoy hecho polvo. Pero, Cris…, verás…, yo quería hablar contigo sobre lo que pasó anoche.

—Ya… a ver, Gaby, han pasado muchos años, no te voy a negar que cuando te vi me puse hasta nerviosa y me ha encantado acostarme contigo, pero tranquilo, ¿vale? Sé que ya no somos los mismos, yo tengo mi vida lejos de aquí y tú la tuya.

—Lo siento, Cris, de veras que me ha encantado estar contigo, pero creo que no debemos confundirnos, lo que ocurrió entre nosotros pasó, nuestro tiempo pasó.

—Yo opino igual. Me gustas mucho, pero nuestro tren ya pasó, aunque la verdad… no me importaría repetir, estás más bueno y has debido practicar bastante. Te has superado, ja, ja, ja.

—Tú también, pequeña. Me alegro de haber aclarado las cosas. ¿Por qué no te bajas al bar a tomar algo? He quedado con los chicos.

—No, no, no, no me líes. Tú te vas con tus colegas que yo voy a dormir. Esta noche he quedado con Marta, Paula y Lucía para cenar en casa de esta.

«Joder, ya se conocen».

—Ah…, has conocido a Lucía…

—Sí, es una chica estupenda, vamos a cenar en su casa, pediremos unas pizzas y ¡haremos noche de pijamas! Ya sabes, palomitas, helado, alcohol y cotilleos.

—Sí, sí, me hago una idea… Bueno, te dejo. Adiós, guapa.

—¡Adiósssss, chuloooo!

Nos despedimos con un pico y me voy al bar. Joder, ha quedado

con Lucía; si le da por decir algo de la noche que hemos pasado juntos… «¿Qué? ¿Acaso ella no sigue casada?». Yo no estoy comprometido con nadie y entre ella y yo no hay nada…, pero no puedo evitar que me preocupe la opinión que pueda tener de mí, aunque tampoco creo que nada pueda estropearlo más.

Los chicos no tardan en preguntar por mi noche loca. Me piden detalles que por respeto a Cris no les doy; si hubiera sido con otra, se les iba a caer la baba de la envidia, pero no puedo traicionar a Cris contando nuestro encuentro, aunque he aprovechado para dejarles bien claro que nuestra relación va a ser de amistad y punto.

Y así pasa el fin de semana más raro de mis últimos años. Aunque me siento más tranquilo al haberlo aclarado con Cris, quizá tendría que haberle contado lo de Lucía, pero me ha parecido una traición hacia ella. Así que me he callado, ya habrá tiempo para hacerlo si se da la ocasión.

***

Las chicas llegan sobre las ocho, Xenia está acabando de cenar y lo preparamos todo para cuando lleguen las pizzas. Ha venido Cris, la verdad es que si me olvido del detallito de que Gaby ha estado entre sus piernas, me puede hasta caer bien, pero el monstruo de ojos verdes de los celos asoma cada vez que la miro.

Paula ha traído una botella de tequila y la noche promete. Cenamos cuando he conseguido dormir a Xenia. Enseguida empezamos a tocar el tema del sexo opuesto, ya estaban tardando…

—Pues el primer novio que tuve no sabía hacer la o con un canuto, juro por Dios que me hacía cosquillas cada vez que me metía mano, no tenía ni idea de masturbarme y yo no podía parar de reír. ¡No os podéis imaginar la de cosquillas que se tienen ahí abajo! Ja, ja, ja.

—¡Marta, eres una bruta!, no sabía que habías tenido experiencias con hombres —le pregunto.

—Pues verás, yo he estado con chicos y con chicas, soy bisexual, pero me considero más lesbiana y tenía clarísimo que el amor de mi vida sería una mujer —dice mirando a Paula con amor.

—¿Y tú, Paula? —en cuanto lo digo me pregunto si no he metido la pata, pues han cruzado las tres una mirada…

—Bueno…, verás. Mis padres me tuvieron de mayores, de hecho murieron hace ya casi diez años y ambos eran octogenarios. El caso es que a mí siempre me gustaron las chicas, pero nunca me atreví a confesarlo, mis padres me hubieran despellejado viva. En fin que, para tapar mi verdadera tendencia sexual, empecé a salir con un chico del agrado de mis padres; joder, fue el peor error de mi vida,

era un puto enfermo, me hizo la vida imposible… ya te puedes imaginar —Me quedo muda—. El caso es que, cuando mis padres murieron, me puse el mundo por montera y lo mandé a la mierda… y él a mí al hospital.

—El cabrón le dio una paliza que casi la mata. Pero, cuando los chicos se enteraron, le enseñaron una lección que seguro aún no debe haber olvidado. —Marta la coge de la cara y la besa.

—Lo siento mucho, Paula, no tendría que haber preguntado, pero es que no tenía ni idea…

—Lucía, tú no sabías nada, ya ha pasado mucho tiempo y ahora soy plenamente feliz. He aprendido mucho y ahora mi lema es que, al que no le guste, que no mire. Quien te quiere, te protege, te cuida y te respeta y nunca querrá ver miedo o tristeza en tus ojos, sino amor y felicidad.

—Sí, fue una mala época —dice Cris.

—Lucía, ¿sabes que Cris y yo perdimos la virginidad el mismo día?

—¡Marta! —dice Cris sorprendida.

—Venga, no me seas puritana, Cris. Cuenta… y bebed, joder, que no me bebéis nada. — Y nos pone otro chupito que nos bebemos las cuatro a la vez. Llevo una tusca de cuidado, estas mujeres beben como cosacos, pero necesito cada grado de alcohol que entra en mi cuerpo.

—Este tequila está asqueroso… En fin, que sí, que perdimos la virginidad el mismo día, en Nochebuena. Ella con Fausto y yo con Gaby. —Se me acaba de pasar el pedal de golpe… ¡Hola, monstruo de ojos verdes!

—¿Con Fausto? —Pero lo que quería era preguntar: «¿Con Gaby?» Esta amistad es más seria de lo que yo pensaba. El primer amor nunca se olvida y, por lo visto, también es así para ellos.

—Sí, cariño, con Fausto y fue genial; los chicos se portaron como caballeros, ¿a que sí, Cris?

—Pues sí, fue muy bonito. Nunca lo olvidaré —Lo que yo decía…

—¡Hombre y con recordatorios como el de anoche, como pa' olvidarlo! ¿Eh, guarrilla? Cuenta, cuenta… —No, por favor.

—No os pienso contar nada, so salidas. Solo os diré que siempre fue bueno en la cama, pero ahora, ¡uf!… no os lo podéis ni imaginar… y la resistencia que tiene… es una máquina —Y lanza un suspiro… no me extraña. Me he puesto hasta colorada.

—No me extraña, practica mucho, se folla cada fin de semana a una o dos… ¡bueno o dos a la vez! —Todas ríen y se confirman mis

sospechas: es un mujeriego, un jugador, y yo he sido una tonta de cuidado.

—¿Qué nos cuentas tú, Lucía?

—Cris, no creo que….

—No pasa nada, Paula.

—¿He dicho algo malo?

—No, Cris, es solo que mi matrimonio no va bien… mi marido es un poco especial…

—Sí, un mierda es lo que es… Perdona, Lucía, pero ya sabes lo que me pasó y no puedo pensar nada bueno de él.

—No pasa nada, Paula, lo entiendo.

—A ver, Lucía, ¿quieres decir que tu marido te está dando mala vida?

—No… lo que pasa es que trabaja fuera durante la semana y, cuando viene, se lo comen los celos. —Y miro a Paula y Marta rogándoles para que cambien de conversación.

—Pero bueno, Cris, nuestra vida aquí es lo que ves, eres tú la que nos tiene que contar, cacho perra, así que larga.

Y así empiezo a conocer mejor a Cris, sus relaciones, su trabajo, sus metas… y me cae bien, me da mucha rabia, pero me cae muy bien. Es una chica alegre, amiga de sus amigos, leal, trabajadora… y preciosa, lo tiene todo. Normal que le guste a Gaby. Pasamos una noche estupenda, me he reído como nunca y me hacía una enorme falta.

Cuando me levanto por la mañana, tengo un dolor de cabeza infernal y hoy llega Manu, las chicas se fueron hacia las tres y a las ocho y media mi pequeña se ha levantado. Me pongo a recoger y a ordenar todo, Manu llega por la tarde y quiero que todo esté en orden.

Y así pasamos estas fiestas, encerrados en casa, aunque Paula y Marta se han pasado a felicitarnos las Navidades. Manu está raro, muy raro, ni siquiera ha protestado cuando las chicas o Sole se han pasado por aquí, y eso es de lo más sorprendente.

El día 30 por la tarde, estamos en el salón mirando la tele, cuando a Manu le suena el móvil, mira la pantalla y sale disparado hacia la cocina. Me quedo extrañada, pero me callo. Cuando vuelve, me dice que se va.

—Me tengo que ir a trabajar mañana a primera hora.

—Pero mañana es Fin de Año.

—¿¡Te crees que soy tonto, que no sé qué día es mañana!? Pero necesitamos el dinero y uno de los que cubría las Navidades ha tenido un accidente y me han llamado a mí para remplazarlo. La

niña y tú tenéis muchos gastos, ¿te crees que yo me quiero pasar las fiestas pringado de aceite? ¡Joder, es que no entiendes nada, pareces tonta! —Uy, uy, uy, mejor me callo.

—Tienes razón, haz lo que tengas que hacer.

—Como siempre. Ponte a lavar y a planchar para que mañana me pueda llevar toda mi ropa. Si ese tío no se recupera pronto, no sé cuándo podré librar.

—Ahora mismo me pongo.

Así que el 31 a las 8 de la mañana, Manu salía por la puerta y, aunque por su actitud sabía que algo pasaba, no quise darle más vueltas al tema.

Capítulo 12

Hace ya casi dos meses que no veo a Gaby y hoy no tengo más remedio que ir al súper. Dejo a Xenia en casa de Sole y me voy. Estoy nerviosa por verlo, pero tengo que ser valiente y ponerme a prueba, esta situación tiene que cambiar, afecta a mi vida cotidiana y no lo puedo permitir, así que entro dispuesta a afrontar lo que sea que me encuentre. Pero mi gozo en un pozo, Gaby no está por ninguna parte, me siento aliviada y a la vez decepcionada, ya me había hecho a la idea de verlo y…, en fin, ni yo misma me entiendo.

Llego a casa, dejo toda la compra y me dirijo a casa de Sole para recoger a Xenia. Sole me abre y me dice que tiene la comida en el horno y se va volando para la cocina. ¡Qué vitalidad tiene esta mujer! Cuando voy pasillo adelante hacia el comedor, oigo una voz que me deja clavada en el suelo, es Gaby y está en el comedor con mi hija; me quedo parada en la puerta, observando la escena, están sentados en el suelo jugando con unos caballitos.

—Hola. —Casi no me sale la voz.

—¡Mami, mira, mira!

—Sí, ya veo, que caballos más chulos, ¿de dónde han salido?

—Babi me lo ha dao.

—Vaya, gracias, no tenías por qué.

—Hola, Lucía, no es nada. Papa Noel lo dejó para ella en mi casa, parece que ha sido una niña muy buena.

—¡¡¡Chíííií!!!, ya duemo cholita y me lavo lo rientes chola… —Me la como, con esa media lengua…

—¡Vaya! Pues sí que te has hecho mayor, princesa.

Mi hija se deshace cuando lo mira y yo también.

Xenia sigue jugando y mi mirada conecta con la suya. Estamos embobados, atrapados uno en la mirada del otro; mi determinación a tomar viento fresco. Nada ha disminuido, las mariposas van a salirme por las orejas y él parece estar como yo, pero de pronto la realidad me golpea: él está con Cris, han retomado la relación y no va a volver a jugar conmigo. ¿De qué va este tío? Esto tiene que acabar. Así que hago un esfuerzo sobrehumano y corto el contacto visual, enfadada conmigo misma por estar a punto de caer otra vez en el juego del libertino.

—Xenia, vámonos cariño, que tengo que hacer la comida. —La voz me sale más dura de lo que pretendía, pero es que me siento hervir de rabia. Sole aparece en ese momento.

—Lucía, ¿os queréis quedar a comer? —NI MUERTA.

—No, Sole, muchas gracias, pero no. Tengo cosas que hacer. Xenia, por favor, recoge que es hora de irnos. —Mis pulsaciones van en aumento, necesito salir de aquí ya.

—Nooo, mami… ¡aballitos! —Me cago en to lo que se menea…

—Xenia, los caballitos son tuyos, te los puedes llevar.

—¡¡¡Chíííí!!!, gachas Babi. —Y lo abraza y lo besa. Traidora… Me agacho y empiezo a recoger, ya que mi hija va demasiado lenta para la prisa que yo tengo.

—Lucía… —me sorprende Gaby llamándome.

—Adiós. Gracias, Sole. —Y salgo por la puerta arrastrando a mi hija y sin contestarle. No quiero hablar con él. Por mi salud mental lo quiero lejos y no voy a hablar con él nunca más.

Pasan las fiestas, por fin. El fin de año lo pasé sola, comiendo las uvas con mi hermana y mi cuñada a través de Skype, pero al menos pudimos vernos y hablar. Me hizo mucho bien poder sentirlas tan cerca, estuvimos hablando y riendo, bebiendo cava y recordando buenos momentos. No les dije nada de Manu, no merecía la pena.

Manu volvió para Reyes, fuimos a la cabalgata como una familia normal, aunque nada más lejos de la realidad, pero, a los ojos de la gente, todo volvía a funcionar entre nosotros.

Cris vino a despedirse y me dijo que volvería para las vacaciones de Semana Santa.

Las chicas me han preguntado y yo les he dicho que todo está tranquilo, y es la verdad. Manu no se acerca a mí, casi no me habla, solo cuando me quiere ordenar algo, bastante a menudo, por cierto. Duerme casi todas las noches en el sofá, con la tele puesta y un montón de cervezas vacías a su alrededor; cada vez bebe más y pasa más de nosotras. Por las mañanas se levanta y se va al bar, así todos los fines de semana.

No he vuelto a quedar con las chicas desde Navidades; hace ya tres meses, huyo de ellas, no quiero saber nada de Gaby y esa es la única manera, aunque me duela no tener relación con las chicas, me he tenido que alejar.

Sole también se interesa por nosotras e insiste en que le deje a Xenia algún día o alguna noche, pero me invento escusas para eludir la propuesta. Estoy desconectada del mundo y es lo mejor para mi salud mental.

En septiembre Xenia empezará el colegio y he ido a hacer la preinscripción con sentimientos encontrados, por una parte la voy a echar mucho de menos, pero por otro creo que nos va a ir bien a ambas.

No le he dicho nada a Manu, pero quiero trabajar, buscar un trabajo mientras Xenia está en el colegio, de hecho, he ido a la librería del barrio en alguna ocasión y la dueña me ha comentado que le iría bien un poco de ayuda por las mañanas, eso sería perfecto para mí. Así que, tras mucho pensar, he tomado la decisión y esta mañana me he pasado a hablar con Lara, la dueña de la librería y me ha asegurado que me espera hasta septiembre. Trabajaré de 9:30 a 12:30, solo tres horitas, lo que me permitirá cuidar de Xenia y tener un dinerito extra para mí. Algo le pasa a Manu y tengo un mal presentimiento, quiero estar preparada para lo que pueda venir.

Hoy es Viernes Santo, hay mucha gente por las calles, ya que es festivo. Manu no va a venir en Semana Santa, tiene que trabajar, o eso me cuenta él, no me quiero plantear si es verdad o no, porque me da igual. Me dispongo a salir con Xenia. La primavera empieza fuerte, hace calor para ser abril y apetece salir. Cuando estamos abajo, me doy de bruces con Cris, que entra en el portal arrastrando su maleta. Soy idiota, pero me hace ilusión verla.

Mientras hablamos, entra Sole y se une a nosotras:

—Cris, cariño, qué alegría verte, ¿cómo está tu abuela?

—Hola, Sole, está muy bien, pero no se anima a volver, dice que en fiestas esto está demasiado lleno de forasteros para su gusto, ¡en cambio, a mí me encanta!

—Pues disfruta, hija mía, y hablando de disfrutar… Lucía, ¿viene Manu esta semana?

—No, tiene trabajo.

—Pues ya está, esta noche me dejas a Xenia y te vas con las chicas, que hace meses que no os juntáis, pero nada de quedarse en casa, id a luciros. Llevas vida monacal, cariño, y eso no es bueno.

—No creo que sea buena idea… —A ver cómo salgo de esta…

—¡Ya lo creo que sí!, yo voy a deshacer las maletas, llamo a las chicas y esta noche nos vamos de marcha las cuatro. ¡Ala, hasta luego!

—Tráeme a Xenia para que cene conmigo que he hecho canelones. ¿Quieres canelones de Sole, cariño mío?

—¡¡¡¡Chíííííííí!!!!, camalones, camalones, y duemo contigo en tu cama, ¿vale?

—Claro que sí, cariño, esta noche tú y yo tenemos planes. Hasta luego, preciosas.

Y ahí estoy, mi hija saltando de alegría y yo preguntándome qué ha pasado para que estas dos liantas me hayan organizado una noche de juerga. No he podido decir que no, en el fondo tengo

ganas de salir. Sigo teniendo miedo de mis sentimientos si veo a Gaby, pero ya va siendo hora de seguir adelante. Pienso en él cada día, pero lo tengo que afrontar en un marco real y no encerrada y aislada del mundo. Así que esta noche me voy a ir de juerga.

Las chicas y yo tomamos una copa en casa de Cris y, ya entonadas, nos vamos al Air. Está a tope de gente; he decidido aprovechar la noche, no pensar en nada y no dejar que nada me afecte. Me acerco a la barra y pido cuatro cervezas. Paso un rato hablando con Roque y su mujer y, cuando me pongo a buscar a mis amigas, veo que Marta y Paula están sentadas con los chicos, pero Gaby no está. Respiro aliviada y, cuando me voy directa hacia la mesa, veo que en el rincón del reservado están Cris y Gaby, besándose. Están de pie, ella apoyada en la pared y él cubriéndola con su cuerpo. Me siento morir, pero tengo que seguir andando o mis amigos van a notar que me pasa algo. Todos me besan y me saludan. Por el rabillo del ojo veo que Gaby y Cris están hablando muy juntos y se ríen, me levanto para quitarme la chaqueta y ellos se acercan, Cris se sienta, pero Gaby está parado junto a mí también de pie.

—Lucía.

Lo miro y me quedo muerta, me está sonriendo, con una expresión alegre. ¿Se alegra de verme? Se me acerca y me da dos besos, ¡y qué besos!, pone una mano en mi cadera y me besa con intensidad, me quedo de piedra. ¿Qué acaba de pasar? Me separo de él y aparento normalidad. Me siento y me propongo pasar de todo, no pienso mirarlo ni una sola vez. Me extraña que no se sienten juntos, Cris lo hace a mi lado y Gaby al otro lado de la mesa. Siento su mirada sobre mí en más de una ocasión y la evito.

Lo he logrado, no lo he mirado ni una sola vez y me siento fuerte; he hablado, he reído y he estado a gusto. He sido capaz de estar cerca de él sin babear y, aunque por dentro tenida un gran nudo, lo he controlado.

En Cielo, bailamos las cuatro como locas; Cris y Gaby ya no han vuelto a acercarse, no sé qué significa, qué rollo se traen, pero no me importa, yo estoy supercontenta y la noche va muy bien.

Los chicos no se separan de la barra y, en un momento en que miro hacia allí, me fijo que Gaby está cabizbajo y que Blay le habla con una mano en el hombro ¿Qué le pasa a Gaby? ¿Le habrá dado Cris calabazas? Pasamos una noche genial, sin malos rollos y borrazuchas perdidas. Necesitaba una noche como esta. Salimos de Cielo las cuatro solas, ellos se han quedado. Me meto en la cama y sonrío feliz, veo un rayo de esperanza para mí. No puedo negar que

me ha dolido verlo besar a Cris, pero también me ha gustado ver que no han vuelto a acercarse ni una sola vez en toda la noche.

Capítulo 13

No puedo describir lo que he experimentado cuando he visto a Lucía, joder, ha sido un cúmulo de sentimientos, me he quedado de piedra al verla y, por cómo ha reaccionado mi cuerpo, nunca, nunca antes había experimentado una sensación igual con ninguna mujer. Ya no tenía esperanzas, lo daba todo por perdido, y aún dudo que no sea así. Desde luego para mí no se ha perdido nada, todo sigue dentro, igual de arraigado que hace meses. Estoy enamorado hasta las trancas de Lucía, y, aunque sé que no puede ser, mi estúpido corazón no entiende de noes.

En estos últimos meses no la he visto ni una sola vez y sé por mi abuela que todo en su casa está tranquilo, ya no se oyen gritos y el día de la cabalgata los vi de lejos y parecían una familia más, pero hay algo que no me cuadra. Sus ojos no desprenden alegría ni vida.

No entiendo por qué se ha acomodado en esa vida si no la hace feliz, quizá lo haga por Xenia o porque tiene miedo… no lo sé y tampoco sé si quiero saberlo porque yo tengo mis problemas, mis demonios y mis miedos, pero me jode no saber a qué atenerme, de hecho nunca he hablado con ella y solo la he besado una vez, no sé nada de sus miedos, sus intenciones o sus inquietudes.

Creo que su amistad con Paula y Marta ha prosperado y me propongo hacerles un tercer grado, y por mis cojones que me van a contar lo que sepan.

Ayer, cuando vi a Cris entrar por la puerta del Air, me alegré por ver a mi amiga, nada más; la besé como siempre hemos hecho, pero sin ningún sentimiento que no sea el de la amistad; está como una cabra, me gusta estar con ella y que me cuente cosas de su vida. Siempre será una buena amiga, pero solo eso, nuestro momento pasó y ambos lo tenemos claro.

A medida que pasaba la noche me fui sintiendo peor, vi a una Lucía que no había visto nunca: segura, contenta y a gusto en todo momento. Me descolocó por completo, la vi fuerte y me dolió. Creo que ha pasado página, no me miró ni una sola vez y en Cielo bailaba como si nada le importara, ajena a todo, ajena a mí.

Me derrumbé, mis amigos me miraban intuyendo algo, aunque solo mi hermano sabía lo que me pasaba realmente y ahí estuvo para mí.

Cuando ellas se fueron, empezó mi noche de locura; me dije: «¡Qué coño!, si ella pasa de mí y ha pasado página, ¿qué cojones hago yo portándome como un gilipollas?». Y pasé de todo, el

alcohol ayuda bastante a perder de vista la mierda que tienes delante y te aletarga hasta que ves las cosas de otra manera, es como si hiciera un pixelado con tus penas, las ves lejanas, borrosas y te permite vivir el momento con cierta alegría y pasotismo, así que bebí y follé como un loco con la primera morena que se me puso a tiro. ¡Qué cojones!, ¿no se tira ella a su maridito y juega a las casitas?, pues yo voy a seguir con mi vida como si nada hubiera pasado. Ninguna tía ha podido conmigo y esta no va a ser la primera.

Me voy a cenar a casa de mi abuela. Hoy en el súper el trabajo ha sido interminable. Así que nada mejor que una cena con ella para calmarme y de paso alimentarme como Dios manda.

Cuando estoy parado en la puerta de mi abuela, me es imposible no mirar hacia la de Lucía.

—¡Hola, Sole! —grito entrando en el comedor.

—Descarado, hola, siéntate, la cena ya está en la mesa.

—Vale. ¿Dónde están los polluelos?

—Cloe está con una amiga, están estudiando para los finales y Blay está con José. —Mi abuela está encantada con la relación de esos dos.

—Pues ellos se lo pierden.

—Oye, Gaby… ya sabes que no me gusta meterme en tu vida, pero ¿me permites una pregunta? —Joder, a ver por dónde me sale ahora.

—¿Hum?

—Verás…, no sé cómo decirte esto… ¿A ti te gusta Lucía? —Joder con la abuelita, para no saber cómo decírmelo ha ido directa a la yugular.

—¡Nooo! ¿Por qué coño dices eso?

—¡Esa boquita, niño! Pues verás, es que te noto raro desde que Lucía llegó a este bloque. Cuando os he visto juntos, parece que saltan chispas y, cuando pasó aquello con su marido, todos estábamos preocupados, pero tú estabas hundido.

—Son imaginaciones tuyas, está casada, abuela.

—Bueno…, por lo que he oído eso no te importa demasiado, pero eso no es lo que te pregunto.

—No, abuela, Lucía no me gusta, pero no puedo evitar que me preocupe, ya sabes que no aguanto a los tíos que se pasan con las mujeres, es solo eso. —Miente, bellaco, miente.

—¡Ah! Vale, pues nada, a cenar. —La muy bruja me da largas, pero sé que no la he convencido del todo; más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Cuando estamos tomando el postre suena el timbre. Mi abuela abre la puerta y aparece con Xenia en brazos, está medio dormida, tiene las mejillas muy rojas, la frente perlada de sudor y respira con dificultad. Esta niña no está bien.

—Abuela, ¿qué ocurre?

—Ay, Gaby, Lucía dice que Xenia está muy malita, me la ha dejado mientras se viste y llama a un taxi para llevarla al hospital.

—Joder… —Y salgo disparado por la puerta.

El piso de Lucía está abierto; la llamo, pero no responde, así que me dirijo al pasillo que va a las habitaciones, paro en la primera puerta donde oigo unos sollozos, la abro y veo a Lucía parada frente al armario, llorando desconsolada. Me acerco a ella sin dudarlo.

—Ey, tranquila, Lucía, todo va a ir bien. —Se sobresalta al oírme y me mira con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué haces aquí? tengo que irme a… a… —Joder, me parte el alma verla así, las lágrimas no la dejan ni hablar. Me acerco a ella y la cojo por los hombros.

—Vamos a ver, Lucía, vístete, Sole está con Xenia; cuando estés vestida, yo os voy a llevar al hospital y todo va a salir bien, ¿vale?

—No tienes por qué hacerlo, puedo llamar a un taxi…

—De eso nada, vístete, te espero en casa de mi abuela y tranquila.

Xenia está llorando cuando entro en el piso de mi abuela; no me lo pienso, la cojo en brazos y empiezo a hablarle para tranquilizarla y a acariciar su espalda como vi hacerlo a Lucía y parece que eso la calma. Cuando Lucía llega, nos vamos los tres hacia el hospital.

Nada más llegar, doy el nombre de mi amigo Fernando, un colega pediatra al que conozco de toda la vida; sale en dos minutos y se lleva a Xenia para visitarla. Nos sentamos en la sala de espera, uno al lado del otro, en silencio.

—Tendría que llamar a Manu. —Pobrecilla, tiene los ojos hinchados de llorar.

—Claro; si yo fuera él, me gustaría saberlo. —Pero ese capullo pasa de todo.

—Sí… —Se aleja un poco y escucho la conversación con disimulo.

***

No me lo puedo creer. Manu me ha dicho literalmente: «¿Y qué coño quieres que haga yo? Estoy a más de 300 kilómetros. No soy médico, encárgate tú sola. ¿Puedes hacerlo?». La madre que lo parió. Lo odio, esto se ha acabado, no pienso pasarle ni una más. A la mierda todo, esta relación no merece la pena, no cuando mi hija

está de por medio. Se acabó.

No sé ni qué cara poner delante de Gaby, él no me ha preguntado nada, pero estoy segura de que me ha oído hablar por teléfono y parece enfadado.

Cuando he visto a Xenia tan malita, he pensado que me daba algo, y ver aparecer a Gaby, sus palabras y su temple me han dado fuerzas para reaccionar, y que el pediatra sea su amigo me deja más tranquila.

—¡¡Mami!! —Por fin, Fernando lleva en brazos a mi niña, parece estar mejor.

—Bueno, Lucía, Xenia está bien. Verás, he mirado sus placas y su historial médico y tengo que decirte que tu hija está mal diagnosticada.

—¿Qué? —No entiendo lo que me quiere decir.

—Xenia tiene algún tipo de alergia ambiental; no tiene bronquitis, ni asma ni nada crónico. Sus pulmones y bronquios están perfectos. Le haremos las pruebas para saber a qué es alérgica exactamente, de ese modo, la podremos tratar y te aseguro que nunca más tendrá episodios como este.

—¿De verdad?, no me lo puedo creer…

—Pues sí, es bastante frecuente equivocarse en niños pequeños y que además han sido prematuros, pero sus pulmones han madurado y no revelan nada fuera de lo normal. Le haremos las pruebas y la trataremos, pero también te puedo casi asegurar que con los años los episodios irán remitiendo. Ve tranquila, tienes una niña completamente sana. Te llamarán para hacerle las pruebas de la alergia.

—Muchas gracias, doctor.

—Fernando, y de nada. Gaby, nos vemos, amigo. Voy a seguir currando. Hasta pronto. Adiós, princesa guerrera. —Y Xenia lo saluda con la manita.

Una hora después, gracias al amigo de Gaby, salimos del hospital y con un diagnóstico tranquilizador. Xenia está bien, le ha bajado la fiebre causada por un resfriado común que se le ha complicado con un brote de alergia. Me ha dado hasta los medicamentos. ¡Es lo que tienen los enchufes!

Llegamos a mi casa. Gaby lleva a Xenia dormida en brazos y la deja en su cama. Nos quedamos los dos mirándola y salimos hacia el comedor.

***

Lucía aún no ha recuperado el color, tiene muy mal aspecto y estoy preocupado por ella.

—Muchas gracias, Gaby, de verdad.

—No ha sido nada, Lucía. Oye, sé que no somos amigos, pero me preocupas, no puedo evitarlo. ¿Va todo bien? —Noto que se tensa como una cuerda.

—¿Por qué dices eso?

—Pues es que no veo nunca a tu marido y no ha venido al hospital. No me parece muy normal, la verdad… —Su actitud está empezando a molestarme.

—Mira, Gaby, te agradezco lo que has hecho por nosotras, pero creo que no es de tu incumbencia si mi marido viene o no viene; está trabajando a más de 300 kilómetros y…

—A 3000 podría estar yo, que en tres horas estaría aquí sin dudarlo ni un momento. En serio, ¿es que no lo ves?

—¿Ver qué, Gaby? Mi vida no te importa, cuida la tuya que la veo un poco desordenada. —Me cago en la puta, no me lo pienso, agarro el monitor de bebés y la arrastro hasta la cocina; esta conversación está subiendo de tono y no quiero despertar a Xenia.

—Me vas a escuchar.

—¿Pero qué haces, chalado? ¡No tienes ningún derecho sobre mí, no puedes decirme lo que ver o no ver! Lo que sí veo es tu vida, llena de alcohol y descontrol. Ocúpate de lo tuyo y déjame en paz.

—Mi vida es perfecta a diferencia de la tuya, hago lo que quiero cuando quiero porque no hay nadie que dependa de mí, pero no sé de qué te extrañas, tu marido actúa igual, pasa de vosotras y tú eres la única que no lo ve. —Me está sacando de mis casillas.

—Eres un chulo de pacotilla. ¿Quién te crees que eres? ¿Qué pasa, Gaby, acaso estás picado porque no te has podido ligar a la pobre casada? Eres un cazador, pero conmigo no te han servido tus armas de conquistador.

—Ah, ¿no? Si no recuerdo mal, te corriste en mi mano. —¡Plas!, me gira la cara de la hostia que me ha dado, y ya es la segunda.

—Nunca vuelvas a hablarme así. Fue un error acercarme a ti, caí en tus redes, sí y me arrepentiré toda mi vida. Vete de mi casa, ahora.

—Encantado, pensé que eras diferente, pero no lo eres, cambias tu felicidad y la de tu hija por una nómina segura a final de mes. He sido un gilipollas pensando que eras diferente, que quizá necesitabas ayuda y consuelo. Pero quiero que sepas que para mí no fue un error lo que pasó entre nosotros y lo repetiría mil veces.

Me cago en mi puta vida, eso me pasa por meterme donde no me llaman; a tomar por culo todo. Y me largo más cabreado que un mono.

Capítulo 14

Manu llega hoy sábado, cuatro días después de que Xenia fuera al hospital, ya le vale…, pero no me importa; en cambio, la discusión que tuve con Gaby me tiene loca. ¿Qué quiso decir con que no se arrepentía y que lo volvería a hacer? No puede ser que le guste igual que él me gusta a mí. Bueno, me afectaron mucho sus palabras, pero eran ciertas. Le voy a dar un giro a mi vida. El día del hospital lo vi claro, tengo que poner orden, empezando por mi matrimonio.

Manu llega cuando la comida está casi hecha; entra serio, me saluda y se va a la ducha. Después de comer se acuesta y yo aprovecho para leer. Si Manu viera lo que estoy leyendo me la iba a liar buena. Estoy ya con la segunda parte de *Pídeme lo que quieras* y estoy enganchadísima, ¡qué historia!, es superexcitante. Cuando leo esas escenas tan eróticas que hay en el libro mi imaginación vuela y me imagino que somos Gaby y yo; no me puedo reprimir más, al menos no conmigo misma. Lo deseo con toda mi alma, como nunca he deseado a nadie.

El domingo nos vamos a comer a la pizzería y allí están Marta y Paula. Yo paso por su lado casi sin mirarlas, pero Manu se detiene y las mira desafiante:

—¡Hombre! Pero si son nuestras vecinitas… No nos han presentado, soy Manu; creo que tengo derecho a conoceros, ya que vosotras conocéis muy bien a mi mujer y a mi hija.

—Manu, vamos a sentarnos, por favor —le digo horrorizada.

—Pues sí que las conocemos, pero mira tú por dónde, que nosotras no queremos conocerte a ti. —Paula, cállate, por favor, ruego en silencio.

—Qué maleducada, ¡lo tienes todo! —Se va a liar…

—Y tú eres un cobarde de mierda, así que sigue a lo tuyo o vas a ver lo que una maleducada le puede hacer a tu cara.

—Bollera de mierda…

Manu sonríe y se da la vuelta para irse, menos mal. Yo miro a las chicas y me disculpo con ellas con una mirada que ellas entienden en el acto. Me sonríen y vuelven a sentarse.

Esto ha sido demasiado, hemos dado un espectáculo penoso y todo el bar nos está mirando, estoy temblando de vergüenza y de indignación. Me giro para seguir a mi «maridito», pero al girarme las piernas no me responden, de modo que pierdo el equilibrio y caigo hacia un lado, golpeándome en el brazo con una mesa antes

de caer al suelo. Siento un dolor muy fuerte de inmediato y Paula y Marta se levantan alarmadas para socorrerme. La pizzería se ha quedado en silencio, somos el centro de atención, otra vez.

—Cariño, ¿estás bien? —Paula está a punto de llorar.

—Sí, sí, solo he perdido el equilibrio, estoy bien. Chicas, por favor, no pasa nada ¿vale? —Me tiembla el labio inferior y veo la rabia en los ojos de Marta.

—Lucía, no tienes por qué… —Mi Paula…

—Tranquilas, todo está bien, de verdad. Manu, vámonos, por favor…

—Sí, vámonos a otro lado, aquí el ambiente es un poco raro, dejan entrar a cualquiera.

Llegamos a casa en silencio. El dolor del brazo no me deja ni respirar y me está saliendo un morado en el pómulo, pero no le voy a dar el gusto a Manu de verme débil. El muy sinvergüenza no me ha preguntado ni cómo estoy.

—Este barrio es una mierda, en cuanto podamos nos largamos. No voy a comer aquí, me largo ya. Mantente alejada de ellas, ya sabes que si quiero me entero de todo lo que haces. No juegues conmigo, Lucía, o la niña y tú lo vais a pasar mal. ¿De acuerdo?

—No me amenaces, Manu. Yo no he hecho nada malo. —Pero él no puede decir lo mismo.

—Espero que sea verdad. Adiós. Hasta el viernes si Dios quiere. —Ignora mi pulla y se va.

Y se va sin un beso, al menos a su hija. Me ha amenazado, no lo había hecho nunca. Esto ya es demasiado, no me ha preguntado por lo que le pasó a Xenia, ni si la he apuntado ya al colegio, nada. No le importamos nada.

Acabo de dar de comer a Xenia y ya no aguanto más el dolor, así que cojo un taxi y me voy hacia el hospital.

Cuando estoy en la recepción dando mis datos, pasa Fernando, el amigo de Gaby:

—¡Lucía!, ¿le pasa algo a Xenia?

—No… no… soy yo… verás, me he caído y me duele el brazo, ahora me atenderán…

—Ven, Lucía, yo te atiendo, no tengo ningún peque que atender.

Una enfermera se queda con Xenia y a mí me llevan a hacerme radiografías.

—Vamos a ver, Lucía, ¿cómo te diste este golpe?

—Me caí y me golpeé con un mueble…

—¿Y el de la cara?

—En el mismo golpe.

—Pues te has dado un buen porrazo, tienes una rotura de ligamento en el brazo. Ahora vendrá una enfermera a vendarte. Tienes que hacer reposo absoluto, nada de mover el brazo. Vas a llevar un cabestrillo durante tres semanas, ¿vale? Y el hematoma de la cara desaparecerá con los días, no tienes nada roto. Ponte hielo un par de veces al día, así bajará antes la inflamación.

—Muchas gracias, Fernando, soy un poco torpe. —Intento aparentar normalidad.

—Ya… ¿Tienes ayuda con Xenia?, no podrás cuidar de ella tú sola.

—Bueno, le pediré ayuda a mis vecinas, a Marta y Paula.

—¡¡Ah!!, ellas te ayudarán sin dudarlo, y no es porque sean mis amigas, pero son unas tías majísimas.

—Sí que lo son, ellas me han acogido muy bien desde que llegué al vecindario, y Sole también.

—¡La de bocatas de chorizo que me he comido yo en casa de Sole! Gaby, Blay y yo éramos inseparables y, aunque han pasado unos cuantos años y cada uno hemos seguido caminos diferentes, seguimos siendo colegas y siempre encontramos un momento para compartir unas birras.

—Sí que son buenos chicos. —Lucía controla el rubor o te delatas… No lo consigo y Fernando se me queda mirando pensativo. Hora de irse.

—Muchas gracias por todo, Fernando, de verdad que te estoy muy agradecida.

—No me las des. Como dice la canción: «Los amigos de mis amigos son mis amigos». Pero no te vayas, espérame que te llevo y aprovecho que no tengo guardia y me acerco a ver a Sole. —Intento de fuga, fallido.

¡Vaya situación! Él le contará a Sole lo que me ha pasado y no sé por qué, pero me parece que ella no va a creer la versión que le he dado a Fernando; eso, contando con que Marta y Paula me guarden el secreto… Demasiados secretos para guardar, demasiado que esconder. ¡Estoy tan harta de todo!

Llegamos pasadas las seis de la tarde, Xenia está que no se aguanta de sueño, así que tengo la excusa perfecta para huir. Me despido de Fernando, pero antes de cerrar la puerta de mi piso oigo a Sole:

—¡Pero bueno! ¿Cómo estás, precioso mío? —Sonrío sin poder evitarlo. ¡Qué mujer!

Capítulo 15

Cuando Fernando dice que Lucía ha ido a urgencias con un brazo dañado y un golpe en la cara, he atado cabos; hoy en el súper he oído comentarios sobre un altercado en la pizzería, así que he salido flechado hacia su casa y he entrado a matar:

—¿Qué coño te ha pasado? —Joder, lleva el brazo en cabestrillo y el pómulo empieza a parecer una ciruela madura.

—Nada… me caí. —No sabe dónde mirar.

—No me toques los cojones, Lucía; en el súper se cotilleaba algo que había pasado en la pizzería, algo sobre un tío que había molestado a Paula y a Marta y otra chica había acabado en el suelo, y mira tú por dónde, que esa chica, debes de ser tú. O sea, que ese tío era el gilipollas de tu marido, ¿no? —Estoy que me subo por las paredes, pero al ver su cara asustada, intento tranquilizarme.

—Solo fue un malentendido, pero los tres se alteraron un poco. Yo me caí sola y me golpeé con una mesa y luego en el suelo. Cuando me pongo nerviosa las piernas se me paralizan, no es la primera vez que me pasa. —Y estoy avergonzada por eso; de hecho, me ha pasado desde niña.

—¿Te caíste sola? ¿En serio? Creo que no te das cuenta de que esto es un barrio y todo el mundo habla, no me hagas que vaya esta tarde al curro en plan Perry Mason. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, Manu no quiere que me acerque a las chicas y yo no le he hecho caso; él estaba enfadado y discutieron, nada más. Lo que pasa es que, al girarme, las piernas no me respondieron, perdí el equilibrio y me caí.

—¿¡Pero te estás oyendo!? ¡¿Qué caso si no haces nada malo?!

—No me grites, por favor… —No llores, Lucía, mantente entera.

—Perdona, Lucía, pero tú no haces nada malo. Paula y Marta son unas buenas chicas y tú tienes derecho a tener amigas y no deberías permitir que él te diga lo que tienes que hacer y, mucho menos, hacerte sentir culpable, ¿me oyes? No tienes buena cara y no me extraña que te quedaras paralizada, estás en un estado de nervios constante. —Joder, me muero por abrazarla.

—Vale, pero no fue nada. Estoy bien.

—Ya lo veo… ¿Cómo te apañarás con Xenia?

—Las chicas me ayudarán, sin duda.

—Eso seguro, pero cuenta también con Sole, con Blay y conmigo. Iremos viniendo a menudo para echarte una mano con las comidas, el baño de Xenia, la hora de ponerla a dormir, la

compra… ¿Vale?

—Claro. Muchas gracias.

—Y no dudes en pedir cualquier cosa. No estás sola, Lucía, somos tu familia y te vamos a ayudar en todo lo que podamos.

—Lo sé.

No le puedo decir nada más o me pondré a llorar; ellos son todo lo que tengo aquí, sé que puedo recurrir a ellos en cualquier momento y eso me da una seguridad que nunca he tenido. Me siento querida y cuidada por primera vez en mi vida. Pero a él no le pienso pedir ni la hora, lo quiero lejos de mí, ya que cerca es imposible. Es como una veleta, no entiendo de qué va, aunque tengo que reconocer que se preocupa más por mi hija que su propio padre.

***

Esta mañana no he podido más y he decidido hablar con Paula y Marta, así que, después de comer con mi abuela y mis hermanos, me he ido a tomar café a su casa. Cuando me han visto me ha parecido que se miraban con nerviosismo y me he alegrado de haber tomado la decisión de preguntarles.

—Bueno, el café está de puta madre, chicas, pero necesito información sobre Lucía y la quiero ya.

—¿Sobre Lucía?, no te entiendo.

—Marta, no me toques los cojones; sé que ella confía en vosotras y os cuenta cosas. Estoy harto de cagarla con ella. Quiero… no… necesito saber.

—No entendemos qué te pasa con Lucía, ¿Qué te importa a ti lo que le pase?

—Joder… pues… me importa, ¿vale? —Arpías…

—Somos sus amigas y sí que ha confiado en nosotras, por eso no te podemos contar nada, son confidencias de amigas y…

—¡Ya vale! ¡Me estoy volviendo loco, necesito saber qué le pasa!, ¿por qué tiene ese miedo en la mirada?, ¿por qué parece nerviosa a todas horas?, ¿por qué me evita?, ¿por qué vive con ese gilipollas y por qué lo sigue defendiendo después de lo que pasó el otro día en la pizzería? ¡Necesito saber!

—Vale, Gaby, tranquilo, siéntate y hablemos. Vemos que te has enterado del altercado, maldito cabrón, vaya pieza está hecho ese Manu.

—Claro que me he enterado. Se comenta por todo el barrio, pero yo me enteré de primera mano por Fernando, fue él quien la trató en el hospital.

—Vaya…, pero, así y todo, no sabemos tus intenciones. ¿Es

simple cotilleo?, porque en ese caso…

—Me he enamorado de ella —ala, ya lo he soltado.

—¡No jodas!, ¿en serio? Pero eso no puede ser, tú no te enamoras, no es tu tipo… ¡Hostia, Gaby, no lo entiendo!

—Paula, créeme, no tengo ni idea de cómo ha pasado, pero es cierto. Me ha costado verlo, reconocer estos sentimientos porque no los había sentido nunca, pero os estoy abriendo mi corazón. Necesito información. Por favor…

—¿Te has acostado con ella?

—¿Y eso que tiene que ver? No me toquéis los cojones, joder. —Y las muy guarras esperan una respuesta—. No, no me he acostado con ella. Solo hemos tenido un encuentro, la asalté en el Air y la besé.

—Hostia, Gaby… estás peor de lo que pensábamos…

—¿Os habíais dado cuenta de que me gustaba? —Me han dejado de piedra, pensaba que no era tan evidente.

—Claro, y de que tú le gustas a ella también. —Eso sí que me deja pasmado—. Nos dimos cuenta observándoos: miraditas furtivas, situaciones extrañas, lo colorada que se pone Lucía cuando te mencionamos, el viaje a la mierda que te regaló aquella noche en la puerta de Cielo… Eso estuvo genial, pero lo definitivo fue cuando Cris explicó vuestra historia, pobrecilla parecía que se iba a poner a llorar. Por cierto, ¿por qué volviste a acostarte con Cris?

—No lo sé… me sentía mal, hacía más de un mes que no veía a Lucía, parecía que seguía con su vida y pensé que yo debía seguir con la mía, fue una cagada monumental.

—Le hiciste mucho daño, Gaby, y sufrió porque está enamorada. Tú no viste su cara de dolor cuando Cris hablaba de la historia que tuvisteis en el pasado; te aseguro que le gustas desde el primer día que te vio, y Sole también se ha dado cuenta. —Ya me olía yo algo…—. Pero ha sufrido mucho, está hecha un lio y creemos que piensa que juegas con ella, y la verdad es que lo parece. ¿Por qué crees que ha estado tantos meses alejada del grupo? Lucía es un libro abierto para nosotras, es tan pura, tan inocente que no puede esconder nada, sus ojos siempre reflejan lo que le pasa por la cabeza.

—Lo sé, Marta. ¿De verdad creéis que le gusto? Yo creo que me detesta. Pero sea como sea, necesito saber.

—Vale. Te vamos a ayudar, pero nos estamos jugando mucho. Apreciamos a Lucía y la estamos traicionando. Joder, Gaby, nos metes en un marrón que te cagas. Mira… —Y el relato me deja pegado en el sofá… Todo lo que oigo me enfurece y me parte el

alma a partes iguales. Me explican lo que pasó en la pizzería y un montón de situaciones horrorosas que Lucía ha vivido con el enano gruñón… Maldito cabrón cobarde de mierda. ¡Qué ganas tengo de echármelo a la cara!

Capítulo 16

No hace ni media hora que he llegado a casa y oigo que golpean la puerta suavemente, Paula y Marta, muy serias, entran nada más abrirles. En silencio pasan al comedor, saludan a Xenia, la cogen en brazos y la llevan a su habitación; está muerta de cansancio, Sole y yo la hemos llevado al parque y mi pequeña princesa lo ha dado todo. Decido ir a la cocina a hacer café. Estas dos tienen una cara que no presagia nada bueno.

Me han ayudado mucho estos días, casi se han instalado en mi casa.

Nos sentamos las tres a tomar café y empiezan a contarme que Gaby también fue a verlas a ellas, pero lo que me deja de piedra y aterrada es la confesión que me hacen.

—¿Qué pasa?

—Antes de nada…, Lucía, prométenos que vas a estar tranquila y que nos vas a escuchar, ¿vale?

—Pues, vale…

—Mira, el otro día vino a casa Gaby —dice Paula y yo me echo a temblar…

—Ah…, bueno… y ¿qué quería?

—Paula y yo nos quedamos mudas cuando lo vimos entrar, llevaba una cara…, pero fue aún peor cuando nos dijo el motivo de su visita: tú.

—¡¡YO!! —Me ha salido un gritito ridículo, pero es lo único que ha sido capaz de salir de mi garganta —No lo entiendo. ¿Qué pasa conmigo?

—Pues el muy desgraciado nos vino a hacer un tercer grado. —Las miro sin entender nada—. Mira, Lucía, como supongo que ya sabes, Gaby era militar y sus técnicas en interrogatorios son infalibles; ja, ja, ja, no es escusa, lo sabemos… Mira, ahora en serio, nos conocemos de toda la vida y los límites están un poco difuminados. Sentimos haberte traicionado, de verdad que lo sentimos, Lucía, pero lo vimos tan necesitado, tan preocupado por ti que… le contestamos algunas preguntas.

—¿Gaby fue militar? ¿Gaby preocupado por mí? Lo que es es un metomentodo, que, como es incapaz de ordenar su vida, se mete en la de los demás; es un imbécil, un desgraciado, un mujeriego de…

—Lucía, vale ya. No digo que Marta y yo no te hayamos traicionado, pero te pido, por favor, que no hables así de Gaby, es nuestro amigo, nuestro hermano, y no es nada de lo que tú estás

diciendo. No lo conoces. Gaby es el amigo que todo el mundo querría tener y, sinceramente, no creo que lo conozcas lo suficiente; no, definitivamente no lo conoces si piensas eso de él. —Está muy enfadada, pero yo también.

—Mira, no sabes de lo que estoy hablando y créeme, lo conozco mejor de lo que pensáis: es un prepotente, un chulo, un mujeriego empedernido y un hombre sin valores que no le importa nadie más que él, ordena, manda y se mete donde no lo llaman, quiere tener el control sobre todo lo que le rodea. Y estoy muy enfadada. Confié en vosotras, os conté cosas que ni siquiera sabe mi hermana y vais y se lo contáis a ese cotilla hipócrita y sabelotodo. —Estoy furiosa con ellas.

—Tú no sabes nada, Lucía. Entendemos tu enfado, pero no hables de lo que no sabes —Marta lo dice tan afectada que creo que se va a poner a llorar.

—Vale, soy todo oídos; él sabe cosas de mí porque vosotras le habéis contado Dios sabe qué. ¡Pues yo quiero saber esas cosas que según vosotras lo hacen tan perfecto! —Estoy fuera de mí.

—Es lo justo, vamos a calmarnos todas; Paula, creo que Lucía tiene razón, hay muchas cosas que ella no entiende porque no sabe lo que realmente le pasa a Gaby, es justo que le contemos la historia completa y luego a ver qué piensa.

—Vale, de perdidos al río, cuando se entere Gaby, nos cuelga, pero, en fin, tienes razón, se lo debemos.

Y comienzan a relatarme la historia de Gaby: su juventud, cómo tuvo que crecer de pronto, la muerte de sus padres, su madurez al hacerse cargo de sus hermanos, su vida en el ejército, su trauma, lo que ha dado por sus amigos, y me quedo helada. No tenía ni idea de que ese hombre ocultaba tanto dolor, no lo parece. Esa prepotencia que yo creía que tenía es instinto de protección hacia todos los que le rodean, incluidas Xenia y yo. Es un hombre íntegro y yo me acabo de enamorar más de él, si es que eso es posible.

Acabamos llorando como tres Magdalenas; ahora entiendo muchas cosas: su desarraigo con las mujeres, su preocupación por mí, su instinto protector casi enfermizo…

—Lucía, sabemos que sientes algo por él y por eso te hemos contado todo esto; va a ser difícil que lo admitas, pero él está igual, le gustas un montón. —No me lo puedo creer…

—No…, estáis equivocadas… Yo no… no puedo…

—En el corazón no se manda, Lucía, y te aseguro que no se puede evitar enamorarse y perder la cabeza. No hay un momento adecuado ni una persona adecuada, el corazón no sabe de todo eso.

Tú no quieres a tu marido, porque no te ha cuidado como merecías, no se desvive por tu hija y es violento y un gilipollas de cuidado. Por mucho veneno que digas de Gaby, has visto su fondo, es imposible no verlo y por eso te has enamorado de él.

—He intentado luchar contra este sentimiento, pero no puedo. Me he alejado de vosotras para no verlo, pero no he conseguido nada… Estoy enamorada de él, sí, pero estoy casada y, aunque mi marido no sea un tachado de virtudes, no puedo serle desleal —me confieso por fin.

—Con eso no podemos ayudarte, solo decirte que lo pienses bien. Eres joven y bonita, con un futuro por delante. ¿Lo quieres desperdiciar al lado de un hombre como Manu? Se porta como un tirano contigo y es un mal padre y un mal hombre. Lleva cinco días sin llamarte y dos semanas sin aparecer por aquí, mañana es viernes y ni siquiera sabes si va a venir.

—Tenéis razón, ya no quiero a Manu y no se porta bien con nosotras, pero es mi marido.

Y con todo el dolor de mi corazón les pido que me dejen sola. Ellas lo entienden y se van. Tengo un lio en la cabeza que creo que me va a explotar. ¿Qué hago ahora? Nada, Lucía, no puedes hacer nada.

Capítulo 17

No puedo dejar de pensar en lo que he hablado con Paula y Marta y aún estoy temblando de ira. Sabía que Lucía no era feliz, pero nunca pensé el horror que ha tenido que vivir desde que está aquí. Cómo ese malnacido la ha despreciado, la ha humillado y la ha maltratado psicológicamente. Ahora entiendo su timidez, su sumisión; joder, si es que no ha vivido más que maltrato y mierda. Me siento hervir de rabia y frustración. No la he ayudado en absoluto, he sido un gilipollas. La he llevado al límite y eso ha empeorado su situación familiar, le he complicado la vida sin saberlo, aunque, para ser sincero, al principio fue un juego, un reto, era una tía más a la que tirarme, aunque pronto todo eso cambió y empecé a enamorarme como un tonto. Estoy loco por sus huesos y el instinto de protección me está matando. Quiero tenerla conmigo, a ella y a su pequeña, quiero cuidarlas y protegerlas y partirle la cara a ese asqueroso que se hace llamar hombre. Lo peor de todo lo que me contaron fue el episodio del «castigo» que el muy cabrón le impuso el día que vino por sorpresa y ella estaba con las chicas… y conmigo. Dios, aquella noche fue cuando me di cuenta de lo que sentía por ella. Lo odio con todas mis fuerzas. Si lo veo, no me voy a poder aguantar; ya hace tiempo que le tengo ganas y el momento va a llegar, lo sé, solo espero que Dios me de fuerzas para parar antes de matarlo a golpes.

Y el momento llegó ese mismo sábado.

Fui a comer a casa de mi abuela, estaba haciendo el café en la cocina, cuando oí ruido en el rellano; pensando que era Lucía, abrí la puerta y, mira tú por dónde, el objeto de mi deseo apareció ante mí: Manu, el enano gruñón, el mierda.

—Buenas tardes, no sé si me recuerdas, soy Gaby. —Quiero que sepa mi nombre cuando le parta la cara.

—Ah, hola. Tú eres el que llevó a Lucía y a la cría al hospital, ¿no? Te lo agradezco, mi mujer es un poco corta y se ahoga en un vaso de agua.

—Lo hice encantado, y desde luego que no lo hice por ti. ¿No crees que tendrías que haber venido? Lucía se asustó mucho, Xenia se puso realmente mal. —La rabia empieza a bullir dentro de mí.

—Mira, conozco a mi mujer, en relación con la niña es una exagerada, pero lo que no entiendo es qué mierda te importa a ti. —Eso, dame más motivos, ponte chulito, por favor.

—No pretendo que entiendas nada. Me importa Lucía y Xenia,

igual que a todos los vecinos.

—¡Ja!, los vecinos… son un atajo de viejas chismosas y tortilleras.

—Eres un mierda, un tío que no se merece lo que tiene, y esas mujeres a las que insultas son personas excepcionales, leales y buenas que tratan a tu mujer y a tu hija como deberías tratarlas tú, con respeto y cariño. Eres un desgraciado, tú no eres un hombre. Un hombre respeta a las mujeres, no las humilla.

—¿¡Y tú qué mierda sabes!? Por lo que he oído, no tienes pareja, al contrario, según dicen las malas lenguas, te follas todo lo que se menea y te atraen especialmente las mujeres casadas, así que solo te lo voy a decir una vez: aléjate de mi mujer, es mía. ¿Te queda claro? —Pero qué coño…

—Eres un machista de mierda. Yo respeto a Lucía, cosa que tú no haces; eres un maltratador y te juro que, como la vuelvas a humillar, te vas a acordar de mí toda tu puta vida. —Ya estoy al límite.

—Vete a mamarla. —Hasta aquí hemos llegado.

Intenta volver a coger la maleta y me da la espalda; ni de coña. Lo cojo del brazo y lo arrincono contra la pared.

—Óyeme bien, pedazo de mierda, no vuelvas a tocarla, no vuelvas a humillarla, o te juro que me vas a conocer de verdad.

—¡¿Acaso te has encaprichado de ella?! Pues te jodes.

Y ya no me puedo aguantar más y le doy un puñetazo que me sabe a gloria; el muy cagao no aguanta mi envite y se desploma en el suelo lloriqueando. En ese momento, sincronizadamente, aparecen Sole y Lucía; cuando ven la escena, sus caras son de horror. Sole intenta meterme en el piso y Lucía ayuda al mierda a levantarse.

—Vamos, Gaby, entra en casa por favor.

—Gaby, ¿por qué lo has hecho? —me recrimina Lucía—. Manu, levántate, vamos a casa, te pondré hielo.

—¡Aparta, estoy hasta los huevos de todo!, me voy de aquí, ni siquiera sé por qué vuelvo—. Y el muy capullo coge su maleta y se larga.

—¿Por qué lo haces, Gaby?, ¿por qué te metes en lo que no te importa? ¿Te has propuesto arruinarme la vida? Pues felicidades, lo estás consiguiendo. —Y se mete en su piso dando un portazo.

Joder, a lo mejor la he cagado, pero el gilipollas se lleva un puñetazo de los miles que necesita. Lo siento por Lucía, pero tenía que hacerlo, ese impresentable tenía que saber que Lucía y Xenia no están solas, y ahora lo sabe.

Lucía se ha mosqueado, pero bien, y dejo que Sole me meta en casa.

—Hijo, te has pasado, le has pegado un buen derechazo, ¿te crees Jackie Chan? Deja que te mire la mano.

—Mi mano está bien, Sole.

—¿Qué se te ha pasado por la cabeza, Gaby?

—Pues que estoy hasta los cojones y he explotado, llevo demasiado tiempo aguantando comentarios sobre lo que ese mamarracho le hace a Lucía y a su hija. He explotado, Sole, no pensaba que fuera él; he oído ruido en el rellano y pensaba que era Lucía, quería verla…

—¡Ay, mi niño!, ya sabía yo que Lucía no te era indiferente. Pero le estas complicando la vida, tiene que saber lo que sientes por ella y debe poder elegir. No puedes hacerlo por ella o serás igual que su marido.

Tiene razón, tengo que aclarar las cosas con Lucía de una vez por todas.

Capítulo 18

Madre mía, cuando he salido al rellano alertada por los gritos que oía, no imaginaba ver la escena que vi: Manu en el suelo retorciéndose de dolor y Gaby allí de pie, preparado para volver a atacarlo, parecía fuera de sí; si no llegamos a aparecer Sole y yo, no sé cómo hubiera acabado la cosa.

Siempre es igual con él, llega y arrasa con mi mundo, no le importa lo que yo pienso. Yo no le he dado permiso para rescatarme, se está tomando unas licencias que no llego a entender y que no tiene derecho a tomarse. Ni siquiera sabe nada de mi vida… bueno, sí sabe, lo sabe todo gracias a Paula y Marta, pero no ha hablado nunca conmigo, no sabe mi opinión, no sabe nada realmente de mí, al menos de mi boca. No entiendo lo que pretende. Cuando ha hablado conmigo ha sido para echarme la bronca, para darme órdenes, para decirme lo que hacer, para recriminarme mil cosas. Estoy harta de todo. Manu piensa que soy inútil, pero Gaby también me demuestra con su actitud que cree que soy débil. Realmente creo que los dos son nocivos para mí. Y Manu se ha ido, ha vuelto a Baeza sin ni siquiera ver a su hija, no le importamos nada. Estoy rodeada de hombres tóxicos.

Me encierro en mi piso con mi pequeña y no salgo en todo el fin de semana. Han llamado a la puerta un par de veces, pero no he abierto, no quiero ver a nadie, necesito estar sola.

No he podido dejar de pensar en todo lo que me rodea y la verdad es que no es tan difícil, hoy lo he visto claro, estaba tan ofuscada que no podía ver lo que tenía delante, no los puedo comparar. Manu es todo lo que no es Gaby, ni se acerca a él y, aunque tiene que parar de decidir por mí, ahora me he dado cuenta de que me quiere proteger a toda costa. Al verlo en perspectiva, sopesando todo lo que ha pasado y todo lo que he descubierto de Gaby, creo que realmente le gusto, vi la impotencia en sus ojos cuando le recriminé que hubiera pegado a Manu.

Esta vez, cuando llaman a la puerta, decido abrir y son Sole, Marta y Paula. Estas cogen a Xenia y la llevan a la habitación para vestirla y Sole y yo nos quedamos solas en el salón.

—Lucía, siento mucho lo que pasó el otro día. Gaby tendría que haberse controlado, pero le pueden las injusticias, perdónalo, por favor, él siempre ha protegido a las personas que le importan: sus hermanos, yo, sus amigos, y ahora también a Xenia y a ti. —Pobre mujer, parece tan afectada.

—Tranquila, Sole, lo sé. Pero tienes que entender que me disgustara; no puede meterse en mi vida como un elefante en una cacharrería, me ha causado problemas con Manu, más de los que ya tengo.

—Lo sé, mi niña, y se lo he dicho a él; tus batallas las tienes que luchar tú sola, tú tienes que tomar tus decisiones, pero le cuesta controlarse.

—Ya lo he visto y sé que es difícil mantenerse al margen, a Paula y Marta también les pasa. Manu tiene ese don, saca de quicio a cualquiera. Siempre ha sido así. A veces me pregunto qué vi en él. Mi hermana y mi cuñada me dijeron, antes de casarme, que me fuera del pueblo un tiempo, que conociera a más gente, más mundo, que no me quedara con el primero que me ponía ojitos, pero no les hice caso y creo que tenían razón. He vivido tan poco…

—Todo tiene solución menos la muerte. Tomaste la decisión que creíste que era la correcta, no puedes culparte por ello.

—No lo sé, Sole, esa mala decisión ha repercutido en otras personas. Xenia es la gran perjudicada, mi niña está creciendo sin padre, mi hermana está muy preocupada por mí, y vosotros… a todos os ha afectado de una manera u otra.

—Vale ya, Lucía. ¿Por qué te culpas de todo? No eres culpable, mi niña, tú eres la que más ha sufrido y está sufriendo. Tienes una hija sana y preciosa, pero el amor es también muy importante; yo lo he conocido, mi marido fue el amor de mi vida y por eso me entristece que tú no puedas estar con el hombre del que estás enamorada.

—¿Tú también, Sole?

—¿Te crees que por que soy mayor estoy ciega? Al primero que cacé fue a mi nieto, Gaby siempre ha sido un libro abierto para mí, y luego lo vi en ti.

—¿El qué?

—El amor, mi niña, el amor se siente, pero también se puede ver. Lo sentís vosotros, pero el resto lo vemos.

—¡Qué vergüenza! —Y me tapo la cara como una niña.

—No sientas vergüenza, cariño; amar no es nada vergonzoso; escúchame bien, has vivido mucho para ser tan joven, conoces la cara menos amable del amor, pero que tu deseo de huir de eso no te haga precipitarte, ya lo hiciste una vez. Arregla tu vida, poco a poco, a tu ritmo y no te dejes influenciar por nadie. No tengas prisa, Gaby te va a esperar.

—Tengo tanto que solucionar y tanto miedo…

—Lo sé, pero es algo que tienes que hacer sola. Tienes que coger

las riendas de tu vida, solo tú puedes hacerlo, y, aunque nos tengas a todos para apoyarte, lo tienes que hacer tú sola. Solo te voy a decir una cosa: no juegues con Gaby, eso es lo único que no te va a permitir, él es leal y honesto y no perdona el engaño. No quiero que le hagas daño, ya ha sufrido bastante.

—Lo sé, Sole, y es lo último que quiero. Marta y Paula ya me contaron…

—Ellas no lo saben todo, Gaby tiene aspectos de su vida blindados, pero yo lo conozco y los intuyo. No saben sus miedos, sus terrores, las pesadillas que lo despiertan todas las noches. —Me parte el corazón—. Mi niño está traumatizado y eso es algo con lo que también tendrás que lidiar si lo quieres. Nunca ha querido atarse en serio con ninguna mujer y, sinceramente, no sé hasta qué punto lo quiere hacer contigo. Eso es algo que él también tiene que decidir. Tenéis que hablar, Lucía; mi nieto es una bomba de relojería, lleva demasiada ira en su interior y tengo miedo de que estalle intentando protegerte, ¿me entiendes verdad? El otro día se detuvo por nosotras, pero no sé qué pasaría si se diera el caso en el que se encontrara solo con Manu de nuevo.

—¡Dios, Sole!, estoy superada, no sé qué hacer, todos los que estáis a mi alrededor estáis sufriendo de un modo u otro por mi culpa. No sé cómo hacerlo. —Lloro desconsolada y Sole me abraza.

—Tienes que tomar una decisión, por ti y por Xenia; esto no es vida, cariño, y tienes que ponerle fin. Tu marido no te quiere o lo hace de una forma muy egoísta. Si no es la manera que tú quieres ser querida, lucha, soluciónalo, aún estás a tiempo. No malgastes tu vida y la de Xenia. Y tú tampoco lo quieres y, aunque no es un buen hombre, también es injusto para él que no le digas la verdad. Déjate guiar por el corazón, él te guiará en tus decisiones. El corazón es sabio, escúchalo.

Esas palabras de Sole resonaban en mi cabeza: «Escucha a tu corazón». Tenía claro lo que mi corazón me decía, pero no quería oírlo, eso significaba tomar decisiones importantes y estaba asustada. «Hora de ser valiente, Lucía».

Capítulo 19

GABY: chicas, necesito q m hagáis un favor
MARTA: pide x esa bokita
GABY: podéis kedaros con Xenia? Necesito a Lucía
PAULA: necesitas???? Ay maxote….claro, no lo duds
MARTA: t aviso cuando terreno libre
GABY: gracias, os dbo 1
PAULA: 1!!!?????
MARTA: 1000 +bien…tranki, pero no la cagues
GABY: eso spero…gracias xicas
PAULA: adiosssss

Bueno, ya está hecho, estas brujillas me despejaran el terreno para que pueda hablar tranquilamente con Lucía, espero que todo vaya bien.

Una hora después ya estaba que me subía por las paredes… hasta que sonó el móvil.

MARTA: Exo maxote, nena pasa la tarde y noxe aki, aprovexa wuapura. Muaaaaa

Allá vamos…

Llamo a la puerta de Lucía, después de acicalarme un poco y haber dejado pasar media hora aproximadamente, no puede sospechar que las chicas y yo nos hemos aliado. Me abre la puerta con una camiseta y el pelo mojado. *Solo* con una camiseta, joder, esto no empieza bien. Llevo demasiado tiempo de secano y ella me vuelve loco vestida, así de ligera de ropa me va a volver majara…

—Hola, Lucía.

—Gaby… ¿Qué haces aquí? —Se ha puesto de un precioso rojo amapola, me la como.

—Quiero hablar contigo, tenemos que hablar.

—Vale, esto… pasa. —Entro procurando no rozarla, si la toco me tiro encima de ella.

—¿Quieres un café o una cerveza? —¿Whisky?

—Cerveza estará bien. Pero, por favor, ve a vestirte.

—¿Eh? —Mira hacia abajo y creo que se va a fundir de la vergüenza. ¡Es tan auténtica!— ¡Claro! Sí, sí, espérame en la cocina. Ya vuelvo.

Y cuando vuelve, veo que se ha puesto un pantaloncito que no le tapa casi nada… Joder, los botones de la bragueta van a salir volando, me aclaro la garganta intentando tragar y poder hablar sin babear.

—Bueno, creo que te debo una disculpa por lo del otro día yo…

—Sí y acepto tus disculpas. —No tan rápido, preciosa.

—Déjame acabar, por favor. Te pido disculpas por la situación tan incómoda que te hice presenciar, pero no me disculpo por haberle dado el puñetazo a ese pichafloja; se lo merecía, uno y muchos más, pero me partió el alma que te vieras implicada.

—Ya… bueno, Gaby, tienes que reconocer que siempre te estás metiendo en mi vida.

—Ya lo sé, Lucía, pero no puedo evitarlo, me hierve la sangre cuando pienso en todo lo que ese desgraciado te ha hecho pasar. —Y agacha la cabeza avergonzada, joder.

—No agaches la cabeza, no tienes que avergonzarte de nada, tú no, ¿me oyes? —Y acorto la distancia que nos separa y le cojo las manos.

—Paula y Marta son unas cotillas.

—Sí que lo son, pero gracias a ellas creo que estamos teniendo esta conversación tan necesaria. Cuando oí a mi abuela hablar sobre lo que pasaba en el piso de al lado, ya me moría de ganas de darle una lección al mierda que gritaba a todas horas, pero cuando te conocí, decidí que quería matarlo. Desde el primer momento en que te vi, me pareciste la mujer más increíble que había visto nunca, bonita como una muñeca, pero era la tristeza que veía en tus ojos lo que más me llamó la atención y a los pocos días lo vi claro, el causante de tu tristeza era el parásito de tu marido.

—Bueno… mi vida no ha sido fácil y ahora tampoco lo es.

—Ya lo sé, lo sigo viendo en tus ojos, y me mata. Quisiera verlos rebosantes de alegría; tu risa es el sonido más maravilloso del mundo, pero no llega a tus ojos. ¿Quieres vivir así toda tu vida? —Estoy a un palmo de ella.

—No, por mi hija y por mí misma, no quiero vivir así. Me doy cuenta de que mi vida no es la ideal, pero tengo que pensar muchas cosas y pensarlas bien. Xenia depende de esa decisión que debo tomar, ella es lo más importante.

—Ella y tú. Mira, piensas que soy un brabucón, un chulo, un mujeriego, un viva la vida, pero no es así…

—Bueno, al principio sí, pero al hablar con Paula y Marta he entendido muchas cosas…

—¡Vaya amigas que tenemos, son unas bocazas! A ver, al principio solo vi a una tía buena y bastante reprimida a la que quería corromper, pero, cuando empecé a verte más y a conocerte mejor… —Joder, qué difícil que es esto.

—Ja, ja, ja. ¿Tía buena, Gaby? Mi ropa era ochentera total y

solo hemos cruzado un par de palabras y hemos tenido un par de enganchadas importantes.

—Sí y además me has dado dos hostias y he hecho que te corras una vez, lo digo para poner las cartas sobre la mesa.

—Sí… eso también ha pasado. ¿Gaby, qué quieres de mí?, no te entiendo…

—Me gustas mucho, pero sé la situación en la que te encuentras, no eres libre y eres una persona de principios, pero me estoy volviendo loco con esta situación. Sé que no tengo derecho a inmiscuirme en tu vida, a replicarte, pero no lo puedo evitar, es tan grande el instinto protector que despiertas en mí que la cago continuamente. Dime cómo lo ves tú, por favor. ¿Qué piensas de todo esto?

—Estoy hecha un lio, no con respecto a mis sentimientos… tú también me gustas. —Respiró aliviado. Ha bajado la cabeza y se la alzo con suavidad—. Siempre he aceptado sin rechistar lo que la vida me ha puesto delante, sin luchar por mejorarlo, simplemente aceptando lo que me ha tocado vivir. Nunca he tenido el coraje de luchar por lo que quería, he sido una cobarde toda mi vida y ahora sé que ha llegado el momento de luchar, de tomar mis propias decisiones y te confieso que estoy aterrada.

—No tengas miedo, el miedo te paraliza y hace que la vida se escape entre tus dedos… —No te hundas en tu mierda, ahora no se trata de ti idiota, ayúdala—, pero eres una mujer más valiente de lo que crees; lo que has vivido te ha hecho fuerte y sabes lo que quieres. ¿De qué tienes miedo?

—De equivocarme…

—Ya lo entiendo, ahora lo veo… tienes miedo de equivocarte conmigo; tienes claro lo que debes hacer con el gilipollas, pero no conmigo. —La realidad me golpea, ahora lo veo claro. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

—Lo siento, Gaby, pero no te puedo engañar, ni a mí misma tampoco. Sé lo que debo hacer con mi matrimonio y lo voy a hacer, pero no por ti, sino por mi hija y por mí misma. No te conozco, he visto partes de ti que no me han gustado, no pertenezco a tu mundo, no soy tu tipo; te he visto con otras mujeres y yo no soy como ellas, pero me atraes mucho y me das miedo por todo lo que representas.

—Lucía, me gustas porque eres completamente diferente a las mujeres que he conocido, pero yo también tengo que ser sincero contigo. Estoy aquí para apoyarte y protegerte, pero, aunque me tienes loco y sé que es algo fuerte lo que siento por ti, tampoco sé

cómo llevar esto. No he tenido nunca una relación seria, yo también tengo problemas que solucionar y superar, pero lo que sí sé es que quiero estar cerca de ti, no quiero renunciar a ti, no quiero perderte y nunca te haría daño intencionadamente. —Y ahora mismo lo que quiero es besarla.

—Ya lo sé y agradezco tu sinceridad. ¿Qué podemos hacer con todo esto, cómo se puede solucionar? Dios, es todo tan complicado… —Joder, no llores…

—No llores, cariño, ven aquí. —La cojo y la siento en mis rodillas, la acuno como a una niña; es tan pequeña entre mis brazos… Me siento de maravilla teniéndola tan cerca de mí.

***

Madre mía, ni en mis mejores sueños hubiera imaginado a Gaby diciéndome que le gusto; estoy feliz, aunque sé que no todo es de color rosa. Tengo un montón de cosas por solucionar y decidir, pero todo eso no lo puedo hacer si no estoy cerca de él y entonces sucede: me coge la cara con ambas manos y me besa. Es el beso más dulce que me han dado en mi vida. Me agarro a su cuello y me entrego al beso lo mejor que puedo; mi corta experiencia no me preocupa, no con él, con él me siento segura.

Se levanta conmigo a horcajadas, me aferro a él con todas mis fuerzas, él me aprieta fuerte entre sus brazos, es lo que quiero, es lo que ansiaba y está pasando. He descubierto mi lugar favorito en el mundo: él.

Gaby me lleva a la habitación que tenemos medio vacía y me apoya en una mesa, se encaja entre mis piernas y empieza a besarme detrás de la oreja y baja por el cuello. Empiezo a perder la cordura; su boca es suave y dura a la vez. Me arranca suspiros de placer y no puedo mantener los ojos abiertos. Levanta mi camiseta y me la quita despacio, acariciando con los dedos mis costados. Nunca había sentido esto, no puedo casi respirar y entonces se detiene y me mira fijamente.

Llevo cinco años con mi marido y nunca he tenido estas sensaciones; me siento como si fuera virgen, soy incapaz de hacer nada, solo sentir y rezar para que no pare… Me toca con dulzura, despacio, como nunca me han tocado, es alucinante. Poco a poco me quita los pantalones y arrastra las bragas con él, entonces se arrodilla y pienso que lo hace para quitarme las bambas, pero, cuando lo miro a los ojos sé que no es lo que pretende, en ellos hay una pasión que me deja paralizada. ¿Eso se lo causo yo? Y entonces sucede, se mete entre mis piernas y pierdo el mundo que me rodea.

***

¡Dios!, es lo más bonito que he visto en mi vida; su piel es blanca y suave y lleva el sujetador más recatado que pueda haber, pero en ella se ve sexi como el demonio. Se lo tengo que quitar y eso hago, joder, ¡qué tetas!, no es la primera vez que se las toco, pero sí que se las veo, son preciosas y me lanzo como un loco a por ellas. Lucía hace unos ruiditos que me están poniendo a cien. ¡No sabes lo que te espera, cariño!

No puedo esperar más, pero tengo que mirarla a los ojos para asegurarme de que está bien y segura de lo que está pasando, y lo que veo me gusta mucho, tiene los ojos entrecerrados y jadea levemente, así que no lo pienso más y me meto entre sus piernas. Por cómo reacciona, estoy seguro de que el gilipollas nunca se ha tomado la molestia de darle el placer que merece, así que me pongo a ello, le voy a dar la mejor experiencia de su vida. Primero se lo hago despacio, tentándola, y poco a poco voy aumentando el ritmo; intenta cerrar las piernas, pero se lo impido agarrándola con fuerza y empiezo a hacérselo más rápido, más salvaje y entonces se agarra a mi cabeza y se corre y yo casi me voy con ella, ¡joder! Ha pegado un grito que ha tenido que oír hasta mi abuela, pero ha merecido la pena, su sabor es delicioso y me recreo hasta que deja de temblar.

***

¡Madre mía!, ha sido alucinante, nunca he experimentado nada así, él parece satisfecho, y yo más, entonces empieza a ponerme los pantalones y me quedo pasmada.

—Pero… ¿Qué haces?

—Te visto —me dice divertido.

—Eso ya lo veo, quiero decir si ya… bueno, si ya está…

—¿Te ha parecido poco, preciosa? —Me sonríe de una forma canalla que vuelve a provocar cierto hormigueo en mi entrepierna.

—¡No!, para nada, ha sido… increíble, de verdad. Pero yo pensaba que ahora… bueno… —No sé cómo decirle lo que quiero, lo que necesito aquí y ahora.

—Creo que por hoy ha sido suficiente. No pongas esa cara ni me mires así o te juro que me olvido de todo y te follo hasta que no sepas ni tu nombre. —Me ha dejado muda tanta sinceridad.

—Vale, lo que tú digas.

—Escúchame bien, cariño, me muero de ganas de hacerte el amor durante horas, pero creo que debemos ir poco a poco; tú necesitas tiempo, aunque tu cuerpo ahora te diga lo contrario. Sé que quieres más y te aseguro que yo también, ahora mismo estoy que reviento, pero vamos a esperar, ¿ok?

—Lo que tú digas. ¡Uf! me siento… en la gloria, ja, ja, ja, pero tú

no, bueno ya sabes…, no sé si me explico.

—Te aseguro que sé de lo que hablas; tengo la polla dura como un mástil, pero tranquila, me ha encantado verte ciega de placer, ha sido alucinante, de verdad. Esto lo solucionaré yo. Hoy ha sido solo para ti.

—Vale. ¿Sabes? ha sido la primera vez que… bueno antes nunca… —Se ha puesto granate.

—¿Te habían comido el coño?

—¿¡Por qué dices tantas palabrotas!? —Debo estar roja como un tomate.

—Las cosas se llaman por su nombre y me gusta que seas sincera conmigo, de esa manera sabré por dónde ir y a qué ritmo, ¿de acuerdo?

—Claro, bueno… —Qué situación más incómoda.

—Pues ahora me marcho, mañana tengo que currar. Adiós, preciosa.

Y me besa, y vaya beso… Sonríe, sabe lo que me ha provocado, se despide y se va. ¡Uf! Vaya noche, ha sido excitante, pero… ¿ahora qué?

Capítulo 20

Ha pasado ya una semana desde nuestro encuentro y he visto a Gaby en tres ocasiones más, ha venido a casa a tomar café y a robarme algún beso a escondidas de Xenia por supuesto. Manu no ha llamado ni una sola vez y hoy es viernes y no tengo ni idea de si va a venir o no.

Xenia está durmiendo la siesta, hace un calor horroroso, ya estamos en agosto y no se puede ni respirar; estoy medio dormida en el sofá cuando oigo abrirse la puerta, Manu. Entra sin decir nada, me mira y se va a la cocina. Me llama la atención que no lleva su maleta. ¿Qué pasa aquí? Me voy a su encuentro a ver si aclaro algo.

—Hola, Manu.

—Hola.

—Podrías haber llamado para avisar que venías.

—¿Acaso no vengo a mi casa? No tengo por qué avisar, vengo y ya está.

—Vale. ¿Cómo estás?

—De puta madre… En fin, he venido para hablar contigo. No puedo seguir viviendo ni aquí ni de esta manera. Cada semana tengo menos ganas de venir y no quiero esta vida.

—¿Quéé́é?, pero Manu, ¿qué estás diciendo?

—¿No sabes a que me refiero? No sé si te haces la tonta o es que lo eres, hija. Esto no es vida, estoy hasta los cojones y he decidido que me voy a quedar definitivamente en Baeza. Me van a hacer un contrato fijo y paso de hacer 600 kilómetros cada semana para venir aquí, donde no quiero estar.

—Pero, Manu… ¿estás diciendo que me dejas?

—Sí, es lo mejor, paso de malos rollos. Mira, nos casamos muy jóvenes y estuvimos aislados del mundo mientras vivimos en el pueblo. Ahora he empezado a conocer gente nueva y otra vida, así que me voy. Te mandaré algo de dinero cada mes para ayudarte, pero no quiero seguir contigo.

—¿Y Xenia? —le digo cada vez más alucinada.

—Seamos sinceros, nos precipitamos al tenerla. Ella casi no me conoce, no me ve como a un padre.

—Pero lo eres, Manu, y no digas que nos precipitamos; ella es lo mejor que nos ha pasado. ¿Cómo puedes hablar así de nuestra hija?

—Mira, suena mal, pero estoy siendo sincero: esta vida me viene grande y al mismo tiempo me asfixia, no quiero seguir con esto. Seguro que te va bien, has hecho grandes amigos aquí, ¿no crees?

—Son vecinos, Manu, pero tú eres mi marido.

—No te quiero y no voy a seguir contigo. Punto. He venido a recoger mis cosas. Te lo puedes quedar todo, solo quiero la ropa y algo del dinero que tengamos en la cuenta.

—En la cuenta hay 450 € y los necesito para acabar de pasar el mes. No me lo puedo creer, Manu, que llegues aquí y me sueltes que te vas.

—Soy sincero, no me toques los huevos.

—De acuerdo, entiendo lo nuestro, pero ¿qué va a pasar con Xenia, vas a desaparecer de su vida?

—Es lo mejor, tú lo harás bien. Soy joven y quiero vivir.

—Eres un irresponsable y una mala persona. Tú decidiste venir a vivir aquí, dejé mi vida en el pueblo, a mi hermana y a mi cuñada porque tú querías. ¿Y ahora nos dejas aquí solas?

—No te pongas histérica que no te pega. Ahora eres libre para hacer lo que te dé la gana, vuelve al pueblo si quieres.

—¿Cómo quieres que vuelva al pueblo? Y aquí no tengo trabajo, no voy a poder ar el alquiler, Xenia está ya inscrita en el colegio; es alucinante, Manu… ¿Has conocido a alguien?

—No ha habido nada serio, algún tonteo que me ha hecho abrir los ojos.

—¿Algún tonteo? ¿¡Me has sido infiel!?

—¿Qué esperabas? Eres un témpano en la cama, todo es siempre igual, ¡no haces nada chica! Ningún tío aguanta algo así, es como follar con una muñeca hinchable. Tengo necesidades que tú no has sabido cubrir, así que lo he buscado en otra parte. No te hagas la ofendida, estoy seguro de que lo sospechabas.

—¡No me lo puedo creer! Todos esos celos, esa necesidad de controlarme, esa humillación constante… ¿para esto? Eres un desgraciado. No quiero volver a verte en la vida.

—Esa es la idea. Bueno, voy a buscar la maleta grande, ayúdame a recoger toda mi ropa. El dinero te lo puedes quedar, ya me apañaré. Así no podrás decir que te he dejado tirada sin nada.

Con la boca abierta, así me ha dejado. Suerte que he ido ahorrando y tengo para el alquiler de un par de meses. Siempre he sabido que era un ser egoísta y egocéntrico, pero no podía imaginar que haría algo así. Pobrecita de mi niña, la va a abandonar sin más, como si fuera un objeto. Lo odio con todas mis fuerzas. Yo sufriendo por mis sentimientos hacia Gaby y él acostándose con otras… Será capullo.

Esa misma tarde, una hora después de llegar, se fue. Ni siquiera se despidió de Xenia, que seguía durmiendo la siesta. Me dijo adiós

y salió de mi vida para siempre.

Me quedé parada mirando la puerta sin saber qué hacer, mi matrimonio había fracasado, mi vida estaba patas arriba. Tenía que ordenar mis ideas, priorizar y actuar. Ahora mi hija solo me tenía a mí y no iba a fallarle.

Este mes de alquiler ya lo tenía ado y en septiembre empezaría a trabajar; me tendría que apretar el cinturón, pero saldríamos adelante, mi pequeña y yo saldremos adelante. Manu tiene razón, tengo amigos aquí, no estoy sola.

Llamo a las chicas para reunirnos, les tengo que contar todo lo ocurrido, hierve en mí la necesidad de sacar toda la rabia que llevo dentro, de contarles todo lo que Manu me ha dicho y, aunque me parezca increíble, estoy furiosa pero no triste.

Pero la noche se alarga y para celebrar que estoy «soltera» proponen ir al Air; las muy cabezotas insisten y llaman a Sole que encantada se queda con Xenia.

Cuando entramos en el Air estoy emocionada por ver a Gaby. Sé que está aquí con los chicos, pero él no me espera. Estoy deseando contarle que Manu y yo hemos acabado. Pedimos en la barra y nos dirigimos hacia la mesa de los chicos. Pero me quedo de piedra cuando lo veo hablando con Cris, hablando muy cerca, demasiado, y riendo; él está casi encima de ella para poder oír lo que le dice. Ella lo coge de la cintura y él tiene las manos apoyadas en la pared, se les ve tan cómplices… Lo nuestro nunca va a poder ser. ¿Esto es lo que hace cuando sale y yo no estoy? ¿Cuándo ha llegado Cris? ¿Esto es lo que me espera? Esto es una mierda, eso es lo que es. Me voy.

—Oye, Paula. —Le cojo la mano antes de llegar a la mesa de los chicos.

—Dime, guapetona.

—Me voy. —Me tiembla el labio, qué blanda soy, por Dios.

—¿Cómo que te vas? No te entiendo.

—No me encuentro bien, me ha venido el bajón de la pelea con Manu y prefiero irme a casa. —Cada vez miento mejor.

—No sé, Lucía… ¿Seguro que es eso?

—Claro, tonta, aprovecharé para descansar, ya que Xenia y Sole ya deben estar durmiendo. Mañana os llamo.

—Vale, chocho, cuídate y ánimo. ¡La vida es bella! Te llamamos mañana.

—Claro, pasadlo bien. Mañana hablamos. Adiós.

Y salgo de allí antes de que alguien se percate de mi huida. Llego a casa y me tiro al sofá, a duras penas he podido retener las

lágrimas por el camino. Si Gaby tiene a mujeres como Cris… ¿cómo va a estar conmigo? Yo llevo una mochila y ellas no, seguro que son leonas en la cama y yo no, no tienen complejos ni demonios y yo sí. ¿Qué le puedo aportar yo? NADA, igual que a Manu, por eso me ha dejado. Soy poca cosa, no puedo llenar la vida de nadie y menos aún de un hombre como Gaby.

***

He quedado con los chicos en el Air. Joder, otra vez me tengo que despedir de ellos, se van a Siria un mes y ya sé lo que me espera. Va a ser un infierno, pero yo me quedo aquí seguro y a salvo, menos de mis demonios, que hacen acto de presencia cada noche.

Pero no les voy a amargar la noche, se van mañana, domingo, y tengo que estar bien por ellos porque se van a jugar la vida por otros, por todos nosotros.

Entramos y nos sentamos en nuestro reservado. He recibido un whatsapp de Cris. Dice que acaba de llegar, se cambia y viene hacia aquí, que tiene que contarme algo muy importante ¿Qué querrá esta loca?

Cuando llevamos media hora sentados con nuestras birras delante, llega Cris como un torbellino. Está preciosa como siempre, pero mis ojos ya no la ven como antes; ahora, la que me vuelve loco es una morenita preciosa que me tiene los huevos azules de ganas que le tengo.

—¡Hola, chicos! —Los besa y abraza a todos, a mí me deja para el final.

—Hola, guapetón, tengo que hablar contigo. ¿Os lo puedo robar un ratito?

—Claro, todo el tiempo que quieras —le dice el capullo de mi hermano.

—Ven, date prisa grandulón, que estoy impaciente por contarte una cosa. —Nos alejamos de la mesa y nos ponemos en el rincón para que nadie nos oiga. Qué misterio…

—A ver, so loca… ¿Qué te pasa?

—¡Ay, Gaby!, estoy enamorada como una niña y feliz, ¡muy feliz! ¿Te acuerdas de Antonio?, aquel compañero profesor de gimnasia del que te hablé.

—Claro, el chico que trabaja contigo en el cole.

—Pues el otro día nos fuimos de cena todos los profesores y después los más jóvenes nos fuimos de marcha. Ya sabes que estaba loquita por él, pero que parecía que pasaba de mí, pues resulta que él pensaba lo mismo, y al final de la noche, pasados un poquito de

copas, nos dio por sincerarnos y bueno…, ya sabes…

—Que hablasteis, follasteis y sois novietes. ¿Me equivoco? —Se pone como un tomate la tonta y me acerca a ella.

—Eres un gilipollas, no grites o esos neandertales se van a enterar y quiero que sea una sorpresa.

—Vale, vale. —Y nos abrazamos. Estoy feliz por ella, se merece a alguien que la quiera y la cuide.

—Va a venir en un rato, está aparcando… me muero de vergüenza… —Lloriquea.

—Me alegraré mucho de conocerlo, así podré amenazarlo con cortarle las pelotas si no se comporta como un hombre.

—Eres un australopitecos, anda vamos con los otros primitivos.

Cuando nos sentamos en la mesa, aparecen Paula y Marta que cuchichean entre ellas un poco serias, pero me distraigo en el momento que el maromo de Cris aparece. El tío me ha caído bien y al resto también. Creo que les va a ir genial, se ven superenamorados y eso me hace acordarme de mi muñequita. ¿Dónde estará? Quizá las chicas sepan algo.

—Marta, Paula, ¿sabéis algo de Lucía?, ¿no ha venido con vosotras? Hoy no he sabido de ella, pero mi abuela me ha dicho que se quedaba con Xenia y he supuesto que vendría con vosotras. —Eso de mirarse entre ellas y no decir nada me huele fatal y ¡me toca los cojones que no vean!

—Pues la verdad es que hemos estado esta tarde con ella y, de hecho, ha venido hasta aquí con nosotras, pero hace veinte minutos que se ha ido; ha dicho que no se encontraba bien, pero no sé… ahora lo estábamos hablando.

—¿Qué pasa joder? —Me sacan de quicio.

—Pues, le ha dicho eso a Paula y se ha ido, pero me parece que no es verdad; esta tarde ha estado supercontenta porque… bueno, por algo que si quiere ya te contará ella. El caso es que hasta ha accedido a que llamáramos a tu abuela para que se quedara con Xenia y poder venir aquí las tres.

—Se le ha iluminado la cara cuando le hemos dicho que estabas aquí, y nada más entrar se ha parado en seco y ha dicho que se iba, y me lo ha dicho casi llorando. ¡Ay, no sé qué le ha pasado!, estamos preocupadas.

—¡Joder, me cago en la puta!

—¿Qué pasa, Gaby?

—Pues que ha venido Cris, quería contarme a solas lo de Antonio y nos hemos alejado de los chicos, hemos hablado cuchicheando para que esa panda de marujones no nos oyeran.

—¡Hostia, Gaby!, ¿en serio? Seguro que te has acercado tanto a Cris para que no os oyeran que ella os ha visto y ha malinterpretado la situación. Eres único para joderlo todo. Espera un momento, ¿acaso el otro día cuando hablasteis no le contaste lo de Cris?

—Pues hablamos de nosotros y de lo que nos pasaba y luego…, bueno, ya no me acordé; la cosa se calentó un poco y…, en fin, que no, joder, que no le dije nada, tendría que haberlo hecho, pero…

—Sí, has metido la pata hasta el fondo. Pobrecilla, se ha ido pensando que la estabas engañando con Cris; con lo contenta que ella venía…

—Ya lo sé… ¿Por qué venia tan contenta?

—¿Chicos, qué pasa? —La que faltaba…

—Nada de nuevo, Cris, que el chaval la ha vuelto a cagar con Lucía; por lo visto, hemos entrado justo cuando tú y Gaby estabais hablando y ha creído ver algo que…

—Joder, Gaby, ¡eres un idiota!, ¿no le contaste lo nuestro? Me dijiste que no hablara yo con ella, que lo harías tú.

—Ya lo sé, ¿vale?, no me torturéis más… Bastante jodido estoy ya.

—En este momento me tiene que odiar a muerte, pobre Lucía.

—A ti y a mí —digo abatido.

—A ti me da igual, te lo mereces por idiota. —Eso, Cris, sigue martirizándome.

—Te pudo la polla y ahora mira la que has liado. —Paula siempre tan clara.

—Gaby, Lucía está sola. Me estoy jugando mucho, pero te voy a dar la llave de su casa, la tenemos Paula y yo para emergencias, pero no vuelvas a cagarla o te cortamos los huevos, ¿estamos? —Marta saca una llave de su llavero y me la da.

—¡Muchas gracias, chicas! Os quiero. Me largo. Nos vemos.

—Gaby —me llama Cris—, te pido, por favor, que lo aclares todo esta noche. No quiero que piense de mí cosas que no son, me considero su amiga y no la quiero perder. —Le he jodido la noche a ella también, me siento fatal. Las mujeres han sido siempre mi perdición de un modo u otro.

—Quedaos tranquilas, no se me va a escapar esta vez. Hoy va a quedar todo claro. Mañana nos vemos, chicas. Cris, Antonio me ha caído de muerte, es un buen tío. Nos vemos mañana.

—Adiós, machote, y habla antes de sacar el manubrio o te pierdes, ja, ja, ja. —Las muy cabronas…

Me despido de los chicos con todo el dolor de mi corazón, siento marcharme tan pronto, pero tengo que solucionar lo de Lucía, ella

ahora es mi prioridad.

Capítulo 21

Llego a casa de Lucía en tiempo récord, no me lo pienso y abro con la llave que Marta me ha dado. Está oscuro, pero hay una luz tenue en el comedor y me voy hacia allí y lo que veo me parte el corazón. Lucía está en el sofá hecha un ovillo llorando tan fuerte, que ni siquiera me ha oído entrar. Me acerco a ella y le acaricio el pelo.

—¡Gaby! ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has entrado?

—Las chicas me han ayudado un poco —le digo enseñándole la llave.

—Te han dado la llave que tienen, no me lo puedo creer… bueno, pues vete, no quiero verte.

—Pero yo no me quiero ir, necesito estar aquí contigo, quiero estar contigo, Lucía. —Se incorpora del sofá, se limpia las lágrima e intenta hacerse la fuerte. Está muy enfadada, hostia…

—Ah, ¿sí? Qué pasa Gaby, ¿Cris y tú ya habéis acabado por esta noche?, ¿ahora te apetece una morena?, ¿o vienes a proponerme algo pervertido, un trío de esos que sueles hacer cuando estás indeciso y no sabes con cuál de las dos chicas quedarte? Eres un cerdo, vete de mi casa.

—¡¿Pero qué cojones dices?! yo no tengo nada con Cris. Mira, vamos a tranquilizarnos. Me voy a sentar a tu lado y vamos a hablar lo que tendría que estar hablado desde hace tiempo. Me vas a escuchar, Lucía, porque te voy a decir toda la verdad. Siéntate. Ahora.

A regañadientes se sienta, respiro profundamente y le abro mi corazón como no he hecho con nadie nunca, le cuento todo de mi vida. A veces pone una cara de espanto que me dan ganas de reír, sobre todo cuando le cuento algunas de las juergas sexuales que me he corrido, pero necesito abrirme a ella para que sepa de verdad quién soy. Llora desconsolada cuando le cuento mi huida del ejército, mis pesadillas… y ríe cuando le explico el malentendido con Cris y el rapapolvo que me han dado las chicas.

Acabamos los dos abrazados en el sofá, Dios, no quisiera estar en ningún otro sitio ahora mismo; de repente ella se separa de mí y me mira fijamente.

***

No podía imaginar todo el dolor que llevaba Gaby consigo, pobrecito, pero yo voy a ayudarlo, juntos superaremos esos terrores que nos acechan. Lo de Cris me ha quedado claro, me muero de

celos y no sé qué cara poner cuando la vuelva a ver, pero al menos sé que todo ha acabado y que entre ellos solo queda una buena amistad. Ahora me tocaría a mí contarle lo de Manu, pero paso de seguir hablando, mañana tendremos tiempo, ahora necesito como respirar que me toque y eso le voy a pedir. Lo miro fijamente y lo que veo en sus ojos me da valor para decirle lo que deseo.

—Hazme el amor, Gaby, ahora, por favor, te necesito, necesito sentirte.

—No tienes que pedirme nada por favor, yo también te deseo, pero ¿estás segura?, sé que no quieres precipitarte en tus decisiones y que querías ir poco a poco. No quiero que mañana te arrepientas, podemos esperar.

—Eso no va a pasar, mañana te contaré cosas que tú también debes saber , pero esta noche es nuestra.

—No voy a discutir contigo, muñequita; quieres sentir y juro que vas a sentir.

—Gaby, lo que sí te quiero decir es que… bueno…

—¿Qué pasa, Lucía, que te atormenta?

—Es que yo solo he estado con un hombre en mi vida, no tengo experiencia, él nunca me ha enseñado nada, yo no sentía nada tampoco, qué vergüenza…

—No te avergüences nunca de decirme la verdad, me importa una mierda lo que ese cabrón egoísta te hiciera o no. Te aseguro que te haré llorar de placer y te enseñaré todo lo que quieras. Pero que sepas que me encanta tu inexperiencia.

Y vaya si cumple con su promesa… ¡qué noche! Desde luego no puede negar que tiene experiencia en hacer disfrutar a una mujer; me muero de celos, pero es conmigo con quien ha estado y espero que así sea toda la vida… Me ha hecho tantas cosas y en tantas posturas que me duelen hasta las pestañas, pero me siento feliz y plena como nunca.

Llevamos ya un rato durmiendo, nos hemos metido en la cama muertos de cansancio. De pronto noto que Gaby empieza a sacudirse violentamente, dice cosas sin sentido, parece estar sufriendo. Tiene una pesadilla y decido encender la luz. Está perlado de sudor y aprieta los puños.

—Gaby, cariño, despierta, es una pesadilla, estoy contigo. —No sé cómo tranquilizarlo.

—Déjame, corre, no te pares… ¡Corre!

—Me tienes aquí, Gaby, no pasa nada. Despierta.

Abre los ojos y me mira con terror, parece que no me ve, al cabo de unos segundos empieza a reaccionar.

—Lucía…, ¿te he hecho daño, te he asustado?

—No, Gaby, no, tranquilo, ya ha pasado todo; estoy bien, tú estás bien, ¿vale? —Y entonces me abraza fuerte y yo me tumbo en su pecho. Este es mi lugar favorito en el mundo y no deseo estar en otro sitio.

—Lo siento, Lucía, no quería que vieras esto, mis demonios han decidido presentarse. Lo siento de veras, he arruinado la noche. —Está desolado.

—Escúchame bien, no has estropeado nada, me has dado la mejor noche de mi vida, nada puede estropear lo que me has hecho sentir, cómo me has hecho sentir. Tus demonios ahora son míos también y los vamos a vencer.

—Joder, ¿Dónde has estado toda mi vida?

—Aquí, esperándote. ¿Tienes pesadillas todas las noches?

—No todas, pero estas últimas semanas han sido bastante frecuentes. Los chicos se van de misión y eso me afecta hasta el punto de dominar mis noches completamente, en fin…, vamos a dormir un poco, mañana es sábado y tengo que currar hasta mediodía y la princesa no tardará en despertarse.

—Buenas noches, Gaby.

—Buenas noches, Lucía.

Y pasamos la noche abrazados el uno al otro, las pesadillas no vuelven y podemos descansar un rato.

Noto un beso suave en los labios, pero estoy tan cansada que no puedo ni abrir los ojos.

Me despierto desorientada, entra luz por la ventana. Gaby ya no está en la cama ¿Qué hora debe ser? Ostras…, son las diez y media. Me levanto y me duele todo. A ver si una ducha me despeja un poco. Bajo el agua, recuerdo sus besos, sus caricias, sus mimos; es un hombre estupendo, cariñoso, atento y morboso. Anoche no me reconocí, me entregué por completo sin pudor, sin complejos, sin inhibiciones; él me dio la seguridad que me hacía falta, en ningún momento me sentí sobrepasada. Fue perfecto.

Cuando entro en casa de Sole, esta me recibe con una sonrisa, supongo que sabe lo que ha pasado esta noche, espero que no me haya oído, porque en algún momento me ha sido imposible no gritar de placer. Hablamos un rato y me llevo a mi niña a casa. Hoy sin falta tengo que hablar con Gaby, tengo tantas ganas de contarle que ya soy libre y que podemos empezar una vida juntos…

Capítulo 22

Me duele un montón la cabeza, el turno se me está haciendo eterno, pero dentro de mí hay algo que hacía muchos años que no sentía: felicidad, ilusión, esperanza… Lucía, ella es lo que está dentro de mí y me llena de buenas sensaciones y de paz, de mucha paz.

La fui a ver un rato ayer, pero estaba Xenia y no pudimos dar rienda suelta a nuestros instintos; unos besos y unas caricias a escondidas, nada más. El domingo me despedí temprano de los chicos y me pasé el día solo, encerrado en mi casa, no era buena compañía para nadie. El lunes Lucía, Xenia, Marta y Paula se fueron a Sevilla a hacer turismo y a pasar un par de días en casa de Cris; a ver si hoy miércoles que vuelven tengo suerte y la puedo ver; me muero por verla y volver a tenerla entre mis brazos.

Estoy en el curro sumido en mis pensamientos cuando oigo a mi encargado Javi llamarme.

—Gaby, tienes una llamada. Cógelo en mi despacho. —¿Qué coño pasa? Mi familia nunca me llama al teléfono del curro, lo hacen al móvil.

—¿Quién es?

—Pues no lo sé, solo me ha dicho que es urgente, date prisa.

—Voy. —Estoy escamado, no tengo ni puta idea de lo que pasa. Entro en el despacho, cierro la puerta y cojo el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Capitán Villa? —Y me quedo helado. Hace tres años que nadie me llama así.

—Soy Gabriel Villa.

—Capitán, soy el general Soto, tengo que hablar con usted. —Mi general, joder, qué mierda quiere… Un momento, ¡¡los chicos!!, y ahora sí que me pongo nervioso.

—General ¿qué ocurre? ¿Los chicos están bien?

—Perdone que lo haya importunado en el trabajo, pero desapareció hace tres años y solo he podido localizarlo en este número. Verá, como ya sabe, su batallón salió de la base destino a Siria el domingo a las 7:00 a. m., tenían prevista la llegada el domingo a las 12:20 p. m. hora local. Llegaron a destino y se instalaron. El lunes a las 6:00 a. m. hora local tenían reconocimiento de la zona a cubrir y establecimiento del punto de encuentro seguro y, según los datos, dicho reconocimiento no se realizó. A partir de ahí hemos perdido la comunicación. —Mi peor

pesadilla se acaba de cumplir.

—¿No se han comunicado con el campamento base?

—No. No regresaron ni se comunicaron. El pelotón estaba compuesto por ocho soldados y dos francotiradores. Lo necesito, capitán. Los chicos lo necesitan. Usted conoce la zona, tiene que ayudarnos, es el mejor. Lo necesito en la base en una hora y le explicaré todo lo relacionado con la misión y discutiremos el rescate. ¿Puedo contar con usted, capitán?

Y mi mundo se detiene, me quedo paralizado. Mis amigos, mis compañeros, mis hermanos. Esto no puede estar pasando. Quiero ayudarlos, pero ¿puedo? Estoy acojonado.

—Capitán Villa, ¿sigue ahí?

—Sí, sí, general, en una hora me personaré en la base.

—Gracias, hijo, es usted un buen hombre, un buen amigo y un buen soldado. No lo olvide.

Sí, un soldado cagado de miedo. Salgo del despacho y mi cara tiene que ser un poema, porque Javi me envía a casa nada más verme salir. A casa quisiera ir yo, meterme en la cama con Lucía y no volver a salir hasta que haya despertado de esta pesadilla. Pero no es una pesadilla, es real. Respiro hondo y me voy a coger el coche.

En una hora estoy frente al general Soto. No ha cambiado nada, es un hombre alto y fuerte, debe rondar los sesenta, pero se conserva bien. Me consta, por experiencia propia, que es un hombre de principios, integro y leal con sus soldados. Él me ayudó y me apoyó cuando decidí dejar el ejército, y no puedo fallarle ni a él ni a mis chicos, y ahora viene a mi mente mi hermano, joder, esto lo matará.

—General.

—Hola, capitán Villa. Un gusto volver a verlo. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

—La misión es en Al-Bad, en Alepo. A ver, los chicos iban en dos grupos, cuatro soldados más un francotirador en dos tanquetas. Su misión era reconocer el lugar, fijar un punto de encuentro seguro y limpiar la zona para que cuando lleguen los cascos azules no se quemen el culo, ya sabe cómo funciona. La zona está plagada de insurgentes que tienen aterrorizada a una aldea colindante. Es una aldea que no aparece en los mapas. Son apenas veinte casas, se han hecho fuertes y es una zona estratégica importante.

—¿No sabemos la posición exacta? ¿qué pasa con los satélites?

—Estamos en ello, capitán; hemos sabido esta mañana de su

desaparición. Hemos perdido unas horas muy valiosas, espero no tener que lamentarnos. —Se le ve hundido, no me extraña, la situación es grave.

—¿Tiene alguna idea de lo que pudo haber ocurrido?

—Iban en dos tanquetas, creemos que fueron presa de una emboscada, pero solo son suposiciones. Lo que es seguro es que no se comunican y eso solo quiere decir que no pueden hacerlo bien porque están retenidos o… Sea como sea, los vamos a ir a buscar.

—Joder…, perdón, general… ¿Sabe el nombre de los soldados de cada tanqueta?

—Sí. Tenemos comunicación permanente con el campamento base. En la primera tanqueta iban los soldados Ramírez, Soria, Maxwell, Peiris y el francotirador Guzmán, es su primera misión, tiene 22 años, pero tiene la vista de un lince. En la segunda tanqueta iba su equipo más el soldado Suarez, un veterano en estas incursiones. —Joder, me paso la mano por el pelo, estoy nervioso, aterrado, sería más exacto.

—General, ¿cuándo tendremos todo dispuesto para partir?

—Tenemos que atar todos los cabos antes de ponernos en marcha, yo calculo que mañana por la tarde estará todo listo.

—¿¡Tenemos que esperar hasta mañana por la tarde!? ¿Sabe usted lo que les estarán haciendo si están retenidos? ¡Son demasiadas horas!

—Tranquilo, capitán, créame que sé a lo que se enfrentan, pero están preparados para todo, son hombres muy cualificados, usted lo sabe. No nos podemos apresurar, tenemos que ir sobre seguro. Esta será una operación de rescate rápida, para eso tenemos que recopilar todos los datos posibles, no podemos fallar. Tenemos que hacer un barrido con el satélite a conciencia de la aldea y alrededores y esperar que estén retenidos allí y que no se los hayan llevado hacia las montañas; además, el rescate ha de hacerse de noche, mañana por la noche. Tranquilícese, capitán, por favor, lo necesito sereno, ellos lo necesitan.

—De acuerdo, lo siento, mi general. Hay que ponerse a trabajar. Quiero un equipo de ocho hombres, con cojones, los mejores que tenga en la base; necesito todo el equipo de asalto del que disponga: armas de asalto ligeras, granadas de mano, bombas de humo, miras de visión nocturna. Quiero disponibles dos helicópteros: uno nos trasladará hasta allí, el otro llevará un equipo médico completo; si todo sale bien, volveremos trece hombres.

—Se hará como usted indica. Quiero que mañana se persone aquí para supervisar toda la operación. Es usted el mejor, sé que no

se le escapará nada.

—Mañana a primera hora volveré —Y un escalofrío me recorre el cuerpo y hace visible mi miedo; él lo ve, me conoce.

—¿Te encuentras bien, hijo? Vamos a dejar las formalidades. Sé que no quieres saber nada del ejército, pero te necesitamos. En otras circunstancias no te hubiera llamado. Entiendo las razones de tu retiro, aunque sabes que no las comparto, pero eres el mejor capitán que he tenido y eres el único que puede ejecutar con éxito esta misión. ¿Puedes con esto Gaby? —Y esa cercanía es el empuje que me faltaba.

—Sí, general, puedo. Pero esto no es un retorno, quiero que lo sepa; no volveré al servicio activo. Cuando acabe la misión, no volveré.

—De acuerdo. Una cosa más… sé que uno de sus hombres es su cuñado, no tengo que recordarle que esta misión es secreta; ni su hermano ni su abuela, nadie puede saber de ella, nos jugamos demasiado.

—Lo sé, señor, de todas maneras, es mejor que no sepan nada.

—Bien. Descansa, muchacho. Nos vemos mañana.

Y salgo de la base acojonado y sobrepasado por la situación. Pobre Blay, si supiera que José está desaparecido se volvería loco y mi abuela se moriría si supiera que tengo que volver y Lucía… Y entonces lo veo claro. Esta misión es un suicidio, las posibilidades que tengo de volver vivo y entero son una entre mil. Ella tiene que seguir con su vida, no puedo dejarla sola antes de haber empezado algo con ella. No puedo hacerle eso. Ella aún tiene una vida en común con Manu y no puedo luchar por ella con las manos vacías; qué le digo, ¿deja a tu marido, pero yo me voy para seguramente no volver? Es una locura, es mejor dejarla marchar. Si no vuelvo, la mataré la pena y, si vuelvo…, creo que será peor; el infierno al que me voy a enfrentar va a acabar definitivamente con mi cordura, lo sé, pero no me puedo negar a ir, mis hermanos me necesitan. Si la dejo ir, la ira y el odio hacia mí la harán sobrevivir; si no, la pena acabará con ella. No puedo ser egoísta, la amo demasiado como para condenarla.

Capítulo 23

Xenia y yo lo hemos pasado en grande en Sevilla, mis amigas me lo han hecho pasar de maravilla y la familia de Cris me ha tratado como a una hija. Ha sido maravilloso, pero me muero de ganas de ver a Gaby. Me ha mandado un whatsapp y me ha dicho que estará cenando en casa de Sole, que cuando Xenia se duerma le avise que tiene que hablar conmigo.

***

Entro en casa de mi abuela con una historia bien montada; ella es lista, no me puede pillar. He tenido que buscar un cómplice y ese ha sido mi amigo Fernando. Mi hermano también está en el piso, así mato dos pájaros de un tiro. Les digo que me he cogido las vacaciones adelantadas, cosa que es verdad, y que me voy a pasar unas semanas a Londres con Fernando, que él realmente sí se va. Está todo atado, a ver cómo va…

—¿Te coges las vacaciones ya? —Se han quedado sorprendidos con la noticia.

—Sí, el súper lo prefiere así. A ver, Sole, estamos a diez de agosto, ya me toca ¿no?

—Sí, hijo, claro, pero… yo pensé que esperarías, no habías comentado nada.

—Me lo ha dicho Javi esta mañana y le he dicho que sí, además sabía que Fernando se iba a Londres y lo he llamado, así que nos vamos los dos mañana mismo ¡al fresquito! —intento parecer contento aunque me esté muriendo de pena por dentro.

—Vale, pero Gaby ¿se lo has dicho a Lucía? —Ahí vamos…

—Se lo comentaré ahora, pero ella no tiene nada que decir.

—Hermano, ¿no estabas empezando algo con Lucía? —Blay no me lo va a poner fácil.

—¿Yo?, pero ¿de qué estáis hablando? Lucía está casada y tiene una hija, y yo no me ato, parece que no me conozcáis. —Sonrío para parecer indiferente y mi hermano y mi abuela se miran entre ellos sorprendidos por mi respuesta.

—Gabriel, ¿has estado jugando con esa pobre chica?

—Yo no he jugado con nadie, abuela; no le prometí amor eterno, soy joven aún y quiero vivir, no olvidéis que ella sigue con su marido.

—Pero ella… yo pensaba que… —Pobrecilla, me parte el alma mentirle así aunque sea por una buena causa.

—Lo que tú pensaras son ideas que te has hecho tú solita. ¿Te he

dicho yo algo?

—No, pero… —Tengo que cortar con esto ya o me vendré abajo.

—Pero nada, Sole, no tengo que darte explicaciones ni a ti ni a ella.

—Eres un cabrón. —Ya estaba tardando Blay en saltar.

—¿Por qué, Blay? —Pobre mi hermano, si él supiera…

—Porque has jugado con ella. Lucía no es como las tías a las que estás acostumbrado, ella… —Fin, se acabó.

—Por eso no quiero estar con ella, no estoy hecho para una mujer como Lucía. Y aquí se acaba esta conversación, no os debo ninguna explicación. Mañana me marcho a Londres y punto.

Y en ese momento me entra un whatsapp de Lucía, Xenia se ha dormido. Ahora sí que es la hora de la verdad. Me levanto de la mesa, beso a mi abuela y la abrazo. ¡Cómo la quiero! Ella me lo devuelve aun pensando que no lo estoy haciendo bien; saludo a mi hermano, pero me gira la cara; beso a mi hermana y salgo de allí, pensando que puede que sea la última vez que los vea. Me marcho con el corazón en un puño y con una pena inmensa por lo que les he hecho y por lo que estoy a punto de hacer.

Me paro frente a la puerta de Lucía y pongo mi cara de «todo me resbala y soy un cabrón» y llamo a la puerta. Casi me desarma cuando abre y me mira. Se muerde el labio y se pone colorada, joder, es la mujer más bonita que he visto en mi vida… «Gaby, idiota, tienes que dejarla marchar» e, interpretando mi papel, entro en su piso sin darle un beso; sé que ella lo esperaba, pero si la toco no voy a poder llevar a cabo mi plan. La amo y la deseo demasiado como para mantenerme firme si mi cuerpo roza el suyo.

—¿Qué tal, Lucía? ¿Cómo os ha ido por Sevilla? —Me comporto de forma impersonal, ella parece contrariada.

—Bien… Y tú ¿todo bien?

—Claro, todo genial. —Si tú supieras, cariño.

—Me alegro… ¿quieres tomar algo?

—No, gracias, debo irme, mañana tengo que madrugar.

—Ah…, pensaba que te quedarías. —Me mata, sé lo que le ha costado decirlo y yo se lo voy a tirar a la cara.

—No puedo, mañana me voy de vacaciones. Me las han dado hoy y me voy unas semanas con Fernando a Londres. —Ahora sí que la he matado.

—¿Mañana? ¿A Londres, así de repente? Pero no me dijiste nada… yo pensé que… —Y ahora empieza la función.

—¿Qué pensaste, Lucía? ¿No me puedo ir de vacaciones? Fernando y yo lo hablamos hace meses; lo de coger las vacaciones

mañana mismo ha sido una sorpresa, pero muy bienvenida, eso es lo bueno de no tener ataduras, que no hay nada que te retenga; meteré cuatro trapos en una mochila y andando, ¡a la aventura!

—Claro, eres libre… —Me estoy cargando mi vida, estoy dinamitando su confianza; todo el esfuerzo que ha hecho para abrirse a mí se lo estoy pisoteando, la estoy humillando y siento que me muero.

—Pues sí… oye, el otro día me dijiste que tenías algo que contarme… —Me acabo de acordar de que me dijo que tenía que comentarme algo importante y, antes de pensar, ya se lo he preguntado, seré gilipollas.

—Ah, nada importante. —Se ha vuelto a cerrar, no me extraña, se ha quedado desarmada ante mi actitud pasota.

—¿Qué pasa, Lucía? —Necesito que estalle, que me insulte, que me grite, necesito su rabia.

—Pues no sé, pensé que tú y yo… después de lo de la otra noche y de lo que hablamos… —Ahí voy con toda la artillería pesada.

—Lucía, la otra noche follamos y estuvo bien, pero, ya me conoces, soy un culo de mal asiento. Tú tienes tu vida y yo la mía, tienes muchos rollos que solucionar y yo soy libre de hacer lo que quiera.

—Pero me dijiste…

—Te dije muchas cosas, pero, pensándolo fríamente, no tiene sentido nada de lo que dijimos. Mira, tú eres joven y yo también, nos divertimos y ya está… ¿No te habrías hecho ilusiones verdad?

—No…, pero… dijiste cosas… —Sí, mi muñeca, te dije que te quería y no sabes cuánto, mi amor, ahora más que nunca.

—Lucía, no te prometí nada y sabes que no tengo relaciones estables —Abre los ojos sorprendida.

—No te reconozco, estás distinto… pareces el Gaby al que conocí, frívolo, pasota, eres… —dice negando con la cabeza.

—Oye, para el carro, soy el que soy y, si tú te has imaginado otra cosa, el problema lo tienes tú. No puedes negar que lo pasaste bien conmigo, al menos puedes decir que por primera vez en 23 años te has corrido como nunca antes. —Me odio por lo que le estoy haciendo, pero no tengo otra opción.

—Eres un asqueroso, si yo hubiera sabido esto jamás me habría acostado contigo, ni siquiera me habría acercado a ti —me dice con desprecio, está a punto de llorar.

—No digas tonterías, la primera vez que te corriste conmigo lo hiciste contra una pared en Cielo, no te hagas la recatada ahora… —¡Plas!, me ha girado la cara, no esperaba menos, hora de irme o

me hundiré y, por mis amigos, no me lo puedo permitir.

—Vete de mi casa, no quiero volver a saber nada más de ti, eres un mentiroso, un desgraciado y un manipulador; me has defraudado. —Y ahora sí llora desconsolada, me está matando, estoy a un suspiro de cogerla entre mis brazos y decirle lo mucho que la amo y que me espere, que intentaré volver por ella, pero no puedo hacerlo… Tengo que cortar esto ya, tengo que salir de aquí.

—Oye, tú te has beneficiado de esto igual que yo. Pero bueno… si quieres que me vaya, adiós. Espero que te vaya bien.

—¡Fuera de mi casa, no quiero volver a verte nunca más!

Y salgo de su piso y de su vida. Bajo las escaleras de tres en tres y cuando llego al coche me falta el aire, me ahogo, me queman las entrañas por el daño que le he hecho. Su dolor es el mío. Noto las mejillas mojadas… son mis lágrimas, la amo con todo mi corazón, como jamás he amado y como jamás podré volver a amar. Lloro desconsolado hasta mi casa. Ahora tengo que centrarme, olvidar todo lo que me rodea. Mis chicos me necesitan y yo voy a estar ahí al 100 % por el bien de todos; esta misión suicida tiene que salir bien.

***

No me puedo mover, las lágrimas no me dejan ver y caigo de rodillas delante de la puerta. Gaby se ha reído de mí, me ha utilizado como ha hecho con tantas otras. He sido una estúpida. Me siento rota, tonta, desgraciada, utilizada. ¿Cómo he podido ser tan ilusa?, solo he sido un reto, una más para meter en su cama, nunca ha habido sentimientos. Me siento una cualquiera. Lo odio con toda mi alma. Ya no puedo soportar más dolor y humillación. Tengo que tomar una decisión de una vez por todas, encontrar una solución para mí y para Xenia. Necesito a mi hermana y a Mar. No puedo quedarme aquí sola, rodeada de SU familia y de SUS amigos, no son nada mío. Tengo que huir, marcharme lejos de su ambiente. Está decidido. Llamaré a mi hermana y volveré al pueblo, necesito olvidar este año y medio. He salido del pueblo y he visto mundo, un mundo que me ha engullido, me ha maltratado y me ha destruido. Voy a volver a lugar seguro, Xenia y yo necesitamos estabilidad y a partir de mañana empieza mi recta final en El Puerto de Santa María.

Capítulo 24

Ha pasado una semana desde que Gaby salió de mi vida. Las chicas y Sole vinieron al día siguiente a disculparse, se sentían responsables por haberme animado a iniciar algo con él y se han quedado destrozadas al saber que me voy.

Ya he hablado con Filo y tanto ella como Mar se han alegrado de mi vuelta. Les he contado lo de Manu, pero no lo de Gaby, y no lo voy a hacer, me avergüenzo tanto de lo que ha pasado… Me han dicho que puedo trabajar con ellas en el restaurante, se les ha ido una camarera y el puesto es mío. Ellas se encargarán de inscribir a Xenia en el colegio, es un colegio rural, por lo que no hay que hacer demasiados trámites.

Ha pasado casi un mes y ya tengo todo ordenado en cajas y el martes nos vamos. El camión de la mudanza vendrá a las siete de la mañana y nosotras podremos irnos con el transportista, pues son pocas las cosas que me tengo que llevar y el señor ha accedido a que vayamos con él en el camión.

Decidí acabar el mes de agosto aquí, pues sabía por Sole que Gaby no volvería en otro mes más por lo menos, así que me lo he tomado con calma. Tenía el mes de alquiler ya ado, por lo que he ido recogiendo con tranquilidad. El propietario del piso me ha devuelto la fianza y eso me ha dado un poco de desahogo. Estos últimos días me he levantado con el estómago revuelto, los nervios me están pasando factura.

Hoy es sábado y me encuentro fatal, he vomitado y me siento muy mareada. No entiendo qué me pasa. Me estiro a dormir un poco, estoy exhausta, cansada como si hubiera corrido un maratón, «igual que cuando estabas embarazada de Xenia», y me incorporo de golpe ante mi propio pensamiento… NO PUEDE SER, no, no, no. Tomaba la pastilla…, aunque, como Manu no me tocaba hacía semanas, las dejé. Pero su efecto duraba otro mes por lo menos, ¿no? Pues, por lo visto, no. ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Qué voy a hacer si estoy embarazada? Igual es cansancio, «sí claro, por eso no te ha venido la regla, estúpida», prefiero no adelantar acontecimientos. Aquí no puedo ir a la farmacia a buscar un predictor, se enteraría todo el barrio. Esperaré a llegar al pueblo. Lo hecho, hecho está; si estoy embarazada, ya me ocuparé… Estoy aterrada, vaya recuerdo me voy a llevar… Soy un desastre.

Esta tarde estoy esperando a las chicas para despedirme, mañana nos vamos y el malestar no ha cesado y la menstruación no me ha

venido, esto pinta mal.

Xenia ajena a todo, juega en el comedor.

Ya estamos todas sentadas: Sole, Paula, Marta y Cris. Estamos calladas, estoy rota de dolor por tener que dejarlas, las quiero mucho, son las únicas amigas que he tenido y las quiero con locura.

—Bueno, niñas, ya me estáis alegrando esas caras. Lucía va a emprender una nueva vida y nosotras que somos sus amigas, nos tenemos que alegrar por ella —Mi Sole…

—Tienes razón, Sole. Lucía, vas a estar bien. Xenia y tú vais a estar muy bien con Filo y Mar y cuenta con que vamos a ir a verte, ¿vale? —dice Paula. Me muero por contarles, pero no puedo.

—Cuento con ello chicas, os vamos a echar mucho de menos, habéis sido muy buenas con nosotras, como una familia nos habéis acogido y os estaré siempre agradecida. —Ya no puedo frenar las lágrimas.

—Eres una gran persona, Lucía, no sé cómo ese… —dice Cris con rabia.

—No, Cris, aquí la única culpable he sido yo. No tenéis que decir nada. He aprendido muchas cosas. Ya no soy la chica tonta e inocente que llegó aquí. —Y en ese momento me viene una arcada que hace que me levante como una flecha hacia el lavabo.

Casi no me da tiempo a llegar al váter y tampoco de cerrar la puerta. Vomito como la niña de *El Exorcista* y noto una mano sujetándome el pelo; Sole me ha pillado.

—Tranquila, mi niña, ya ha pasado, tranquila.

—Gracias, Sole, los nervios me tienen el estómago totalmente revuelto.

—Ven, cariño, lávate la cara. Tenemos que hablar.

—Ya estoy bien, solo ha sido una indisposición.

—Mira, Lucía, he estado embarazada y mi hija también, tres veces y sé reconocer los síntomas.

—No, Sole, yo no… ¡Ay, Dios mío! Sole, estoy aterrada, mi situación no podría ser peor.

—Pero, niña, si estás embarazada y supongo de quien es…

—No lo sé con seguridad. No me ha bajado la regla, pero creo que son los nervios, tomaba la pastilla. De todas maneras prométeme que esto quedará entre nosotras, seguro que es una falsa alarma y no quiero que nadie se entere. Prométemelo, Sole, por favor.

—Mi niña. —Y me abraza. ¡Cómo necesitaba este abrazo!—. Yo te lo prometo, pero prométeme tú a mí que, si estás embarazada, me lo dirás. Si lo estás, te guardaré el secreto, pero quiero saber si

voy a ser bisabuela.

—Vale. Pero no digas nada ni a las chicas ni a…

—Tranquila. No le diré nada a nadie. Venga, salgamos o los ángeles de Charlie van a entrar en bandada.

Y llega el martes y llega la despedida. Mi pequeña sabe que nuestra vida aquí se ha acabado, se aferra al cuello de las chicas y llora desconsolada. Todas lo hacemos. Es hora de partir, de dejar atrás esta vida que tanto me ha enseñado y me ha dado, hora de volver al lugar de donde quizá no debí salir. Me voy llena de amor, pero también con la sensación de haber fracasado. He conocido al amor de mi vida, ese que solo te llega una vez, el que te marca para siempre y te arrebata toda la cordura y el sentido común. También lo he perdido y me ha destrozado el corazón, pero me llenó de amor y felicidad mientras duró y puede que ese amor se materialice en una vida que, estoy ya casi segura, está creciendo dentro de mí. Por este hijo sé que no ha sido un error mi amor por Gaby, fue real e inmenso y, como esta historia la he vivido y la he sentido yo sola, esto también lo voy a hacer en soledad. Le mentí a Sole, nunca le confesaré que espero un hijo. Ella, por el amor que siente hacia su nieto, acabaría contándoselo y, aunque él seguramente no querría saber nada, ella le obligaría a dar la cara y no quiero eso. No lo quiero a mi lado. Me basto para cuidar de mis dos hijos, no necesito a un hombre. Por primera vez en mi vida me siento fuerte y voy a salir adelante.

Capítulo 25

Llego a la base vacío, como un autómata. He perdido a la mujer que más he amado en mi vida y voy hacia el lugar que ocupa mis peores pesadillas. Ya no me queda nada. Acabo de mentir a mi abuela, a mi hermano y a Lucía, el trabajo está hecho. Nadie me espera, nadie está sufriendo por si estoy vivo o muerto. He hecho lo correcto.

Me dirijo al despacho del general Soto. Una vez allí, me percato de que el dispositivo está muy avanzado, conozco al equipo que me va a acompañar, son buenos soldados.

A medida que avanzamos en los pormenores del rescate, mi seguridad aumenta y mi instinto se agudiza y, aunque intente negarlo, el soldado que hay en mí aflora, dándome fuerzas; he intentado no verlo, pero esto es lo que soy, y este, el mundo al que pertenezco.

Ultimar los detalles nos lleva todo el jueves. La hora de partida se fija para las 19:00. El equipo de rescate y yo partiremos en un helicóptero que no tomará tierra una vez en el punto A, sino que nos descolgaremos a unos 500 metros del lugar indicado. El helicóptero medicalizado nos esperará preparado para acudir a nuestra señal una vez que acabe la misión.

Esta mañana hemos recibido una señal muy débil de uno de mis hombres, por lo visto, los rebeldes no se han percatado de que uno de ellos llevaba encima el teléfono vía satélite y ha conseguido ponerlo en marcha. ¡Esos son mis chicos! La señal es discontinua y algo confusa, pero nos da una localización bastante exacta del paradero de mis amigos.

Nos preparamos con los uniformes de camuflaje y todo el armamento, sincronizamos nuestros relojes y subimos al helicóptero armados hasta los dientes. El viaje durará cuatro horas y once minutos. Todos estamos en silencio, es momento de reflexión y de concentración. He visto soldados que en estos momentos rezan; otros miran las fotos de su chica, hijos o incluso una revista porno; otros montan y desmontan sus armas; otros duermen; todo es válido, todo lo que te sirva para hacerte a la idea de dónde te vas a meter sirve. Yo prefiero pensar, repasar mentalmente el plan una y otra vez. No soy religioso, pero le pido a Dios que me ayude y me guie, que todo salga bien y que, si alguien se tiene que quedar allí, ese sea yo.

Repasando las grabaciones del satélite, hemos conseguido

averiguar qué fue lo que les pasó. Las dos tanquetas se dirigían hacia la aldea y una vez dentro cayeron en una emboscada: la primera tanqueta fue abatida por lo que creemos fue una mina terrestre, seguro que voló unos metros y caería envuelta en llamas, la segunda tanqueta se detuvo seguramente iniciando la retirada marcha atrás, pero sería bloqueada por un camión… y aquí es cuando suponemos que los apresaron. Desconocemos si hay supervivientes de la primera tanqueta y desconocemos el paradero de los de la segunda, donde iban mis chicos. Y también desconocemos si están vivos.

El piloto nos anuncia que en quince minutos llegamos a nuestro destino. Los nueve nos preparamos para el descenso, el helicóptero empieza a descender y empezamos a descolgarnos uno a uno.

Cuando todos tomamos tierra, nos dividimos en dos grupos. Es noche cerrada y la luna ha quedado tapada por densas nubes que amenazan lluvia. La aldea está formada por una veintena de casas; a simple vista, solo observamos una calle con viviendas a ambos lados. El equipo Alfa, liderado por Jiménez y cuatro soldados más, se colocan en el lateral izquierdo, el equipo Beta, liderado por mí, vamos a adentrarnos por el lado derecho.

Hago una señal a mis hombres: tres, dos, uno, ahí vamos…

Entramos en la primera casa, está vacía; salimos y entramos en la siguiente, también vacía. Son casas sencillas. Esta gente vive con lo mínimo, en una sola habitación pueden vivir hasta doce personas, son familias humildes y muy numerosas. Viven aterrorizadas por los rebeldes que les roban lo poco que tienen y violan a sus mujeres e hijas por sistema y no pueden hacer nada en contra de ellos, no se pueden defender. Por eso actúan los cascos azules. Nosotros les limpiamos el camino para que ellos puedan ayudarlos y llevarlos a los campos de refugiados. Allí esta gente es tratada con bondad y respeto por primera vez en su vida; cuando nosotros y los cascos azules entramos en acción, la voz se corre como la pólvora y, cuando llegamos a una aldea, nos agasajan con lo poco que tienen como agradecimiento a nuestra ayuda, esta gente te llena el corazón de ternura.

Cuando entramos en la tercera casa, un ruido llama mi atención, hago una señal a mis hombres para que se detengan y observo una caja en un rincón de la estancia, dentro hay una especie de manta y veo cómo se mueve; por experiencia y sentido común sé que no es un rebelde. Le hago señas al cabo para que se acerque conmigo, pues es el único que habla sirio; se acerca murmurando palabras de tranquilidad e informando de quiénes somos. Poco a poco se

levanta la manta y aparece una mujer joven con un bebé en brazos, joder, está aterrada. Le tiendo mi mano y ella la acepta. No se fía de nosotros y no la culpo, el miedo que veo en sus ojos me parte el alma; le sonrío para tranquilizarla y, cuando ya está frente a mí, hace algo que me deja fuera de juego: me abraza y me murmura en sirio: —Llévenos, llévenos, niño, niño… —Y me tiende el niño.

—Tranquila, estás segura y vendréis los dos: el niño y tú —es de lo poco que sé decir en su idioma y ella parece entenderme porque asiente con la cabeza.

—Gómez, quédate con ella —y entonces me mira y me habla. Miro al cabo para que me traduzca.

—Capitán, dice que hace unos días hubo una explosión en la calle y los rebeldes se llevaron a unos soldados a la casa marrón y que desde entonces nadie ha venido. Dice también que…, joder…, dice que ha oído gritos y lamentos… Mierda. —No esperaba menos de esos cabrones.

—Bien, tenemos que seguir. Gómez, espera aquí con ella, vendremos a buscaros. Muchas gracias y tranquila, os sacaremos de aquí.

Y seguimos con la inspección. Cuando me asomo por la ventana, puedo ver la casa a la que se refiere la chica. Es la más grande de la aldea: tiene dos plantas, dos ventanas en la planta baja y un balcón en la planta superior. Tiene una especie de torre en el tejado. Me pongo en contacto con el equipo Alfa:

—Beta a Alfa…, objetivo localizado. Casa marrón. Dirigiros allí. Nos reunimos en la casa colindante. Cambio y corto.

—Recibido, Beta. Corto

Y ahora los cuatro nos disponemos a cruzar la calle, es el momento más peligroso, pues por unos segundos quedamos expuestos. La calle tiene unos diez metros de ancho; me quedo para cubrirlos mientras ellos cruzan de uno en uno. Cuando me dispongo a cruzar, una bala me pasa rozando el hombro, a continuación un disparo y al girarme veo a un rebelde muerto en el suelo. Gómez me acaba de salvar la vida. Joder, me ha salvado un piolín de apenas 22 años. Le hago una señal de agradecimiento y cruzo la calle.

Una vez en la casa colindante, nos reunimos los dos grupos. Ellos han abatido a cuatro rebeldes, ya son cinco menos. Trazamos el plan de ataque, hemos asegurado la retaguardia, pero va a ser una extracción peligrosa, no podemos fallar, solo tendremos una oportunidad antes de que esta aldea se llene de enemigos. Una vez dentro de la casa, tenemos que matar a todo civil que nos encontremos, pues serán los rebeldes que estarán atrincherados

dentro.

Optamos por dejar a tres en la retaguardia, tenemos a un francotirador apostado en la ventana de la casa donde hemos encontrado a la chica, así que somos cuatro los que nos adentramos en la vivienda. Yo encabezo el grupo. Pasamos de un tejado a otro con relativa facilidad, esos gilipollas se han confiado y no han apostado allí a ningún centinela. Entramos por una trampilla que hay en el techo. Una vez dentro vemos unas escaleras que van hacia abajo. Nos ponemos las máscaras y tiro una bomba de humo, entonces empieza la fiesta.

Mis muchachos no fallan uno y yo tampoco, matamos a los siete que están reunidos en esa habitación, hemos hecho el suficiente ruido como para despertar al resto de los criminales; ahora hemos perdido el factor sorpresa y la cosa se pone cruda.

Bajamos por las escaleras de uno en uno, disparando y matando a todo el que aparece, al llegar a la planta baja comprobamos que la zona está despejada y nos agrupamos, pero aquí no hay nadie… ¿Dónde cojones están?, ¿acaso la chica se ha equivocado?. Decido comunicarme con Gómez para que le vuelva a preguntar y entonces me dice que ella conoce la casa y comenta que hay un sótano.

Buscamos por el suelo y localizamos una trampilla bajo una alfombra mugrienta, cuando nos disponemos a abrirla, se abre de golpe y un rebelde grita algo en sirio mientras dispara a diestro y siniestro; antes de ser abatido, alcanza a uno de mis hombres que cae muerto en el acto con un tiro en el pecho. Me cago en la puta, no hay tiempo, mis hermanos están ahí dentro, eso es lo más importante. Silencio.

Esperamos a que salga alguien más de la trampilla, pero no sucede, y de pronto un grito llama nuestra atención:

—¡¡¡¡Eeeeeeeh!!!! ¡¡¡¡Estamos aquí!!!! No hay ningún rebelde, bajad ya, atajo de cabrones. —Es Fausto y el corazón empieza a irme a mil.

Bajo deprisa, impaciente y acojonado por lo que pueda encontrarme allí y no es para menos, la imagen que tengo delante es penosa: todos están encadenados de manos y pies y atados a la pared: Fausto está de pie, ensangrentado, pero parece estar bien; me fijo que de rodillas está Pepo, que me sonríe, tiene sangre seca por la cara y un ojo completamente hinchado y cerrado. Rico está en el lado opuesto de la habitación, tendido en el suelo pero consciente, aunque respira con dificultad y el corazón se me paraliza cuando veo a José inmóvil, pálido, inerte, tiene la cabeza apoyada en las piernas de un chaval que llora completamente superado por la

situación, Suarez. Están todos. Gracias Dios.

Mis hombres empiezan a cortar las cadenas y poco a poco los van liberando. Yo voy junto a José, el chico que le sostiene la cabeza me informa de su estado entre lágrimas.

—Lleva un día inconsciente. Le dieron un fuerte golpe en la cabeza, respira trabajosamente y su pulso es muy débil.

—Tranquilo, muchacho, vamos a salir de aquí. ¿Los demás estáis bien? ¿podéis caminar? —La adrenalina va a hacer que me explote el corazón.

—Sí, Gaby, pero no corráis, estos cabrones se han cebado con nosotros —me dice Rico.

—Gómez, ponte en contacto con los helicópteros, la zona está despejada, que aterricen en la calle, tenemos cinco heridos, una civil, un bebé. Volvemos quince. Corto.

—Recibido, capitán.

—Vamos a ir saliendo poco a poco. Con esa puerta vamos a improvisar una camilla para José, utilizad el saco aquel para inmovilizarle el cuello y no se loováis.

Hora de pirarse, no ha habido ni un solo tiro afuera, todo está despejado, pero hay que darse prisa, los tenían aquí retenidos porque estaban esperando un transporte para trasladarlos a las montañas. Por lo que me cuenta Fausto, han tenido algún tipo de problema debido a las lluvias torrenciales de los últimos días y el camión se ha retrasado; gracias a ese percance, la misión va a ser un éxito.

Salimos todos como podemos de la casa y ya oímos el helicóptero, esto va a salir bien, tiene que salir bien… Mi compañero y la mujer con el bebé se reúnen con nosotros y, justo en ese momento, no sé de qué agujero, sale un cabrón con un fusil de asalto y dispara, me giro y le pego un tiro entre ceja y ceja. El tiempo se detiene, no veo a quién ha dado, miro a mis chicos y no parecen heridos y entonces veo cómo la chica que iba cogida a Gómez empieza a caer, y el bebé con ella, joder… Me acerco a tiempo de evitar que el niño caiga al suelo junto con la madre. Está muerta, pobre mujer. Cojo al bebé en brazos lo mejor que puedo y lo aprieto contra mi pecho, la pobre criatura llora desconsolada. El hombro me está matando.

El helicóptero aterriza y nos apremian a subir, el piloto ha visto dos camiones que se dirigen hacia aquí a un quilómetro de distancia, nos apresuramos; una vez dentro, el médico atiende rápidamente a José y lo monitoriza. Yo me siento con él aún con el bebé en brazos. Hostia puta, no se despierta, y entonces empiezo a

ver borroso, me quema el hombro, todo se pone oscuro, todo se ha acabado…

—¡Capitán, capitán…!

Capítulo 26

Llevo un mes aquí, en Pedraza y me siento… bien. Tranquila, esperanzada y también resignada. Abrazo mi nueva vida con ilusión, yo ya no importo. Hay una persona que depende de mí y se lo voy a dar todo, no le va a faltar nada. Tengo que ser optimista. Trabajo de camarera en el restaurante de mi hermana, me lo combino para poder estar con Xenia y estoy rodeada de gente que me quiere, no puedo pedir más. Bueno… tengo que pedir que el bebé que llevo en mi vientre nazca sano. Sí, al final, no eran nervios ni estrés, estoy embarazada de dos meses y me siento feliz.

Cuando llegamos a Pedraza, mi hermana y mi cuñada nos recibieron con besos y abrazos y me sorprendieron con una casita preciosa que habían alquilado para nosotras. No es muy grande, pero tiene un bonito patio delantero en el que Xenia prácticamente vive.

Cuando ya estuve instalada, con la excusa de comprar algunas cosas, cogí el autobús hacia Segovia, necesitaba saber con seguridad si estaba embarazada. Entré en un bar y allí en un lavabo diminuto y bastante falto de higiene, me hice la prueba. Cuando vi las dos rayitas, me quedé paralizada mirando aquel aparato que me estaba diciendo: «¿Qué te parece, Lucía? Pensabas que el destino no te podría sorprender más, ¿eh? JA, JA, JA».

Tardé bastante en salir del baño, iba como una zombi, pensando en la repercusión que iba a tener en mi vida ese embarazo y de pronto me detuve… «Lucía, es tu hijo, fruto de tu amor por el hombre de tu vida, es un regalo, un recordatorio de que has vivido el amor verdadero» y, desde ese día, veo las cosas de otra manera, intento ser positiva, aunque cuando me quedo sola o cuando me meto en la cama, mi mente vuela y lo veo a él, su cara, sus ojos y me doy el lujo de recordar sus caricias y sus besos, aunque sé que jugó conmigo y lo odio por ello no puedo evitar amarlo con todo mi corazón. Cada noche acabo llorando por lo que podría haber sido y no fue. Por haber perdido mi lugar seguro, mi lugar favorito en el mundo: él.

Pronto empezaré a engordar y tengo que decírselo a Filo y a Mar, así que las invito a merendar.

—Cuñada, la casa te ha quedado preciosa.

—Mar, la casa ya era preciosa. Xenia y yo estamos muy a gusto aquí. No entiendo cómo es tan barato el alquiler.

—Hermana, aquí todos nos conocemos y nos ayudamos en lo

que podemos. Timoteo adora esta casa; sabes, era de su difunta mujer y quería tenerla cuidada. Pobre hombre, ¡si hasta nos da las gracias por cuidársela!

—Pobre Timoteo, un día de estos le invitaré a tomar un café.

—Bueno… ¿Todo bien? —Mi hermana siempre tan aguda.

—Sí, sí, todo bien, pero es que…, uf, no sé cómo contaros todo esto…

—¿La ayudamos, Mar? —Se miran y asienten sonrientes—. Mira, cariño, lo sabemos todo. Sole nos ha tenido informadas todo este tiempo.

—¿Qué? ¿Sole? ¿Cómo es que la conocéis? ¡No entiendo nada!

—A ver, solete, ¿tú crees que tu hermana y yo te íbamos a dejar sola sabiendo cómo es el imbécil de Manu? Sabíamos que no nos contabas la verdad, así que buscamos una aliada y ¡menuda aliada es la Sole!

—Pero… ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Verás, cuñada, un día que hablamos contigo, nos comentaste que ibas a salir y que Sole se iba a quedar en tu casa con Xenia, así que volvimos a llamar cuando tú no estabas y hablamos con ella.

—Vaya…

—Hermana, sabíamos que las cosas con el pelele de tu marido no iban bien, te conocemos. Así que como no soltabas prenda, decidimos intervenir. Sole entendió nuestra preocupación y nos estuvo contando…

—No me dijo nada.

—Se lo pedimos nosotras, cielo; nos tenías preocupadas y estábamos muy lejos y sin posibilidad de vernos, no tuvimos otra opción. Nos contó cómo estabas con Manu, que habías conocido a alguien, pillina, y que era su nieto. Hablaba maravillas de él…, pero también sabemos que no salió bien.

—Por eso sabías que venía, por eso ya me teníais preparada la casa… lo siento, no sabía cómo contaros todo…

—Cielo, no pasa nada. Lucía, tu hermana y yo te hemos apoyado desde la distancia. Sentimos mucho que ese Gaby acabara siendo un capullo, aunque no sé… hay algo en esta historia que no me cuadra.

—Mar, cariño, no empieces. Mar cree que Gaby oculta algo, que realmente te quería, pero algo pasó… Tonterías, es un capullo. Pero ya estáis aquí con nosotras, te vamos a cuidar y vamos a hacer que remontes, que superes esa pena que vemos en tus ojos.

—Ay, hermana…, lo quise tanto… Mientras duró estuve como en una nube. Era guapo, atento y… bueno…, era maravilloso en todos los sentidos, hasta que de golpe me bajó al suelo —Y rompo a

llorar desconsolada, ya no puedo ocultarles nada más.

—No llores, cariño, estamos las cuatro juntas y vas a reponerte, el tiempo lo cura todo. Borrón y cuenta nueva, eres joven y… —Mar me abraza mientras me consuela.

—Estoy embarazada.

—¿¡Quéééé!? —dicen al unísono.

—Sí, de dos meses.

—Otro sobrino… porque suponemos que lo vas a tener…

—¡Claro! Aunque Gaby me haya utilizado y me haya engañado, mi amor por él fue real y quiero a este bebé.

—Ay, mi niña… ¡Claro que sí! A ver si viene un machote, que ya somos muchas mujeres aquí.

—Tenéis que prometerme que no le diréis nada a Sole, si es que aún estáis en contacto con ella.

—Sí que seguimos en contacto, pero si no quieres, no le diremos nada, la decisión es tuya, pero la mujer está muy preocupada por ti. Desde que has llegado no la has llamado y eso no está bien.

—Lo sé, pero ahora que lo sabéis vosotras, me siento más tranquila y más fuerte para llamarla y hacerle frente al problema.

—Pues no lo retrases más, llámala. Nosotras nos vamos. Hasta luego, cariño

—Vale. Muchas gracias a las dos. Os quiero.

—Y nosotras.

Llamo a Sole y está encantada de oírme; sé que he tardado demasiado, pero necesitaba tiempo para asimilar la noticia del embarazo y así poder mentirle. Ella me pregunta sin tapujos si estoy embarazada y yo le miento sin tapujos también. Me siento mal mintiéndole, pero me juego mucho. Este bebé es solo mío, porque en esta historia solo yo he amado. Hablamos de las chicas, del barrio y cuando me menciona a Gaby le digo que no quiero saber nada de él, aunque me muera de ganas; ella me entiende y quedamos en llamarnos cada semana para no perder el contacto.

Capítulo 27

Llevo un mes ingresado en el hospital de campaña, a cinco mil quilómetros de mi casa, de mi familia y de la mujer a la que amo.

Estuve inconsciente cuatro días, he tenido que hacer reposo sin poder salir del hospital y dentro de unos días tengo que empezar con la rehabilitación. Me toca los huevos tener que estar aquí, pero es lo que hay.

José aún no ha despertado, está en coma inducido. Los golpes que le dieron esos cabrones en la cabeza le han provocado una inflamación en el cerebro y tiene que remitir sola. El pronóstico no es muy halagüeño, pero hay esperanzas. Los otros chicos se encuentran bien, tenían contusiones, costillas rotas y Pepo tiene una lesión importante en el ojo, pero creen que, con la operación que le van a hacer, quedará como nuevo.

Me parece mentira que todo haya pasado y haya salido bien, aunque tengamos que lamentar la muerte de dos de mis hombres y la de la civil. El bebé está sano. Es el juguete del hospital, lo trajeron aquí porque insistimos y, si podemos, se vendrá a España con nosotros, ya es nuestro chaval.

Ahora mismo lo tengo en los brazos. Está muy guapo, come como un mulo y es un zalamero. Los médicos dicen que tiene un año aproximadamente. Es un superviviente y merece una vida mejor. Se ha quedado frito abrazado a mí.

Desde que estoy aquí perdiendo el tiempo como un gilipollas, he pensado mucho y creo que me equivoqué, me precipité al dejar a Lucía, tendría que haberla dejado elegir. Le hice un daño irreparable. Me duele en el alma esta situación, la quiero y la he perdido, he sido un gilipollas. Mi instinto protector me ha traicionado esta vez, he pensado y decidido por ella y la he cagado pero bien.

—¡Eh, cabronazo! ¿cómo va la cosa? —Fausto tiene un altavoz en el cuello.

—No grites, mamón, que Abel se acaba de dormir.

—Vale, vale. He venido a decirte que Pepo entra mañana al quirófano, a ver si Falconetti se libra de esta.

—Sí, me gustaría poder regresar pronto todos juntos a España.

—¿En serio te estás planteando adoptar a Abel?

—Sí, esta misión me ha abierto los ojos. No voy a volver a ser soldado, pero el general Soto me ha ofrecido un puesto de instructor en la base y creo que lo voy a considerar. Quiero enderezar mi vida

y creo que Abel y yo nos podemos ayudar mutuamente.

—Joder, Gaby, un hijo es algo muy serio; a ti te gusta salir, las mujeres…

—Eso se acabó. No quiero esa vida. Ahora solo quiero centrarme y darle un hogar a este chavalito.

—Te he dado fuerte lo de Lucía. Todavía no entiendo cómo pudiste comportarte así con ella.

—Ni yo Fausto, ni yo…, pero a toro pasado se ve todo diferente.

—Bueno, no sirve de nada lamentarse. Otro asunto, capitán, creo que tendrías que pedir permiso al general para llamar a tu hermano. Te va a cortar los huevos si no le cuentas lo de José, ya lo has retrasado suficiente.

—Ya lo sé, ayer me llamó y me dijo que si quería él mismo los traería, pero no sé… va a sufrir tanto; si espero un poco a ver si se recupera, le ahorraré el sufrimiento de verlo en coma y…

—Oye, macho, tú no puedes decidir por la gente. Se quieren y, si Blay quiere estar aquí con José pasándolas putas, es decisión suya, no tuya. No la cagues con Blay también. Llámalo. No entiendo cómo siguen tragándose la trola de tu estancia en Londres.

—Fernando es muy convincente, él habló con mi abuela y con Blay y les dijo que necesitaba más tiempo y se lo han tragado hasta ahora. Pero tienes razón, tengo que dejar de tomar decisiones por la gente, eso no me ha ido nada bien hasta ahora.

—Llámalo, no lo retrases más. Cuando José se despierte, querrá tener a Blay a su lado.

—Tienes razón, tío. Anda, hazme el favor de llevarte a Abel un ratito, que lo voy a llamar antes de que me arrepienta.

—Eso está hecho, me lo llevo a dormir a otro lecho, ja, ja, ja.

Respiro profundamente y llamo a Blay, le cuento toda la historia y rompe a llorar como un niño, después se encabrona y me llama de todo y luego se tranquiliza y me da las gracias por ir a salvar a su novio. Con mi abuela sucede tres cuartos de lo mismo, pero ella me promete una colleja histórica cuando me vea. Mañana saldrán hacia aquí. Si todo sale bien, al mediodía tendré mi colleja.

A las 15:35 del día siguiente, aterriza el helicóptero que trae a mi familia. Las enfermeras me han autorizado a levantarme para ir a recibirlos, todos menos José estamos allí.

Mi abuela es la primera en bajarse y viene hacia mí llorando, me abraza y me doy cuenta de lo mucho que necesitaba su abrazo, después me mira muy seria y ¡zas!, joder, qué colleja, cómo pica…

—Joder, Sole, cada vez las das más fuertes.

—Es la práctica, como no paro de darlas, cada vez son más

perfectas. Hola, mis niños, ¿estáis bien? —Y besa y abraza uno a uno a mis amigos.

—Hermano

—Blay. —Y nos fundimos en un abrazo. Sé que lo que más quiere en este momento es ver a José y he pedido un pase especial para que pueda estar con él todo el tiempo que quiera.

—Vamos, Blay, vamos a ver a José, el médico nos espera para hablar contigo e informarte de su estado.

—Sí, por favor, me muero por verlo.

Y los tres nos dirigimos a la UCI del hospital.

Los días pasan. Pepo va a recuperar su ojo y hoy van a despertar a José. Lleva dos meses en coma. La inflamación ha desaparecido. Hay riesgo de daño cerebral, nos hemos estado preparando para eso durante un mes.

Hemos decidido quedarnos todos aquí hasta que José se recupere, volveremos juntos, José nos necesita y aquí nos vamos a quedar para él.

Sole estuvo aquí dos días, tenía que volver con Cloe. Conoció a Abel y le pareció genial la idea de que lo adopte, se puso loca de contenta, ese era el empujón que me faltaba, ya he iniciado los trámites, burocracia para que pueda viajar a España básicamente, ya que al ser huérfano no he tenido ningún problema en adoptarlo. Allí Abel tendrá una nueva vida y yo también.

Hace dos días que le retiraron el respirador a José, respira por él mismo, pero no despierta, el médico nos ha dicho que es normal, que puede tardar unos días, pero se está haciendo eterno. Mi hermano no se despega de su lado, he conseguido un catre y se lo he puesto al lado de la cama de José.

Hoy ha accedido a ir a comer conmigo para celebrar que me han dado el alta, aunque tenga que hacer rehabilitación cada día.

—Blay, vámonos, solo vamos a estar fuera un par de horas, vamos a comer y volvemos.

—Vale, vale, chicos, cualquier cosa me llamáis y vengo cagando leches, ¿ok?

—Que sí joder —le dice Rico, que será el centinela de José junto con Fausto y Pepo— Vete ya.

—Vale, hasta luego.

Por fin ha salido del hospital. Estamos en Zarqa, una ciudad de Jordania preciosa, el hospital está en las afueras, por lo que cogemos un *jeep* para movernos.

Por fin, sentados en el restaurante, podremos tener una conversación decente.

—Bueno, Blay, ¿cómo te sientes?, la verdad.

—Pues…, uf…, cansado, agobiado, triste; cuando veo a José así…, se me parte el alma. ¿Y si no despierta, Gaby? ¿Qué voy a hacer sin él?

—Tranquilo, hermano, todo va a salir bien, ese tiene la cabeza dura, lo conozco bien, sé que va a salir de esta, ya lo verás.

—Quiero creerte y tener esperanzas, pero pasan los días y su estado no cambia.

—Sé que es difícil, pero no puedes perder la esperanza. En cuanto despierte, nos largaremos de aquí, no te puedes hacer una idea de las ganas que tengo.

—Ya me lo imagino. Necesito distraerme, así que hablemos de ti. ¿Te ha dicho algo la abuela? —Qué capullo.

—¿Algo de qué?

—De Lucía.

—No. Ni yo le he preguntado. No he creído que fuera adecuado, dadas las circunstancias.

—Ya… y… ¿quieres saber o no?

—No lo sé, Blay, he tenido mucho tiempo de pensar y creo que la cagué del todo. Le hice daño y espero poder arreglarlo cuando vuelva.

—Gaby, no sé cómo decirte esto, pero Lucía se ha marchado; lo siento hermano.

—¿¡Cómo!?¿Dónde?

—Pues ha vuelto a su pueblo. Ella y Xenia, pasaron el mes de agosto en El Puerto de Santa María porque sabía que tú no ibas a regresar, pero en septiembre se fueron.

—Joder.

—Estaba destrozada, Gaby, la vi unas cuantas veces después de tu marcha y parecía una muerta andante, pálida, con ojeras…

—Calla joder… No tengo perdón, sabía que le haría daño, pero lo hice por su bien.

—¿Por su bien o por el tuyo? Creo que lo hiciste por ti y fue un error, le has destrozado la vida.

—Solo pensé en ella, lo hice para que no se quedara esperándome, que no sufriera por mí. Prefería que me odiara a dejar que sufriera una espera que podía acabar mal. Ella tenía una vida, un matrimonio al que dedicarse y yo no podía ofrecerle nada, no podía apoyarla ni cuidarla. Le prometí que estaría a su lado cuando decidiera dejar a su marido…, pero, como no podía mantener mi promesa, preferí hacerle creer que ella no me importaba nada y que había sido una más para mí. Pero me

equivoqué, debí dejar que decidiera si quería seguir conmigo y esperarme, arriesgarse por mí; tomé la decisión errónea, la peor para los dos, porque yo también he sufrido lo indecible, te lo aseguro.

—Lo sé, hermano, lo veo en tus ojos. Tu instinto protector te ha jugado una mala pasada.

—Pero… no entiendo una cosa, has dicho que Lucia y Xenia han vuelto al pueblo, pero no has mencionado al gilipollas de su marido.

—Gaby, Manu dejó a Lucía semanas antes de irte tú ¿No te lo dijo?, no lo entiendo…

—¿¡Quéé́é!? ¿Pero qué dices? Joder, Blay, no lo sabía, ¿Cómo ella no me dijo nada? No lo entiendo… —Y entonces viene a mi cabeza que me dijo en un par de ocasiones que tenía algo que decirme—. ¡Hostia puta! Me dijo que tenía algo que contarme, pero no se dio el momento… Me siento una mierda, ella debía estar feliz de verse libre para estar conmigo y voy yo y se lo tiro todo a la cara, soy lo peor. —Y noto, por segunda vez en mi vida, cómo las lágrimas mojan mis mejillas—. La he perdido, hermano, he perdido a la mujer a la que amo.

—Bueno…, desde aquí no puedes hacer nada. Tranquilo, tú no lo sabías; esa información agrava la situación, pero ella tendría que haber buscado el momento y contártelo. Lo siento, Gaby, lo siento mucho. —Intento tranquilizarme.

—Cuando vuelva veré por donde saco la cabeza. Aquí tenemos problemas que requieren de toda mi atención. Bueno, vamos a comer.

—Ah, y para que lo sepas, cuando volvamos, las chicas te van a castrar.

—Las que faltaban, tendré que aguantar el chaparrón, lo merezco.

Me acabo de quedar de piedra. Lucía se ha marchado, lo ha dejado todo: Xenia iba a empezar el cole; ella, a trabajar; el gilipollas, liquidado; y voy yo y meto la pata hasta el cuello. Le he destrozado la vida. Pero como que me llamo Gabriel Villa que esto lo tengo que arreglar.

Cuando llegamos al hospital vemos que Fausto está en la puerta, parece nervioso, ¿Qué ha pasado?

—¡Cuánto habéis tardado joder!

—¿¡Pero qué pasa!? —pregunta mi hermano histérico.

—Se ha despertado, Blay, ¡se ha despertado!

—¿¡Cómo está!? ¡dime algo, por Dios!… —Hemos empezado a

correr hacia la UCI.

—No lo sé, en cuanto lo he visto abrir los ojos he salido de la habitación para avisar al médico y he bajado a ver si veníais.

—Que esté bien, por favor… que esté bien… —va murmurando mi hermano.

Cuando llegamos a la habitación, vemos a Pepo y a Rico que están en el pasillo.

—Tranquilos, el médico está con él; entra Blay.

Y nos quedamos allí los cuatro esperando a saber algo.

A los quince minutos más largos de mi vida, sale Blay llorando a lágrima viva y se abraza a mí. Se me encoge el corazón. Blay no dice nada, solo llora y yo me temo lo peor.

—Blay, por favor, tranquilízate, ¿qué pasa?, ¿está mal? Habla por favor…

—No, no. —El llanto no lo deja explicarse y, con los nervios desbordados, me meto en la habitación y entonces veo a José con los ojos abiertos, me mira y… me sonríe, ¡y joder con mi puta vida!, vuelvo a ponerme a llorar. Me acerco a él y lo abrazo. Se acabó, veo al médico sonreír y entran mis compañeros, todos acabamos llorando en torno a la cama de mi cuñado; la situación es hasta cómica, seis hombres como seis torres llorando a lágrima viva, pero hasta hombres tan grandes y curtidos tenemos corazón.

El examen médico confirma que José se encuentra en perfecto estado, sin secuelas y cuando recupere la fuerza física, nos largamos cagando leches de este puto país.

Capítulo 28

Ya estamos en el avión que nos lleva a España. Hace un mes que José se despertó, se ha recuperado muy rápido; las ganas de salir de aquí le han dado fuerzas y, por supuesto, tener a mi hermano a su lado. Hice lo correcto, ha sido precioso ver el amor que se tienen, me alegro por ellos, ¡hasta han hablado de boda! Volvemos a estar todos juntos, nos hemos salvado de esta, pero ¿tendrán tanta suerte la próxima vez? Prefiero no pensar en eso ahora. Tengo problemas más graves a los que enfrentarme en cuanto pise suelo español.

He salvado a mis amigos, he cuidado y velado por ellos, pero ahora me toca a mí. Ahora me voy a dedicar en cuerpo y alma a mi vida, a este niño que ahora es mi hijo y a mi destino.

Llevo más de cuatro meses fuera de España, pronto será Navidad. El viaje se hace largo, pero al fin tomamos tierra en la base. De allí a José se lo llevan para el hospital, quieren hacerle un reconocimiento médico, resonancia magnética y un montón de pruebas más. Blay se va con él, por supuesto, y los otros seguimos nuestros caminos por separado.

Un transporte de la base nos lleva a Abel y a mí directamente a casa de mi abuela, me muero por verlas, a ella y a Cloe… Bueno, a Paula y a Marta también, aunque sé lo que me espera; quizá se ablanden un poco cuando vean a Abel. Se ha dormido en el coche, pobrecito, está rendido.

No puedo evitar mirar hacia la puerta del piso de Lucía ahora vacío, qué putada. Entro en casa de mi abuela como siempre, para darle una buena sorpresa; ella no sabía que viajaríamos hoy, no quisimos decirle nada, pero, antes de hacer mi grito de guerra, dejo a Abel en la habitación de Cloe, para no romper su sueño.

¡¡¡Soleeee!!! —Y oigo un golpe, me voy corriendo para la cocina y la veo con una cara de mosqueo… A tomar por culo las croquetas.

—¿¡Pero quién te crees que eres, David Copperfield!? ¿Cómo apareces así, me quieres matar? Ayyyy, mis croquetas…, pero bueno, ¡qué alegría mi niño! ¿dónde están Blay y José? ¿Y mi biznieto?

—Blay se ha ido al hospital con José, tienen que hacerle la puesta a punto y a Abel lo he dejado en la habitación de Cloe para que siga durmiendo; ya estamos todos aquí, abuela, ya se ha acabado la pesadilla. —Y la abrazo fuerte.

—Sí, cariño, hemos sufrido mucho estos meses. Cloe llegará en

un rato, vamos a sentarnos. Tenemos que hablar.

—Vale, siento lo de tus croquetas.

—No pasa nada, me alegro tanto de verte que las croquetas me dan igual. —Y nos sentamos en el comedor.

—Quiero decirte que estoy muy orgullosa de ti, eres un valiente y un gran amigo, pero también un imbécil inconsciente y un idiota.

—¡Vaya, abuela, gracias!

—Acudiste en ayuda de tus amigos sin pensártelo, pero lo que hiciste con Lucía no tiene perdón, aunque conociéndote, sé que tenías un motivo para hacerlo. ¿Me lo explicas?

—Claro, abuela, mis amigos hubieran hecho lo mismo por mí, somos hermanos. Y lo de Lucía… pues en ese momento, hundido como estaba con la noticia del rapto, me pareció que lo mejor era alejarla de mí. Yo pensé que no volveríamos, abuela, estaba acojonado. No quería que sufriera… Sé que la cagué, pero en aquel momento me pareció que era lo mejor. Lucía no me había dicho que lo había dejado con Manu, me lo contó Blay en Jordania. La cosa está más complicada de lo que pensaba y ella se ha ido… No sé cómo arreglar esto, de verdad que no sé por dónde empezar.

—Ya has empezado, cariño. —Y me coge las manos; últimamente estoy de lágrima fácil y estoy a punto de llorar otra vez—. Estás viendo el error que cometiste, el daño que le causaste y por lo que veo también estas dispuesto a enmendarlo, ¿no es así?

—Sí, estoy dispuesto a arrastrarme por ella. La quiero.

—Y ella a ti, pero no te castigues tanto, ella tendría que haberte dicho lo de Manu. Actuaste mal, pero no fuiste egoísta en absoluto, solo tomaste una mala decisión. Este viaje te ha cambiado, Gaby, has madurado, ¡hasta has adoptado a un niño! Eres padre, Gaby, y eso te hace muy grande; querer darle una vida mejor a ese pequeño dice todo lo inmenso que es tu corazón.

—Sí, abuela, pero ella no está…

—Corazón…, has viajado 5000 kilómetros para salvar a tus amigos, ¿no vas a viajar 700 para llegar hasta ella?

—La distancia no se me pone por delante. 70 000 kilómetros haría a pie si hiciera falta, pero ella no va a querer saber nada de mí, está dolida, la humillé tanto… —Abro los diques y vuelvo a llorar… Joder, sí que he cambiado, sí…

—No lo sabes, necesitas respuestas y solo ella te las puede dar; el no ya lo tienes. Lucha, Gaby, no te arrepientas toda la vida de no haber luchado por ella. Cuando seas mayor y mires atrás, que te arrepientas de lo que hiciste, pero que nunca te tengas que arrepentir de lo que no hiciste. Ve a verla, yo me quedo con mi

biznieto encantada. La semana que viene es Navidad y Cloe me ayudará con Abel, está como loca por conocerlo.

Y en ese instante oímos a Abel llorar. Corro hacia la habitación de Cloe, debe estar asustado y en ese instante también entra mi hermana y se queda de piedra ante la escena. Me besa, lo besa y llora de alegría, es tía y está loca de contenta.

Decido enviar un whatsapp a Paula para que suban y creo que estaban ya detrás de la puerta porque tardan cinco segundos en aparecer con el hacha levantada.

—Hola, chicas.

—¿Hola, chicas?, ¿en serio? Eres un egoísta, un tío sin escrúpulos, la trataste como a una mierda, le partiste el corazón, ella te quería. Nos has tenido casi cinco meses engañadas, has podido morir, eres un… —Mejor cortar a Marta o seguirá así hasta mañana.

—Vale ya, chicas, me alegro un montón de veros, dadme un abrazo, os cuento todo y os enseño algo que me he traído de Siria. —Y les doy un abrazo de oso al que no se pueden negar.

—Ay, grandulón, si es que no podemos estar a malas contigo…

—Venid al comedor y veréis qué sorpresa tengo para vosotras.

Y ahora ya es oficial, Abel tiene una bisabuela y tres tías que van a querer a mi hijo incondicionalmente. Lo dejo en buenas manos, la decisión está tomada, me voy a Pedraza mañana mismo.

Capítulo 29

Ya es Navidad y mi pequeña está loca de contenta. Hoy hemos asistido sus tías y yo a su fiesta del cole, estaba preciosa vestida de elfo. Se ha adaptado estupendamente a nuestra nueva vida, le encanta ir al cole, correr por el pueblo, es la niña más feliz del mundo.

Un día me preguntó por su padre, el cual no ha vuelto a dar señales de vida. Le dije que estaba en Baeza y que ahora íbamos a vivir nosotras solas sin él; me dijo: «Vale» y no lo ha vuelto a mencionar, mejor. Pero, sí, me pregunta por las chicas, por Sole y… por Gaby, le digo que, como viven lejos, no podemos vernos cada día, pero que vendrán. He tenido que mentirle porque no estoy preparada para decirle la verdad: que nunca volverá a verlos porque no se puede desvelar mi secreto. Y sobre eso también ha preguntado; me dice que tengo la barriga tan gorda como la mamá de Pilar y ella va a tener un bebé, así que le dije que yo también y que iba a ser la hermana mayor. ¡Se puso como loca! Y por suerte dejó de hacer preguntas.

Hoy he venido a Santander para comprar regalos y algunas cosas para decorar la casa, todo lo que compré el año pasado acabó en la basura. Hace un frío de muerte. ¡Cómo han pasado los meses! La vida ha continuado, aunque no igual para todos, supongo. Yo sigo acarreando una tristeza interior que no logro sacarme, se ha alojado en mi corazón y, aunque estoy feliz por Xenia y por mi bebé, no puedo evitarla, creo que estará ahí siempre, porque siempre me faltará ese amor correspondido que un día creí tener. Ya estoy de cuatro meses y medio y el lunes me hacen la ecografía, donde puede ser que descubramos el sexo de mi bebé y poder por fin ponerle nombre.

Vuelvo a casa cargada de paquetes y congelada. Me meto en la ducha para entrar en calor y voy a casa de mi hermana para recoger a Xenia.

Entro en la casa y oigo voces en la cocina. Cuando me dispongo a entrar, me quedo petrificada en la puerta. Gaby, ¿qué hace él aquí? Ni en mil años podría haber imaginado verlo en la cocina de mi hermana; me mira serio y yo me ajusto el abrigo y salgo de la casa como alma que lleva el diablo. No quiero verlo. No puede verme o lo descubrirá todo. Filo y Mar me han traicionado, después de todo lo que les he contado, de verme llorar por los rincones, me han traicionado. Ando por la calle llorando a mares, cuando oigo

gritar mi nombre.

—¡Lucía, Lucía espera! —Y una mierda.

—¿¡Quieres hacer el favor de parar!? —Para hacerte un favor estoy yo, desgraciado. Estoy furiosa. El corazón me va a mil, por el susto y por la impresión de verlo. Qué guapo está por Dios… «Ya te vale, Lucía». Y de pronto un dolor agudo atraviesa mi abdomen haciendo que me detenga; por instinto pongo mi mano sobre mi abultado vientre, algo no va bien… no, Dios mío, no.

—¡Lucía! ¿Qué te pasa? —Llega hasta mí y me agarra del brazo, me fastidia, pero necesito su ayuda.

—Me duele el abdomen, mucho, llama a mi hermana, por favor. —No me salen ni las palabras, el dolor es insoportable.

Y en treinta minutos estoy en el hospital con Gaby y mi hermana, que ahora esperan fuera. El dolor ha dejado de ser tan fuerte, pero aún tengo un resquemor. Estoy muy preocupada, me han hecho una ecografía y ahora vendrá el ginecólogo a decirme lo que se ha visto.

—Hola, Lucía, soy Paz, la ginecóloga de guardia. Todo está bien, quédate tranquila.

—¿Qué me ha pasado?

—Ha sido una amenaza de aborto. Empieza con fuertes dolores, similares a las contracciones de parto, pero ahora estás estable, no ha habido sangrado y las contracciones se han detenido. La molestia que ahora sientes es el abdomen dolorido, nada más. El feto está bien agarrado, solo ha sido un aviso, debes estar tranquila.

—Menos mal, me he asustado mucho.

—Lo supongo, pero este episodio tan repentino suele ir asociado a algún cuadro de estrés. ¿Te ha pasado algo? —Ni lo imaginas…

—Bueno…, sí…, he visto a alguien que no pensé ver nunca más. Ha sido un sobresalto, me ha impresionado mucho.

—Ya, pues eso es bueno, quiere decir que no ha sido nada físico. Pero tienes que hacer reposo; aunque ahora todo está bien, podrías haber perdido al bebé. He visto en el ordenador que aún no sabes el sexo de tu… ¡Pero yo sí! ¿Quieres saberlo?

—¡Sí, claro, por favor! —lo estoy deseando.

—Estás embarazada de un niño, y bastante grandote, por cierto. Su padre tiene que ser un hombre grande.

—Sí que lo es y guapo además. —Y gilipollas también.

—¡Vaya! Pues dile a ese portento de hombre que te mime; aprovecha que, dentro de nada, dormir será misión imposible, créeme, tengo tres fieras en casa.

—Paz, muchas gracias por todo. ¿Ha informado alguien a mis

acompañantes? —Espero que no.

—No. Puedes irte a casa, así que les puedes dar tú la noticia.

—Vale, gracias por todo.

—Recuerda que el lunes tienes que venir a hacerte una revisión. Tu ginecólogo te dirá qué pautas seguir. Que vaya bien, Lucía, y recuerda: tranquilidad.

—De acuerdo, muchas gracias. —Me pongo el abrigo, me lo cruzo y me coloco el bolso por delante; la doctora me mira extrañada.

Cuando aparezco por la puerta, Filo y Gaby se levantan de golpe preguntándome; yo me quedo muda. ¿Qué digo? Así que decido una estrategia.

—Estoy bien, una gastroenteritis, nada más. Voy al lavabo. —Y una vez dentro llamo a mi hermana y le cuento la verdad y le pido que disimule delante de Gaby. El sexo de mi bebé no se lo digo, eso no podría disimularlo ni aunque le fuera la vida en ello.

Salimos los tres por la puerta y nos vamos. Pero cuál es mi sorpresa cuando mi hermana para el coche delante de mi casa y dice:

—Vosotros os quedáis aquí y no protestes, Lucía, tenéis que hablar. Gaby tiene cosas que contarte y tú a él también. Xenia se quedará en casa. Gaby, he sido clara, ¿verdad?

—Como el agua, no te preocupes.

—Espero no arrepentirme de esto. Lucía, escucha, habla y piensa en ti por una maldita vez en tu vida, ¿vale, cariño? Y no te alteres.

—Um…, vale. —¿De qué va todo esto?

—Hasta mañana, chicos.

—Buenas noches, Filo, y gracias por todo.

—Buenas noches, Filo, dale un besito a Xenia.

—¡Pues claro! Adiós. —Y nos quedamos solos allí parados mirando cómo se aleja el coche de mi hermana. ¿Y ahora qué?

—No tengo nada que hablar contigo —digo atacando.

—Primero, vas a abrir esa puerta, se me están helando los huevos, y, segundo, me vas a escuchar porque yo sí tengo cosas que hablar contigo. Muchas.

Me quedo callada, no puedo discutir, tengo que estar tranquila, aunque la verdad es que me puede la curiosidad. Entramos en casa y sigo con el abrigo puesto; si me lo quito, verá mi abultado abdomen, aunque, si me pongo el poncho, no creo que se dé cuenta.

—Pasa, voy a quitarme el abrigo, siéntate.

—Vale.

***

Bueno, ya estoy aquí, tengo a Lucía para mí solo, tengo que elegir bien mis palabras para no cagarla, perdón, volver a cagarla. Está preciosa; desde que la he visto en casa de su hermana, estoy ansioso por tocarla. Ha engordado un poco y eso la hace más apetecible e irradia una luz que… Y en ese momento aparece, joder, ¿tanto frío tiene? Se ha puesto un poncho como para subir al Himalaya y aquí hace un calor para fundirse; en fin, que haga lo que quiera, no pienso ofenderla en absoluto.

—¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien. A ver, Lucía, tengo muchas cosas que contarte y no me vas a interrumpir.

—Oye, me dejaste con unas palabras horribles y ofensivas, me echaste de tu vida como si fuera una mierda y ahora pretendes que me quede aquí calladita oyendo chorra…

—Lucía, sé lo que te dije, y no ha pasado un solo día en que no me haya arrepentido. Pero tenía mis razones y ahora te las voy a contar y lo vas a entender todo. Por favor, déjame explicarte lo que pasó, todo lo que ha pasado…, por favor. Si luego no quieres saber nada más de mí, me iré para no volver, pero dame esta oportunidad, aunque no me la merezca.

—Vale, empieza a hablar.

***

Y vaya si empieza, lo primero que me dice es: «Lucía te quiero, estoy enamorado de ti», y ya me ha ganado. Lo escucho atentamente y, a los dos minutos de su discurso, ya estoy llorando a moco tendido. Me coge las manos para consolarme y continúa su relato. La llamada de su general, la decisión que tuvo que tomar y por qué. Siria, Dios mío, pude haberlo perdido, ¡estuvo en una guerra! Me cuenta lo de José, la angustia de Blay. Dios, ¡ha pasado por tanto! Y yo pensando que estaría de juerga en juerga y de cama en cama.

Y luego me toca a mí: le cuento mi conversación con Manu, le digo por qué no se lo dije en su momento, mi soledad, mi dolor, mi vida aquí y nos quedamos callados, mirándonos, esperando la reacción del otro y soy yo la que me acerco y lo beso, no me puedo aguantar más, voy a culpar a las hormonas. El me coge la cara con ambas manos, sabe que eso me vuelve loca y nos abandonamos a ese deseo contenido casi cinco meses. Cuando nos separamos estamos jadeando y yo creo que me va a dar un patatús del calor que tengo…

—Lucía, tengo algo más que decirte… Verás, ya te he contado lo de la muerte de aquella chica en Siria y que tenía un hijo… El caso

es que me lo he traído a España y lo he adoptado. —¡Ala, familia numerosa!

—Gaby…, no sé qué decir…, me dejas sin palabras…, no sabía que querías ser padre. Eres un buen hombre, es un acto de amor incondicional lo que has hecho por ese pequeño, tiene suerte de tenerte.

—He cambiado, Lucía, quiero ser el padre de Abel y de Xenia y tu marido cuando pueda ser.

—Oh, Gaby, te quiero, será estupendo crear una familia contigo.

—Yo también te quiero, princesa.

—Pero creo que el tema se nos va a complicar un poco… —Pone cara de susto, me estoy divirtiendo, se merece un poco de sufrimiento; esta va a ser mi pequeña venganza.

—¿Complicar por qué?

—Pues es que verás, yo he estado sola aquí, no sabía que tú ibas a volver… y bueno… Hay alguien más en mi vida.

—Pero… acabas de decirme que me quieres, que quieres crear una familia conmigo; no entiendo nada, Lucía, me estás desquiciando, de verdad, explícate porque… —Y entonces me pongo en pie y me quito el poncho, me mira con curiosidad y veo cómo sus ojos se agrandan cuando se detiene en mi abultado abdomen.

—Gaby, te presento al otro hombre de mi vida; aún no tiene nombre, de hecho, esta noche he tenido una amenaza de aborto de la impresión de verte, pero tranquilo que todo está bien, solo tengo que hacer reposo y me han dicho que va a ser un niño. Vas a ser padre de nuevo Gaby. —Y entonces se arrodilla ante mí y llora desconsolado abrazado a mi barriga.

Esa noche se llena de confesiones, promesas, besos y caricias y nos quedamos dormidos abrazados; él sin pesadillas y yo sin las lágrimas nocturnas que me han acompañado estos últimos meses.

Felices y esperanzados vamos a empezar esta vida que por un tiempo se nos fue de las manos, con el amor que nos tenemos y con tres hijos maravillosos que nos colmarán de felicidad. Ahora respiro aliviada y segura, vuelvo a estar en mi lugar favorito en el mundo.

Epílogo

—Mamá, estoy harta, en serio. Abel y Guille no me dejan en paz. —Qué remilgada que es ¡y solo tiene nueve años!

—A ver, Xenia, tienes que tener un poco de paciencia con tus hermanos, eres la mayor…

—Pero es que son unos pesados, quiero estar sola con mis amigas y no nos dejan.

—Vale. ¡Abel, Guille! Venid, por favor.

—¿Qué pasa, mamá? —Vaya dos…

—Dejad a vuestra hermana tranquila. Id a buscar a las tías, tardan demasiado.

—¡Vale!

—Anda, Xenia, vete, aprovecha que tus hermanos se han ido, pero no tardes que papá está a punto de llegar.

—Gracias, mamá, no tardaré, me muero de ganas de ver su cara cuando vea la fiesta sorpresa.

Xenia adora a su padre, Gaby la ha tenido loquita toda su vida, y Abel y Guille son unos bichos de cuidado, unos terremotos que hacen nuestra vida más interesante. Sole los llama Zipi y Zape.

Cuando estuvimos establecidos aquí en el Puerto de Santa María, volví a pedir trabajo en la librería y ahora soy la encargada. Disfruto mucho de mi trabajo, adoro a mis hijos y amo a mi marido cada día más.

Esta es nuestra vida ahora. Tuvimos a nuestro niño Guille, nos trasladamos a vivir al Puerto de Santa María y compramos una casita cerca de la base, porque Gaby trabaja allí como instructor y sus compañeros también. Dejaron las trincheras para hacerse profes…, como yo les digo.

Sole se vino a vivir con nosotros, pues Cloe se fue de Erasmus y se enamoró de un londinense blanquito y estirado. Paula y Marta también se han comprado una casa aquí al lado y hace tres años que adoptaron a Idoia, una preciosa rusa que las trae locas. Mi hermana y Mar siguen en Pedraza, pero llegaron ayer para asistir a la fiesta de cumpleaños sorpresa que le he organizado a Gaby. Cris y Antonio acaban de llegar, con su precioso Toni de solo dos añitos. Y por supuesto también vienen sus amigos, sus hermanos; no he visto amistad y lealtad más grande que la que se tienen esos hombres. Esos caraduras siguen igual, seis años más viejos, eso sí, pero igual de locos, divertidos y solteros; siguen de flor en flor.

El año pasado fuimos de boda, por fin José y Blay se casaron. La

vida gracias a Dios, nos sonríe.

Hoy también celebramos cinco años de casados, la boda fue preciosa y perfecta. Gaby me acompañó a ver a Manu para pedirle el divorcio y no puso ningún impedimento ni ninguna traba, claro que con Gaby al lado mirándolo cual cucaracha, no se atrevió ni siquiera a mirarme a la cara. Después de esa visita, todos los trámites los hizo mi abogado y no tuve que verle más. Renunció a Xenia y pasó a ser una Villa como sus hermanos.

Trasladamos a toda la familia y amigos a Pedraza y nos casamos en la iglesia del padre Juan.

Nuestra vida ha sido perfecta. Gaby es atento y cariñoso y, cuando nos quedamos a solas, todavía me hace poner los ojos en blanco. El amor, tu media naranja existe y nosotros hemos tenido la suerte de encontrarnos. Cinco años de amor que estoy deseando celebrar con mi marido, pero esa celebración será en privado y en mi lugar favorito del mundo: él.

Fin

«Me tiemblan las rodillas, ¡madre mía!, qué guapo, qué alto, qué voz, qué cariñoso… Yo no sé lo que me pasa con este chico… Bueno, creo que sí lo sé, esto es lo que la gente llama "ponerse cachonda"».

Eso es lo que piensa Lucía la primera vez que ve a Gaby. Ella vive por y para su hija, y trata, además, de mantener a flote un matrimonio que la asfixia y la anula.

Para Gaby las pesadillas, sus hermanos, su abuela y los ocasionales ratos con mujeres resumen su vida. No quiere ni busca nada más, pero la vecina de su abuela empieza a despertar en él un sentimiento de protección y un deseo feroces.

Pero las vidas de ambos no son sencillas, ella está casada y es profundamente infeliz, y él tiene sobre sus hombros una carga que lo destruye y lo ancla a un pasado en el Ejército que quiere olvidar.

Desde el primer cruce de miradas la atracción entre ellos es inevitable. Lucía sabe que él es su lugar favorito en el mundo, y Gaby ve en ella todo lo que necesita en su vida para poder ser feliz.

Sin embargo, un futuro juntos no parece que pueda ser una opción… Solo cuando Gaby retroceda y Lucía dé un paso hacia delante vislumbrarán un nuevo destino para ellos, pero… ¿serán capaces de romper los fuertes lazos que los unen a sus miedos?

Pilar Piñero Mateo es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*

Edición en formato digital: agosto de 2019
© 2019, Pilar Piñero Mateo
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-17610-57-9
Composición digital: leerendigital.com
www.megustaleer.com
Penguin
Random House
Grupo Editorial